

PARA QUE EL MUNDO CREA (JN 17,21)

Plan pastoral para la Conferencia Episcopal Española (1994-1997),
aprobado por la LXI Asamblea Plenaria

I. PRECEDENTES

A) *En continuidad con los planes de acción anteriores*

Es importante comprobar que, desde hace ya 20 años, las preocupaciones pastorales de los obispos españoles se han ido centrando cada vez más claramente en la necesidad de fortalecer y difundir la fe religiosa del pueblo.



Ya en 1972, la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal, en un importante documento titulado «**Algunos aspectos de la situación religiosa española**», considera como primera exigencia de la renovación pastoral que la iglesia española necesita.

«Intensificar la acción evangelizadora para que

la fe sea cada vez más consciente y operante, como exigen su propio desarrollo y las circunstancias del mundo en que vivimos»¹.

Poco más tarde, la XVIII Asamblea Plenaria aprueba unas líneas de acción para «La Educación en la Fe del Pueblo Cristiano», acompañadas por unas reflexiones publicadas bajo la responsabilidad de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Educación Religiosa (7 de julio de 1973), y dirigidas a estimular una renovación del ministerio de la palabra en una perspectiva claramente evangelizadora².

Con el deseo de unificar su trabajo en torno a las necesidades pastorales más graves y urgentes, en 1980 se constituye una Comisión especial con el fin de que proponga a la Asamblea Plenaria un objetivo pastoral primario, central y unificador.

En 1982, a propuesta de esta Comisión especial, se aprueba como objetivo prioritario de la Conferencia Episcopal «*El servicio a la fe del pueblo*», con estas cinco líneas de acción:

- 1^a Promover un proceso permanente de educación en la fe y de evangelización.
- 2^a Acentuar, en la educación en la fe, el compromiso con Cristo y el servicio a favor del hombre.
- 3^a Atender especialmente a la formación permanente de personas responsables de la evangelización.
- 4^a Apoyar el trabajo y la buena orientación de las instituciones responsables de la evangelización.
- 5^a Clarificar los contenidos en la fe para asegurar la identidad del mensajero cristiano y la adaptación al hombre de hoy.

Esta reflexión pastoral de la Conferencia Episcopal recibe un impulso extraordinario con la primera visita apostólica del Papa Juan Pablo II a España. Las conclusiones de la propia reflexión se funden con las sugerencias y orientaciones del Papa. Todo ello adquiere forma concreta y operativa en el documento «LA VISITA DEL PAPA Y LA FE DE NUESTRO PUEBLO», aprobado por la Asamblea Plenaria en 1983.

En este documento las preocupaciones pastorales de la Conferencia se orientan explícitamente hacia un esfuerzo de evangelización.

1. Documentos de la Conferencia Episcopal, BAC, 1984, p. 215.

2. Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Documentos colectivos del Episcopado Español sobre Formación Religiosa y Educación (1969-1990), Madrid, Edice, 1981, pp. 311-337.

«Las profundas transformaciones culturales experimentadas por nuestra sociedad reclaman de la iglesia un nuevo esfuerzo de evangelización»³.

«Nuestra Iglesia en este momento histórico debe plantearse seriamente el diálogo con la cultura»⁴.

Este documento aprobado con motivo de la primera visita del Papa a España sirvió para que la Conferencia comenzara a elaborar sus propios planes de acción, con el fin de clarificar más y centrar mejor el trabajo conjunto de los obispos.

En 1987, se aprueba un Plan Pastoral de la Conferencia con el título de «ANUNCIAR A JESUCRISTO EN NUESTRO MUNDO CON OBRAS Y PALABRAS». Su primer objetivo concreto era «avivar las raíces de la vida cristiana». Y la primera acción prevista en este objetivo consistía en la «elaboración de unas directrices orientativas sobre la evangelización misionera en España».

La preocupación evangelizadora se hace cada vez más clara y apremiante. Así, en 1990 se aprueba un nuevo Plan pastoral, cuyo título es «IMPULSAR UNA NUEVA EVANGELIZACION». El objetivo 5º de este nuevo plan sonaba así: «impulsar la acción misionera de nuestras iglesias». La primera acción prevista dentro de este objetivo era ésta: «*Estudio sobre nueva Evangelización en España*».

Si ahora volvemos de nuevo a centrarnos en impulsar y favorecer desde nuestra Conferencia una acción evangelizadora, no hacemos sino profundizar en una línea de trabajo que viene siendo casi el hilo conductor más profundo de nuestras reflexiones y actividades como Conferencia.

B) *Las recientes exhortaciones del Papa*

Es sabido que el Papa Juan Pablo II, desde 1983, de múltiples maneras, está convocando a la Iglesia a una renovada acción evangelizadora. Desde 1983, al iniciar el novenario de años preparatorio para conmemorar la evangelización de América, sus llamadas a la nueva evangelización «con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones» se han ido convirtiendo en una interpelación apremiante para la Iglesia Universal.

3. N. 38, cf. l. c., p. 759.

4. N. 39, l. c., p. 760.

En diferentes momentos el Santo Padre ha dirigido este mismo mensaje a las iglesias de más larga vida y tradición. En su primera visita apostólica a España, en 1982, el Papa animó las iniciativas de la Conferencia Episcopal en esta dirección. Once años más tarde, en la visita apostólica de 1993, la llamada a la evangelización ha sido el punto central de sus recomendaciones:

«Me complace vivamente saber que el trabajo común de la Conferencia... se centra en el propósito de impulsar decididamente una vigorosa Pastoral de evangelización... Esta es la hora de Dios... Esta es la hora de renovar la vida interior de nuestras comunidades eclesíásticas y de emprender una fuerte acción pastoral y evangelizadora en el conjunto de la sociedad española»⁵.

«La mejor contribución que la Iglesia puede dar a la solución de los problemas que afectan a nuestra sociedad es ayudar a todos a descubrir la presencia y la gracia de Dios en nosotros, a renovarse en la profundidad del corazón revistiéndose del hombre nuevo que es Cristo»⁶.

«Nuestra sociedad, pese a sus hondas raíces cristianas, ha visto difundirse en ella los fenómenos de secularismo y la descristianización, y reclama sin dilación alguna una nueva evangelización» (*Christifideles laici*, 4). La Iglesia que tiene en la evangelización su «dicha y vocación propia...», su identidad más profunda» (*Evangelii nuntiandi*, 14), no puede replegarse en sí misma. Ha de escuchar y hacer suya la súplica de María, que sigue intercediendo como madre en favor de los hombres, que, sean conscientes o no de ello, tienen sed del «vino nuevo y mejor» del Evangelio⁷.

«El alejamiento de Dios lleva consigo la pérdida de aquellos valores morales que son base y fundamento de la convivencia humana. Y su carencia produce un vacío que se pretende llenar con una cultura centrada en el consumismo desenfadado, en el afán de poseer y gozar y que no ofrece más ideales que la lucha por los propios intereses o el goce narcisista»⁸.

Leyendo con reposo los discursos del Santo Padre durante su última visita a España no queda duda de que la idea que los preside y unifica es animarnos a proseguir y, si es preciso, fortalecer más todavía un esfuerzo

5. Discurso a los obispos, n. 2, cf. La hora de Dios, BAC, p. 186.

6. Ib. n. 3; l. c. p. 187.

7. Homilía en la Avenida de Andalucía, en Huelva, n. 4; l. c., p. 122.

8. Ib. n. 5; l. c. pp. 120-121.

de evangelización, centrado en el intento de consolidar religiosamente la fe de los que creen y llamar a una verdadera conversión de los que no creen.

«Urge, pues, un nuevo esfuerzo creador en la evangelización de nuestro mundo. El reto es decisivo y no admite dilaciones ni esperas»⁹.

«La Pastoral de evangelización no significa replegamiento de la Iglesia en posturas espiritualistas o descarnadas. Busca la conversión del corazón, con ello la transformación de la vida personal y a partir de ahí, el compromiso y el trabajo para la transformación de la vida real según las exigencias del Evangelio, con especial atención a las necesidades de los pobres y de los demás débiles» (Huelva).

II. NATURALEZA Y JUSTIFICACIÓN DE ESTE PLAN

La primera aclaración que debemos tener en cuenta a la hora de valorar, interpretar y aplicar este Plan Pastoral de la Conferencia, es tener bien claro que pretende ser exclusivamente esto, un plan de trabajo para la Conferencia en cuanto tal, no para las diócesis.

Cada Iglesia particular puede y debe seguir su propio ritmo de trabajo y trabajar según sus propias previsiones. Estaría fuera del lugar que desde aquí quisiéramos organizar o decidir cómo deben trabajar pastoralmente nuestras iglesias.

Somos bien conscientes de que la vida diocesana no entra en la competencia de las deliberaciones y acuerdos de la Conferencia; los planes de trabajo diocesanos, por su propia naturaleza, deben ser elaborados con otros procedimientos y con características muy distintas de lo que nosotros podamos hacer ahora.

A la vez que decimos esto, conviene también tener en cuenta que la existencia y características de este Plan de Trabajo, si lo realizamos bien, afectará favorablemente a los fieles de nuestras diócesis. Todas ellas están incluidas en esta perspectiva general del Pueblo de Dios al que queremos servir cuando actuamos reunidos fraternalmente en Conferencia.

Miembros de nuestras Iglesias, sacerdotes, religiosos y laicos, serán quienes intervengan en las acciones previstas, y a ellos, vistos en conjunto,

9. Ib. n. 7; l. c. p. 124.

como miembros de una Iglesia local, o como miembros de una misma sociedad que viven todos ellos intensamente relacionados e interdependientes, queremos servir también en una perspectiva diferente con estos trabajos comunes que pretenden responder a los problemas y situaciones que de maneras diferentes afectan a todos nuestros fieles.

La experiencia de años anteriores nos ha convencido de la necesidad de que estos planes de trabajo de la Conferencia sean especialmente sencillos, de manera que no recarguen más de lo justo el trabajo de la Conferencia, ni de las Comisiones, ni mucho menos de la diócesis.

Más que comprometernos a muchas acciones, lo que pretendemos con este plan es:

- clarificar nuestra propia conciencia apostólica mediante un trabajo común de reflexión y discernimiento;
- detectar y precisar bien las necesidades pastorales más profundas de nuestro pueblo en sus elementos más amplios y comunes;
- formular mejor los contenidos, procesos y métodos de ese esfuerzo renovado de evangelización que el Papa nos ha enseñado a todos nosotros como la exigencia más urgente de nuestro ministerio apostólico;
- y llevar a cabo unas pocas acciones comunes que, por su propia naturaleza, influyan en el ambiente general que condiciona la vida religiosa y moral de nuestras respectivas comunidades particulares y nos ayude a desarrollar, en nuestras propias diócesis, esta misma labor evangelizadora del modo y manera que en cada Iglesia creamos más conveniente con la ayuda de nuestros propios fieles y más inmediatos colaboradores.

En virtud de estos criterios, este Plan tiene unas características algo distintas de las que tenían lo anteriormente aprobados por la Conferencia.

Ante todo ofrece unas consideraciones sobre *la nueva evangelización* con el fin de ayudarnos a ver con más claridad lo que el Papa nos quiere decir cuando nos invita a promover un nuevo esfuerzo de evangelización, con lo cual nos permite comprender y valorar el alcance y la exigente novedad de unos objetivos comunes en torno a esta preocupación evangelizadora, a la luz de los cuales hayan de precisar y organizar su trabajo ordinario y normal todos los organismos de la Conferencia, proponiéndonos

únicamente una sola acción nueva y conjunta, seria, profunda, compartida, tomada con tiempo y realizada con general participación.

De este modo, el Plan de trabajo de la Conferencia pretende ajustarse estrechamente a lo que es la naturaleza de la Conferencia y su indispensable servicio a nuestro ministerio que se ha de ejercer especialmente en el ámbito y con las características de nuestras propias Iglesias particulares.

De la Conferencia, esperamos ayuda fraterna para el ejercicio personal de nuestro ministerio episcopal, orientación y claridad para el trabajo de las diferentes Comisiones Episcopales en favor de las actividades pastorales de nuestra diócesis y alguna acción de naturaleza colectiva que responda a necesidades comunes que no se pueden abordar desde ámbitos locales y que por su naturaleza requieren un tratamiento más amplio y de repercusiones públicas más generales.

III. ASPECTOS FUNDAMENTALES DE UNA PASTORAL DE EVANGELIZACIÓN

Ante todo querríamos llamar la atención sobre la fuerte novedad que supone impulsar en nuestra Iglesia una Pastoral decididamente evangelizadora. Podemos decir que esta innovación es el inicio de una nueva época para nuestra Iglesia, fuertemente implantada desde hace tantos siglos y que ahora se ve llamada a desplegar una acción pastoral de evangelización frente al fenómeno generalizado del debilitamiento de la fe y la difusión de la increencia entre nosotros.

Este esfuerzo viene exigido como respuesta a las nuevas situaciones espirituales, culturales y religiosas en las que viven nuestros fieles y especialmente las nuevas generaciones. La fe cristiana no es ya pacíficamente transmitida y recibida de unas generaciones a otras dentro de las familias cristianas. El ambiente cultural y las influencias sociales no favorecen la continuidad de la fe ni el ejercicio sincero de la vida cristiana. En nuestra sociedad, se ha ido estableciendo poco a poco como cosa normal la indiferencia religiosa y la inseguridad moral.

Las **nuevas generaciones** se ven fuertemente influenciadas por un ambiente cultural y moral que les impulsa hacia unos estilos de vida más paganos que cristianos. Los cristianos tienen que profesar su fe y practicar la vida cristiana sobreponiéndose y reafirmando contra la gran fuerza en-

volvente de una cultura ambiental y dominante con fuerte impregnación laicista y neopagana.

La respuesta profunda de la Iglesia, frente a esta nueva situación cultural y religiosa, inspirada por Dios y fuertemente alentada por el Papa Juan Pablo II, se llama *evangelización*. Una respuesta que va a requerir un esfuerzo de reflexión y revisión, la modificación de muchos procedimientos y actitudes habituales entre nosotros, la vivificación del espíritu religioso y misionero de nuestras Iglesias y de nuestras actividades pastorales ordinarias más importantes.

No es éste lugar de hacer un estudio científico de lo que hoy se entiende en la Iglesia como pastoral de evangelización, ni siquiera de exponer de manera exhaustiva lo que el Santo Padre entiende como nueva evangelización en el conjunto de su magisterio y de sus numerosas intervenciones dedicadas a ella.

Nos basta resumir unas cuantas afirmaciones que recojan lo que podemos llamar las líneas más importantes del magisterio del Papa sobre este punto y las ideas compartidas por los mejores autores que han reflexionado y escrito sobre este tema.

1. La Pastoral de evangelización, entendida en sentido estricto, es una Pastoral pensada y organizada para favorecer la renovación y consolidación de la fe del pueblo cristiano o su difusión y desarrollo en personas y ambientes dominados por la increencia.

Por eso mismo no todas las actividades pastorales, aunque sean necesarias, pueden llamarse igualmente evangelizadoras. Este calificativo lo aplicamos con un sentido más estricto a aquellas actividades pastorales expresamente dirigidas a favorecer la fe en Dios o en Jesucristo, la conversión al Dios de la gracia y de la salvación, la conversión personal y comunitaria al Evangelio y a una vida cristiana auténtica y operante, bajo la acción del Espíritu Santo y con la riqueza de sus dones.

Damos por supuesto que una Pastoral de evangelización tiene que abarcar todos los momentos y aspectos de la misión integral de la Iglesia. Pero ahora nos interesa intensificar precisamente aquellas actividades que están en el arranque mismo de la evangelización, en el origen del proceso evangelizador que poco a poco tiene que ir llegando a las personas y por

medio de ellas y de sus diversas actividades a todos los ámbitos y sectores de la cultura y de la realidad social en su conjunto.

2. Para comprender y valorar lo que queremos decir cuando hablamos de una Pastoral de evangelización, hay que tener en cuenta el rico y complejo sentido que tiene la fe en los escritos bíblicos. Cuando hablamos de necesidad de consolidar o difundir la fe, no estamos pensando en una visión empobrecida de fe, casi exclusivamente intelectualista y poco relacionada con la vida personal, sino que pensamos más bien en el concepto de fe que se utiliza en la Sagrada Escritura y especialmente en el Nuevo Testamento.

Fe cristiana es el reconocimiento y la aceptación personal y libre de la presencia y de la intervención de Dios en nuestra vida, personal y colectiva, manifestada y consumada en Jesucristo, con el consiguiente cambio real de vida, promovido por la fuerza de la gracia de Dios y los dones del Espíritu Santo, que se manifiesta y *se hace efectivo* en todos los órdenes de la vida real del cristiano: en su vida interior de adoración y obediencia liberadora a la santa voluntad de Dios, en la vida matrimonial y familiar, en el ejercicio de la vida profesional y social, en las actividades económicas y políticas, en todo lo que es el tejido real y social en el que de hecho vivimos inmersos y nos realizamos como personas.

Por ser una acción expresamente dirigida a suscitar o fortalecer la fe, requiere una especial atención a todo aquello que dificulta intelectual o vitalmente el acto y la vida de la fe. De manera positiva, la evangelización pide una especial atención a las verdades, motivaciones y experiencias que más directamente favorecen la experiencia religiosa del hombre, promueven el proceso personal de la fe y por eso mismo ayudan a recibir la gracia del Espíritu Santo y a creer en el Dios Salvador de Jesucristo con seguridad, gratitud y coherencia vital.

3. Hoy, después de unos cuantos años en que se ha ido desarrollando y manifestando entre nosotros el proceso de secularización, vemos con claridad los puntos claves afectados por el crecimiento de la increencia o la debilidad de la fe de los cristianos, a los que hay que atender pastoralmente con especial intensidad, por ser soporte imprescindible de otros muchos objetivos pastorales:

- a) La crisis de la familia y de la moral sexual.
- b) La fe en Dios y la vida cristiana y eclesial de los niños y jóvenes.
- c) Las referencias religiosas en la vida pública, cultural, profesional y política.

4. Por eso es perfectamente claro que «la evangelización no debe limitarse al anuncio de un mensaje, sino que pretende alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la Humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con su designio de salvación» (*Evangelii nuntiandi*, 19)¹⁰.

Una Pastoral de evangelización no puede conformarse con ser una pastoral de mínimos, sino que ha de presentar la vida y la vocación del cristiano en toda su riqueza y amplitud, como llamada a la conversión personal, al seguimiento de Cristo, a la perfección y a la santidad, al apostolado y a la colaboración con el Señor en el anuncio y la realización del Reino. Sólo en este planteamiento ambicioso, lleno de humildad y confianza en el poder de Dios, podrá desarrollarse una Pastoral vocacional exigente, verdaderamente fecunda y renovadora.

5. Por esto mismo, la Pastoral evangelizadora no corresponde sólo a los sacerdotes o a los religiosos, ni puede reducirse a un mero anuncio del Evangelio. La evangelización, tal como la entiende la Iglesia, es *una acción comunitaria*, en ella tienen un lugar propio los fieles seculares cristianos, y abarca desde las actividades estrictamente anunciadoras y kerigmáticas hasta las iniciativas más audaces en el tejido social para transformar las instituciones y las características de la vida social de acuerdo con los modelos y los valores operativos de la moral cristiana, de la doctrina social de la Iglesia y en definitiva del Reino de Dios.

El Papa, en su apretada síntesis de la homilía pronunciada en Huelva (1993), alude a la doctrina de *Evangelii nuntiandi* y de *Christifideles laici* sobre los aspectos efectivos y de transformación de la realidad social, situando en ellos la misión específica de los fieles seculares auténticamente para las di-

10. Homilía en Huelva, n. 8; La hora de Dios, «BAC», p. 125.

fciles exigencias de este apostolado (cf. n. 8). La pregunta está en dónde y cómo surgen estos laicos milagrosos, quién se dedica a prepararlos y ayudarlos. No hay duda de que en el pensamiento del Santo Padre y de la mejor doctrina pastoral, ésta tiene que ser la tarea que ocupe más tiempo y esfuerzo en la vida apostólica de los sacerdotes diocesanos o religiosos.

6. En cuanto a sus contenidos y métodos, la Pastoral evangelizadora tiene también sus especiales características bien definidas:

- Requiere en primer lugar un anuncio de la Palabra de Dios, especialmente en aquellos puntos que nos invitan y ayudan directamente a creer en Dios y en Jesucristo, con una fe que sea un verdadero reconocimiento personal de su lugar central y configurador en la propia vida: la existencia del Dios personal que nos crea, nos mantiene y nos salva; la presentación de Jesucristo como redentor y salvador, fuente y modelo de vida; la renuncia al pecado y la conversión sincera a Dios como fuente y norma de vida en Cristo y por Cristo; la esperanza activa en las promesas de vida eterna como principio orientador de la vida en este mundo; el sometimiento al juicio divino como referencia constante y última de la libertad y los proyectos globales y parciales de vida, y la aceptación de los mandamientos y ejemplos de Cristo como norma moral de la propia vida en todas sus manifestaciones privadas y públicas.
- Tiene también unas exigencias de método que se pueden resumir en la necesidad de una acción pastoral fuertemente personalizada, en la relación entre el que anuncia y quien recibe la palabra de salvación, la incorporación de intensas experiencias religiosas, personales y comunitarias, la necesidad de favorecer experiencias de conversión y penitencia, de comunicación interior con Cristo con los consiguientes cambios en los proyectos de vida, en la oración, en las celebraciones litúrgicas, en el servicio humilde, desinteresado y sacrificado a los hermanos necesitados, pobres, enfermos, ancianos y marginados.
- En este sentido, tendríamos que hacer una revisión de muchas de nuestras actividades pastorales ordinarias, que, a pesar de los muchos esfuerzos hechos, no consiguen suscitar el vigor religioso y cristiano que las nuevas generaciones necesitan para expresar, prac-

- ticar y mantener su fe a pesar de las presiones ambientales a las que se ven sometidas. Tendríamos también que examinar y valorar los diferentes procedimientos que han ido apareciendo en la Iglesia durante estos últimos años para corregir los que se hayan manifestado defectuosos o insuficientes e impulsar los que estén demostrando una mayor capacidad evangelizadora y de conversión.
- Requiere también una fuerte renovación espiritual, eclesial y apostólica de los agentes de Pastoral, especialmente de los sacerdotes y religiosos, con la consiguiente clarificación de las misiones específicas de las diferentes vocaciones dentro de la Iglesia, especialmente sacerdotes, religiosos y seglares.

Estos últimos han de ser quienes, formados y enviados desde la comunidad, bien atendida por sus propios sacerdotes y los diferentes carismas y ministerios, vivan y actúen en las realidades sociales de otra manera de como se hace desde la incredulidad, de modo que propicien con claridad profética y eficacia profesional la transformación progresiva de los modelos de sociedad y de aquellos condicionantes sociales que influyen en la configuración de la conciencia y de los modelos colectivos de vida: familia, formas laborales y económicas, instituciones, opinión pública, expresiones artísticas, actividades de ocio, modelos sociales de producción y distribución de los bienes adquiridos, leyes y actuaciones políticas, servicios de promoción y asistencia, etc.

7. Si se quiere impulsar de verdad una Pastoral evangelizadora, hay que tener en cuenta que la difusión y el crecimiento de la fe requiere, en los agentes pastorales, una vivencia espiritual y testimonial fuerte, sin dudas ni ambigüedades, con una actuación decidida fuertemente animada por el Espíritu de Dios la misión eclesial, vivida en comunión clara y efectiva.

Por esta razón, la llamada a la Pastoral evangelizadora lleva dentro una llamada a *la conversión personal y eclesial*, a la claridad doctrinal y al vigor apostólico, con claro testimonio de santidad de vida. La llamada a la nueva evangelización está exigiendo de nosotros un esfuerzo para centrarnos en lo principal, tanto en el orden de la vida como en el de las actividades pastorales, liberándonos de muchas cuestiones secundarias que a veces nos impiden llegar al contenido verdadero de nuestra misión y de nuestras obligaciones pastorales más apremiantes.

8. Por esto mismo, la Pastoral evangelizadora requiere una conciencia viva de que la fe es un don de Dios que nosotros no podemos promover sino colaborando humildemente con la acción sobrenatural del Espíritu Santo en los corazones de los hombres. Evangelizar es antes que nada orar, pedir a Dios que intervenga poderosamente con su gracia iluminando las mentes y moviendo los corazones para acoger con humildad y gratitud la buena semilla de su Palabra de salvación. Para ser evangelizadora, la Iglesia entera tiene que vivir en una conciencia viva de su debilidad y en una vigilia de ardiente oración. Los contemplativos y contemplativas han de ser en estos momentos apoyo fuerte de la acción pastoral de toda la Iglesia y primeros protagonistas de la evangelización.

Conviene insistir en que una pastoral evangelizadora requiere de nosotros un sentido muy agudo de nuestra propia pobreza a la hora de ser instrumentos de Dios en el anuncio y la edificación de su Reino. La fuerza del anuncio misionero viene de la Palabra de Dios y de la fuerza testimoniante y convincente de la cruz de Cristo, presente también en la pobreza de los evangelizadores, de la comunidad que los envía y de su testimonio martirial¹¹.



Presidencia en el acto de presentación del nuevo Plan Pastoral de la Conferencia.

11. Cf. 1 Cor 1,17-18; 2,1-5; 2 Cor 4,7-12.

9. Es importante tener en cuenta que la evangelización en una sociedad postcristiana, o en una cultura postcristiana y neopagana, tiene que tener permanentemente una dimensión apologética. Esta preocupación apologética puede tener exigencias diferentes según las ideas y actitudes dominantes en un ambiente determinado, respecto de la Iglesia, de los sacerdotes, de la religión y de Dios mismo.

Esta labor apologética, que resulta indispensable, ha de tener en cuenta, al menos estas tres posibles actitudes:

- a) El anticlericalismo clásico, con más o menos razones históricas o personales, casi siempre apoyado en hechos concretos elevados a categoría, unas veces con experiencias directas y otras muchas fundado en ideas y prejuicios muy difundidos y arraigados en amplias zonas de la sociedad. Si es cierto afirmar que el viejo anticlericalismo ha decaído, también es verdad que la tendencia a desprestigiar el ministerio de la Iglesia está hoy bastante extendida en algunos ambientes, aunque tenga otros contenidos y otras manifestaciones, quizá menos agresivas que en otros tiempos, pero no menos influyentes ni contraproducentes.
- b) Dificultades de orden intelectual, con mayor o menor componente racionalista y con formas elementales o deformadas de presentar las enseñanzas o los dogmas de la Iglesia, respecto de la creación, los sacramentos, el magisterio de la Iglesia, sobre todo en materias morales, los novísimos, el problema del mal, etc.
- c) La más propia de nuestra época, y quizá la más extendida, es una visión de la religión como actividad primitiva, infundada y perniciosa para el desarrollo de la persona y de la sociedad, enemiga de la razón, de la libertad y del progreso. En realidad, es la difusión popular de la crítica decimonónica contra la existencia de Dios y la actitud religiosa del hombre, fortalecida por las doctrinas contingentistas propias de la filosofía atea, tanto en el campo del ser como del conocimiento y de la moral humana.

Todo esto hace especialmente difícil una Pastoral de evangelización en estas sociedades de vieja tradición cristiana que han sido afectadas por «los fenómenos del secularismo y de la descristianización»¹².

12. Juan Pablo II, Homilía de Huelva, n. 4, o.c., p. 122.

Cuando hablamos de apologética no estamos pensando en una actitud polémica ni en la apologética del viejo estilo que nosotros estudiamos, sino en actuar con la preocupación de:

1.º Deshacer malentendidos, aclarar nociones deformadas, superar una cierta barrera de suficiencia y menosprecio ante cualquier llamada religiosa, teniendo en cuenta la situación real de cada grupo y aun de cada persona con la que hablamos.

2.º Llegar a las zonas de interés real de las personas ante cuestiones preliminares como la de libertad/responsabilidad, pervivencia, autenticidad y sentido último de la propia vida, etc. Esta zona de preparación intelectual y moral para despertar la atención hacia la palabra de Dios y la llamada de la fe es hoy de primera importancia.

3.º Utilizar un vocabulario y unas nociones que sirvan a la vez para expresar genuinamente la doctrina de la Iglesia y resulten significativos para nuestros interlocutores. Este trabajo es muy amplio y aquí no podemos hacer más que indicarlo como una preocupación permanente de la buena formación teológica de nuestros seminaristas, sacerdotes y agentes pastorales seculares.

Todo ello tiene que desarrollarse en unas actitudes de diálogo y de servicio, que ofrezcan claramente, de manera directa y humilde, el don de la salvación que Dios ofrece en Jesucristo a todos los hombres, también a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sin otro poder que el de su gracia y sin otra sabiduría que la de la Cruz redentora de Cristo.

10. La *dimensión apologética* de una Pastoral de evangelización en una sociedad postcristiana requiere que las palabras del anuncio del mensaje estén fortalecidas por el testimonio de la vida renovada y salvada en la paz y en la fraternidad, tanto dentro de la Iglesia como hacia el exterior, por un servicio de caridad y de ayuda a los necesitados que sea verdaderamente llamativo e iluminador.

La palabra explica la naturaleza de la vida renovada, y los hechos o signos del amor fraterno confirman la verdad del mensaje anunciado y le dan credibilidad. El testimonio de vida y las buenas obras de los cristianos (el amor gratuito a los necesitados) forman parte esencial de la presencia del Reino de Dios y de la evangelización que lo anuncia.

Nunca podemos olvidar que el testimonio definitivo que invita a la fe es el de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, con la vida y muerte de sus mejores discípulos que son los santos. La fuerza evangelizadora de la Iglesia nace de la presentación sencilla y directa de la vida y la palabra de Cristo, enviado por el Padre para la salvación del mundo, que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación.

IV. OBJETIVOS CENTRALES Y COMUNES

Con estas consideraciones lo que ahora nos proponemos es asignar unas preocupaciones primordiales y predominantes que deban ser tenidas en cuenta en todas las actividades ordinarias de la Conferencia Episcopal.

Proponer y aceptar la evangelización como objetivo prioritario de nuestra Conferencia en los próximos años, nos obliga a contar con esta prioridad en la selección de los temas de nuestras Asambleas Plenarias y, por eso mismo, en la selección de los asuntos y en la organización de los planes de trabajo de las diversas Comisiones, teniendo siempre presente la prioridad de la acción evangelizadora en el enfoque y tratamiento de todos los asuntos que tengan que tratar o todas las actividades que pretendan organizar y promover.

De acuerdo con todo lo dicho, estos objetivos centrales y comunes serían los siguientes:

1. *Impulsar una Pastoral de evangelización*

Anunciando a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, de manera explícita y directa; este anuncio explícito del Dios de la salvación que viene hasta nosotros en Jesucristo y por la mediación de la Iglesia, ha de ser el fin y el objetivo central de todas nuestras actividades pastorales, como el mejor servicio que podemos hacer a nuestros hermanos en cualquier lugar y en cualquier circunstancia en que se encuentren;

con el fin de fortalecer, ofrecer y difundir la fe en el Dios vivo y en sus promesas de salvación;

con la palabra y con el testimonio de fe, esperanza y amor;

con un testimonio, personal y comunitario, de amor y servicio a los pobres y a los que sufren; y por medio del diálogo con las personas y con la sociedad.

Con la respuesta sincera y comprensible a las objeciones culturalmente vigentes contra la Iglesia, contra la religiosidad y contra la existencia de Dios y su valor para el hombre.

Multiplicar las iniciativas y apoyar los métodos que manifiestan mayor efectividad en este campo de la evangelización.

2. Intensificar la comunión eclesial

La acción evangelizadora tiene que nacer de una Iglesia religiosamente vigorosa, unida en la fe y en la oración, **unificada por la caridad en una comunión efectiva**, consciente de la importancia y de la urgencia de su misión evangelizadora en este mundo nuestro.

Por eso resulta indispensable revisar nuestras responsabilidades personales y comunitarias en la debilidad misionera y vocacional de muchas de nuestras comunidades y asociaciones y ayudar a los bautizados a descubrir y vivir el carácter eclesial y católico de la fe personal.

Necesitamos continuar los esfuerzos emprendidos para superar las desconfianzas mutuas, incluso entre los mismos miembros de la Iglesia, y las dificultades de algunos para aceptar cordialmente el magisterio de la Iglesia.

Conviene insistir en promover la caridad fraterna y el diálogo dentro de cada Iglesia particular, en el contexto de una verdadera comunión religiosa y eclesial.

Tendremos que impulsar y favorecer la participación de personas e instituciones en la vida comunitaria de nuestras parroquias, así como en las actividades diocesanas.

3. Dedicar especial atención a la formación integral de los agentes de la pastoral evangelizadora

La capacidad evangelizadora de nuestras Iglesias dependerá en gran parte de la buena formación doctrinal y de la santidad de los agentes de Pastoral.

Una especial atención hay que dedicar a la buena formación cultural, teológica, pastoral y espiritual de los candidatos al sacerdocio, tanto a los seminarios diocesanos como en los centros de formación de los Religiosos, así como a la buena formación y al fervor espiritual y apostólico de religiosos y religiosas.

Debemos atender igualmente a mejorar los sistemas de formación permanente de los sacerdotes teniendo en cuenta las exigencias doctrinales y metodológicas de la Pastoral evangelizadora.

Tendremos que favorecer también una buena formación doctrinal y espiritual de los seglares que trabajan en los distintos sectores de la vida eclesial en esta misma perspectiva evangelizadora.

V. ACTIVIDADES PERMANENTES DE LA CONFERENCIA

En la intención de este plan de trabajo, más que promover nuevas acciones, está el deseo de revisar nuestras actividades pastorales ordinarias y favorecer el impulso y la fuerza evangelizadora de lo que estamos haciendo continuamente. Por eso mismo, manteniéndonos en el plano propio del campo de acción de la Conferencia, pretendemos revisar el trabajo y las iniciativas de nuestras comisiones para que todas sus iniciativas tengan presente de una manera efectiva esta preocupación evangelizadora y sus exigencias concretas en sus sectores respectivos, tanto en lo que se refiere a las personas, como a los contenidos y métodos de trabajo pastoral.

En vez de añadir nuevas acciones al trabajo ordinario de la Conferencia y de sus Comisiones, parece preferible que cada comisión vea cómo asume y hace suyos estos objetivos comunes exigidos por una Pastoral de evangelización en el trabajo ordinario de su propia incumbencia.

Cada Comisión tendrá que revisar su plan de trabajo para organizarlo en función de esta acción evangelizadora y de los fines aceptados como prioritarios y comunes, dentro de su propio sector y por medio de sus actividades ordinarias.

Señalamos los sectores más importantes en los que las diferentes Comisiones han de buscar expresamente el servicio a los objetivos comunes.

A) *Catequesis*. En los contenidos, en los métodos y procedimientos, con los diversos sectores. En todo ello habrá que buscar el modo de que

nuestra acción catequética tienda por encima de todo a la verdadera conversión de las personas a Dios, a Jesucristo, a la vida cristiana en todas sus exigencias de seguimiento, vida espiritual, testimonio y responsabilidades apostólicas y sociales.

Se deben tener en cuenta de manera efectiva las recientes reflexiones hechas por la Asamblea Plenaria y el resumen sobre la situación de nuestra catequesis y la necesidad de «asumir cada vez más hondamente el Catecismo de la Iglesia Católica, tanto en sus contenidos como en sus criterios inspiradores, en todos los procesos de formación cristiana»¹³.

B) *Predicación*. Dentro de la Pastoral ordinaria tiene una singular importancia la predicación, tanto la ordinaria como la extraordinaria, ya sea la predicación homilética como la que se ofrece al Pueblo de Dios en otras muchas circunstancias. Habrá que estudiar y revisar cómo lo hacemos, qué capacidad y fuerza evangelizadora tiene nuestra predicación actual y cómo se puede impulsar una predicación más adecuada a las exigencias actuales del servicio a la fe de nuestro pueblo y de una verdadera evangelización.

Tanto en la catequesis como en la predicación habrá que tener en cuenta la importancia que tiene, en estos momentos, la buena formación moral de nuestros fieles, teniendo en cuenta las enseñanzas recientes del Papa en la exhortación apostólica *Veritatis splendor*. En este sentido, habrá que cuidar el arraigo explícitamente religioso de la moral cristiana, la aceptación sincera del magisterio de la Iglesia en la formación de la conciencia personal y la amplitud real de la moral cristiana como una moral del seguimiento, del amor y de la perfección sobrenatural del hombre y de la sociedad.

C) *Formación religiosa escolar*. Atención personal a los profesores, a los materiales empleados y relación con las parroquias. En general, falta una visión y un aprovechamiento de las clases de religión en una perspectiva unitaria de evangelización que requiere incorporación de estas clases dentro de las previsiones pastorales de cada parroquia y una relación estrecha entre los párrocos y los profesores de religión que favorezca la complementariedad entre estas clases y los proyectos prácticos de catequesis. Revisión del testimonio y valor educativo de las obras de la Iglesia en los diferentes niveles del campo docente, desde los Colegios hasta las Universidades.

13. LX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (20 de noviembre de 1993).

D) *Pastoral juvenil*. Con los jóvenes que proceden del proceso catequético y con los que han quedado alejados. Métodos de captación y de Pastoral misionera. Hay que buscar el modo de diversificar y modernizar nuestros métodos para entrar en relación con los jóvenes que no vienen a nuestras catequesis y poder ofrecer unos cauces estables bien organizados para los que reciben el sacramento de la Confirmación.

E) *Preparación doctrinal y pastoral de los seminaristas; formación permanente de los sacerdotes*. Una Pastoral de evangelización requiere buenos conocimientos de filosofía e historia de las ideas contemporáneas, una teología renovada de fuerte inspiración bíblica y personalista, una clara actitud de comunión eclesial y aceptación de la doctrina y del magisterio de la Iglesia en los asuntos pacíficamente establecidos y en los menos aceptados por el espíritu de la cultura moderna.

F) *Vida litúrgica, ordinaria y ocasional, y religiosidad popular*. Las celebraciones dominicales tienen que ser un momento de fuerte de la experiencia religiosa orante y renovadora de la comunidad cristiana. Dentro de la celebración litúrgica, tiene una importancia especial la celebración eucarística. Tanto la celebración, como el anuncio y el comentario de la Palabra de Dios, tienen un gran poder para confirmar la fe y fortalecer la vida del pueblo santo de Dios.

Es preciso recuperar también la celebración personal de la penitencia como un momento especialmente intenso de la acción pastoral de la Iglesia en la orientación de la vida de los fieles y en la formación de las conciencias.

Otras celebraciones ocasionales, como funerales, bautizos, matrimonios, tienen que ser considerados como ocasiones importantes de evangelización, para reanudar relaciones interrumpidas, deshacer malentendidos, dejar abiertas puertas que antes estaban cerradas. No es razonable pretender que en estos encuentros ocasionales se superen deficiencias de largos años. Hay que plantearlos más bien como una buena oportunidad para cambiar la situación e iniciar unas relaciones positivas anteriormente inexistentes. Es indispensable tener personas y procedimientos para continuar la evangelización iniciada en estas ocasiones.

A la vez que atendemos a mejorar la fuerza religiosa y evangelizadora de las celebraciones litúrgicas, es preciso valorar también lo que valen las manifestaciones y expresiones populares de la fe y de la piedad cristiana.

Estas manifestaciones de la piedad popular no siempre son valoradas ni atendidas en lo que merecen. Ellas son con frecuencia expresiones sencillas de una profunda raíz religiosa, no siempre suficientemente formada, pero con frecuencia ocasión de enriquecimiento religioso si sabemos interpretarlas adecuadamente y enriquecerlas con discreción, celo apostólico y buen sentido pastoral.

G) *Pastoral de la familia*. La Iglesia está redescubriendo la familia como lugar privilegiado de la acción pastoral y evangelizadora. Juan Pablo II insiste en ello con fuerza, especialmente en este Año Internacional de la Familia. La colaboración de la familia es indispensable en el proceso evangelizador. Por eso mismo en nuestra acción evangelizadora hemos de atender especialmente a la vida cristiana de las familias. Y esto en las dos vertientes de acompañamiento a los cristianos que comienzan su vida matrimonial y familiar y en cuanto célula de la Iglesia, primera transmisora de la fe y de las experiencias fundamentales de la vida cristiana.

Es indispensable tratar de mejorar la preparación para el matrimonio y la vida familiar en todos sus aspectos religiosos y morales y hay que contar con las familias como colaboradoras insustituibles de la evangelización de los niños y jóvenes. Los movimientos familiares de estructura parroquial pueden ser una ayuda importante en esta Pastoral familiar y en el crecimiento y consistencia interior y apostólica de las comunidades parroquiales.

H) *Acción caritativa y de promoción social en relación con los pobres y necesitados*. Está en el ánimo de la Conferencia Episcopal fortalecer la vida y las actividades de Cáritas Española y en lo que de ella dependa de toda su vida y actividades en sus diferentes niveles. El servicio a los necesitados en el nombre del Señor aparece cada vez más claramente como un elemento esencial de la evangelización, indispensable para el anuncio eficaz del Evangelio en nuestra sociedad.

En esta misma perspectiva, hay que valorar también todas las actividades pastorales que implican un servicio especial de ayuda y promoción, como son la Pastoral penitenciaria, la Pastoral de la salud, la Pastoral de los migrantes, la Pastoral obrera, Pastoral gitana, etc. Queremos señalar, de manera especial, las posibilidades evangelizadoras que se presentan muchas veces con ocasión de la enfermedad y de la muerte; son momentos de especial necesidad y receptividad de la Palabra de Dios y de su gracia, tanto para el enfermo como para sus familias.

I) *Misión «ad gentes»*. La Pastoral de evangelización en nuestras Iglesias tiende a despertar una valoración de la fe cristiana y de los bienes de salvación que por ella recibimos, centrado todo ello en la presentación y aceptación vital de Jesucristo como único salvador de la Humanidad entera.

Por eso mismo, la Pastoral evangelizadora se ve reforzada y fortalece ella misma la responsabilidad del anuncio de la fe en naciones no cristianas y la ayuda a las Iglesias jóvenes y necesitadas. El vigor evangelizador en la Pastoral ordinaria dentro de nuestras Iglesias redundará en una mayor sensibilidad y generosidad en favor de las Iglesias jóvenes y del anuncio del Evangelio en zonas no cristianas; de la misma manera, la generosidad en este servicio misionero universal vivifica y enriquece la fe y la vida sobrenatural de las Iglesias de vieja tradición cristiana. De las Iglesias jóvenes, nos llegan testimonios que nos iluminan y alientan en este empeño pastoral de la evangelización en nuestras propias tierras.

J) *Atención a los Medios de Comunicación Social*. Los contenidos culturales y las actitudes espirituales y morales de la población, están fuertemente condicionados por la influencia de los grandes medios de comunicación social. Hay que buscar decididamente las formas más asequibles y eficaces para lograr que el Evangelio esté presente en este mundo de la comunicación, la información y las fuentes de la opinión pública. Habría que intensificar el trabajo en el campo concreto de nuestros propios medios y estudiar la forma de intensificar la presencia de algunas obras de la Iglesia en el terreno de la producción de los programas de televisión.

K) *Diálogo cultural en la sociedad con los profesionales de la cultura*. En el mundo de la universidad, de los escritores, de los artistas y de tantos otros profesionales se va creando poco a poco la atmósfera espiritual y cultural en la que viven y de la que reciben sus ideas la mayor parte de la gente. Es preciso multiplicar las oportunidades de estar con ellos, de tratar detenidamente temas relacionados con la doctrina cristiana para deshacer malentendidos y ayudarles a descubrir el valor salvífico del Evangelio y de la fe cristiana en el Dios de la gracia y de la salvación.

La principal eficacia de este plan de trabajo depende de la diligencia y acierto con que las Comisiones Episcopales revisen sus propios planes de trabajo y los reorganicen en función de las necesidades de una Pastoral de evangelización tal como hemos tratado de describirla. Para ello, la Comisión Permanente deberá fijar una fecha en la que todas las comisiones pre-

senten sus planes de trabajo revisados y renovados en esta perspectiva evangelizadora y ver cómo ella misma ejerce la labor indispensable de coordinación, seguimiento y evaluación.

VI. ACCIONES PROPIAS DE LA CONFERENCIA

Como queda dicho, la principal virtualidad de este plan de trabajo así concebido estará en la orientación de las actividades de las Comisiones episcopales en el sentido de acentuar expresamente la orientación evangelizadora de todas ellas. Si de verdad lo hacemos así, ello irá abriendo caminos y preparando los agentes necesarios para una renovación profunda de las actividades pastorales en nuestras Iglesias.

Como acción propia de la Conferencia se propone una sola: un congreso nacional con el tema

«Exigencias de una Pastoral evangelizadora. Caminos y medios».

Es difícil precisar ahora los contenidos, procedimientos y circunstancias concretas de este Congreso. Interesa que su celebración promueva una reflexión sobre nuestra situación pastoral, las exigencias reales y concretas de una Pastoral de evangelización en nuestras Iglesias, tanto en lo que se refiere a los contenidos, como a los métodos y a las actitudes de los mismos agentes pastorales, sacerdotes, religiosos y seglares.

Con el Congreso habría que impulsar la reflexión acerca de las exigencias de una Pastoral especialmente dirigida a fomentar la conversión religiosa de las personas al Dios vivo en tiempos de indiferencia, rutina e incredulidad. Tendríamos también que impulsar una evaluación de las actividades más importantes de nuestra pastoral ordinaria en este aspecto concreto de sus virtualidades evangelizadoras. Habría que favorecer también el conocimiento de experiencias de evangelización que sin duda existen por todas partes y que con frecuencia no son suficientemente conocidas o valoradas.

A la vez habría que intentar llegar a formular conclusiones concretas y prácticas que nos ayuden a ver cómo debemos proceder en estos sectores especialmente importantes:

1. Caminos y medios para evangelizar hoy a los jóvenes.

2. Caminos y medios para evangelizar a las familias, con especial atención a la preparación de los jóvenes para el matrimonio y las mismas familias jóvenes.
3. Caminos y medios para evangelizar el mundo del trabajo.
4. Caminos y medios para evangelizar hoy a los pobres y marginados.

En estos momentos, es prematuro querer dar más precisión al programa concreto y al modo de proceder en la preparación y celebración de este congreso. La Comisión Permanente deberá estudiar el momento y lugar más oportunos para su celebración y preparar el programa concreto que habrá de ser aprobado por esta Asamblea Plenaria.

Se ve con claridad que para ser efectivo, el Congreso ha de tener una primera fase diocesana de reflexión y estudio, con presentación de experiencias y sugerencias.

Por ello habrá que pensar en una metodología flexible, capaz de incorporar el trabajo de los diferentes sectores del Pueblo de Dios, tratando de abrir caminos nuevos y de seleccionar las experiencias que mejores resultados estén dando en un sitio y otro.

Madrid, 28 de abril de 1994

LA IGLESIA Y LOS POBRES

(Documento de reflexión de la Comisión Episcopal de Pastoral Social)

1. EL CLAMOR DE LOS POBRES



Unas veces, desde su protesta; otras, desde el silencio; tanto desde el lejano Tercer Mundo como desde el llamado «Cuarto Mundo», tan cerca de nosotros, en nuestra misma sociedad, los pobres, los marginados e indigentes nos lanzan una llamada, un grito de socorro y de auxilio. ¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¿Cómo viven o malviven? ¿Cuáles son las causas de su lamentable situación, y cómo buscar entre todos alguna solución? Estos y otros graves interrogantes queremos plantear en esta primera parte de nuestro documento.

La Iglesia debe escuchar, con oídos de fe, ese grito de los pobres, oyendo en su clamor la voz del *Siervo de Yavé*, del Hijo de Dios que, siendo rico, se hizo po-

bre por nosotros, llamó *Bienaventurados* a los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos, y advirtió que tomaría como hecho a su misma persona lo que hiciéramos con ellos.

Podríamos decir, entonces, que siendo la voz de los pobres una llamada para que les ayudemos, es también una llamada para ayudarnos a nosotros mismos. ¿Sabremos escuchar esta llamada la Iglesia y los cristianos españoles?

Si queremos abrir los ojos sobre el escenario de la pobreza en el mundo, contemplaremos un panorama desolador, en el que cientos de millones de seres humanos viven en la mayor miseria, sometidos a unas condiciones infrahumanas en el campo de la alimentación, la vivienda, la educación, la higiene, la sanidad, etc. En este punto, vamos, a examinar con algún detalle la realidad de la pobreza, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, para comprobar, siquiera sea someramente, que no se trata de exageraciones retóricas, ni de falsas alarmas, sino de una terrible realidad que oprime de forma insoportable a una gran parte de la humanidad, todos ellos llamados a ser hijos de Dios y hermanos nuestros.

1.1. DIVERSIDAD DE LOS SENTIDOS DE LA POBREZA

Para situar el marco de nuestra reflexión, debemos antes recordar los diversos sentidos en que puede entenderse el concepto *pobreza*.

La pobreza evangélica

1. De acuerdo con la vida y la predicación de Jesús de Nazaret, de la Iglesia primitiva y de los Santos Padres, la pobreza evangélica supone la actitud ideal del cristiano ante los bienes materiales, viviendo con sencillez y sobriedad, **compartiendo generosamente** con los necesitados, no acumulando riquezas que acaparan el corazón, trabajando para el propio sustento y confiando en la providencia de Dios Padre. Esta forma de pobreza puede y debe adoptar innumerables formas, según los tiempos y las circunstancias de cada uno, pero siempre supone unas exigencias fundamentales **como seguimiento de Jesús**, para alcanzar la verdadera libertad cris-

tiana, la paz y la alegría en el Espíritu. Conviene aclarar que esta forma de pobreza evangélica nada tiene que ver con la miseria, la indigencia y la marginación, que degradan la condición del hombre como hijo de Dios, y que son males contra los que debemos luchar denodadamente.

Desde los primeros siglos de la Iglesia, muchos cristianos fueron movidos por el Espíritu Santo para vivir un seguimiento más radical de la pobreza de Jesús, renunciando a sus propios bienes de manera definitiva y dándolos a los pobres. A lo largo de la historia, esta forma de vida se ha ido estructurando en monasterios y congregaciones de monjes y religiosos que hacen voto de pobreza perpetua, juntamente con los votos de castidad y de obediencia. Aún reconociendo que, en ocasiones, tanto los individuos como las comunidades y congregaciones han caído en alejamiento del ideal, no podemos tampoco ignorar la generosidad que supone, las renunciaciones que conlleva, el testimonio evangélico que proclama y el fruto espiritual y pastoral que aporta a la Iglesia. Tampoco esta forma de pobreza es objeto de nuestra reflexión.

La pobreza como indigencia, miseria y marginación

2. La pobreza **forzada**, la carencia leve, grave o extrema de los bienes necesarios para llevar una vida digna de seres humanos. De ésta precisamente es de la que vamos a tratar en nuestro documento. Aunque propiamente debería llamarse indigencia, *miseria o marginación*, teniendo en cuenta la semántica habitual de nuestra sociedad, seguiremos usando la palabra *pobreza*, con los matices, que en algunos casos corresponda, para referirnos a estas situaciones, aunque más adecuados, para distinguirlos de la pobreza evangélica, que consideramos como un bien que habría que fomentar, en tanto que la indigencia, la miseria y la marginación siempre representan un mal que habría que erradicar.

1.2. LAS SITUACIONES DE POBREZA EN ESPAÑA Y EN EL MUNDO

¿Cómo definir la pobreza sociológicamente? ¿Cuál es su límite y su alcance? ¿Hasta dónde se extiende el mapa de la pobreza? ¿Cuántos grados y

clases de pobreza existen en el mundo? ¿Existe la pobreza solamente en el Tercer Mundo, o también en los países desarrollados?

Un fantasma de mil rostros

3. No hablemos de una pobreza cualquiera, como podría de ser en el orden de las ciencias naturales, un alimento pobre en vitaminas, por ejemplo, sino de **la pobreza humana**, entrando así en juego el misterio y la grandeza del hombre; las exigencias de su dignidad y lo imprevisible de su libertad; los condicionamientos de sus necesidades, necesidades que podrían ser cubiertas totalmente gracias a su inventiva, su laboriosidad y su creatividad.

Esta complejidad radical se multiplica si tenemos en cuenta que propiamente no existe el hombre aislado, sino que necesita vivir en familia, en grupo, en sociedad. Si toda pobreza es una forma de carencia de lo necesario, en nuestro caso no se trata solamente de la pobreza individual, sino también de **la pobreza social**, de la falta de elementos como la educación, la formación profesional, la cultura, el libre ejercicio de los derechos civiles, sociales, laborales, políticos, etc.

Bien puede decirse, por lo tanto, con Juan Pablo II que «en el mundo actual se dan muchas formas de pobreza», y que *«para los pobres, a la falta de bienes materiales se ha añadido la del saber y de conocimientos, que les impide salir del estado de humillante dependencia»*. Lo que está en juego, por lo tanto, son los derechos sociales de los hombres y la posibilidad de ejercerlos en una determinada sociedad.

Al ser tantos los componentes de las situaciones de pobreza, así como tan relativos según los niveles de desarrollo en las diversas etapas de la historia y en los diferentes países y culturas, no es de extrañar que resulte difícil dar una definición precisa de la pobreza que pueda servir en todos los casos y situaciones. Puede ser útil, sin embargo, aceptar funcionalmente la que dio la Comunidad Económica Europea: «A los efectos de esta decisión, se entiende que la expresión "pobre" se refiere a aquellas personas, familiares y grupos de personas cuyos recursos —materiales, culturales y sociales— son tan limitados que les excluyen del mínimo nivel de vida aceptable en los estados miembros en los que viven».

Aun tratándose de un fenómeno tan complejo y tan extendido, conviene recordar que la pobreza, en todos sus aspectos, no agota por completo la problemática de las necesidades humanas y sus posibles padecimientos, como pueden ser el fracaso, la enfermedad, la soledad, la depresión, la angustia vital, etc. Pero también es cierto, que el tratamiento de todos estos problemas es muy diferente en el caso de que se posean suficientes medios materiales que cuando se carece de ellos.

Diferentes grados de pobreza

4. Es un hecho evidente que, aún dentro del mundo de los pobres, se dan diferentes niveles de pobreza. Lo que ya no es tan fácil es cómo medir en cada caso su gravedad y su alcance. El denominador básico más comúnmente aceptado suele ser el denominado *umbral de la pobreza*, formulado por la Comunidad Europea como sigue: «Aquellos que tienen unos ingresos netos por persona inferiores a la mitad de los ingresos medios por persona en un determinado país».

Entre los grados que se pueden establecer dentro de la pobreza, dos de ellos pueden considerarse como básicos: el de la pobreza extrema, equivalente al concepto de pobreza grave de la Comunidad Europea, y el de pobreza moderada o relativa. Ambos constituyen el colectivo social que está más allá del *umbral de la pobreza*, y ambos van unidos más o menos al concepto de exclusión social.

También podrían denominarse tales situaciones como de indigencia, miseria y marginación, de menor a mayor grado de pobreza. Entre los primeros, podríamos incluir a los llamados en otra época pobres *vergonzantes*, y hoy, con los reajustes sociolaborales en los países desarrollados, estarían también los que se han venido a denominar *nuevos pobres* —parados indefinidos, jubilados y pensionistas—.

«Mapa-mundi» de la pobreza

5. Si grande es el mundo, no es menor el panorama de la pobreza, que se extiende por toda la tierra, aunque se concentra especialmente en las zonas geográficas del llamado «Tercer Mundo».

Nada menos que 750 millones de personas viven en el Tercer Mundo en condiciones de pobreza, y de ellas 550 millones están en la miseria más extrema y 119 de cada mil niños mueren antes de los cinco años de edad.

El abismo que separa a los países desarrollados de los países en desarrollo o subdesarrollados es inmenso: mientras la *renta per cápita* ascendía en Suiza a 32.680 \$; en Suecia, a 23.660 \$ y en España, a 11.020; en Marruecos era de 950; en Zimbawe, de 590; en Zambia, 420, y en Somalia, 120.

Los datos sobre otros indicadores, como la higiene, la educación, la sanidad y medicina, etc., son también estremecedores. Baste decir que una persona, nacida en el mundo rico, consumirá treinta veces más que otra nacida en el mundo pobre, y que mientras en España hay 280 médicos por cada 100.000 habitantes, en Níger, Etiopía y Rwanda no hay más que 3.

Pero es más grave todavía el que esas diferencias aumenten cada vez más, en vez de tender a disminuir. El último decenio se ha caracterizado por el crecimiento de la **desigualdad** entre los países ricos y pobres: la quinta parte de la población del mundo posee el 82,7% de PNB, tiene el 81,2% del comercio mundial y el 80% del ahorro interno y la inversión interna mundiales. Sin embargo, otra quinta parte de la población, la más pobre, sólo posee el 1,4% del PNB, un 10% del comercio mundial, del ahorro y la inversión.

Pero también, en el mundo de los ricos, existen *bolsas de pobreza*, el llamado recientemente *Cuarto Mundo*, que son más bien sub-mundos de miseria y de marginación. Por ceñirnos a España solamente, recordemos de entrada la sangrante paradoja de que mientras el país en su conjunto es cada vez más rico, aumenta al mismo tiempo el número de pobres. La renta per cápita, en efecto, había subido en 1990 a 11.020 dólares.

Esta situación confirma para España lo que ya se está detectando hace algún tiempo en el área de los países desarrollados, en los que se está consolidando una estructura injusta de la sociedad, llamada la sociedad de los *dos tercios*, formada por los ricos y los trabajadores con empleo estable y buenos sueldos, por un lado, y el tercio restante, condenado a una miserable supervivencia, que son los parados sin subsidio, los jubilados con rentas insuficientes, los temporeros, modestos agricultores y braceros, etc. Son los *nuevos pobres*, a los que alguien ha llamado «la España impresenta-

ble», el colectivo que no tiene salida en estas actuales estructuras, y que no cuenta para nada en nuestra sociedad.

A todos ellos, además, hay que añadir tantos grupos de hombres y mujeres marginados, acaso con taras psicológicas ingénitas o adquiridas, con una responsabilidad muy reducida y compartida con el ambiente en el que se formaron o en el que se deformaron, pero que en todo caso necesitan de ayuda para subsistir y, además, de un esfuerzo para tratar de recuperarse y dignificarse: alcohólicos, vagos, inadaptados, vagabundos, prostitutas, drogadictos, y largo etcétera, personas a las que no podemos dejar abandonadas.

Es una realidad estadísticamente comprobable que en esta sociedad del consumismo y el bienestar, de la abundancia y el despilfarro, está creciendo, por contraste, el número de personas desarraigadas y sin hogar; que se están consolidando los efectos marginadores de la llamada *dualización* del mercado de trabajo —los que tienen un empleo fijo y los parados o eventuales—, y que están apareciendo problemas graves de infraalimentación entre los pobres. Tan es así, que en los países de la Europa Comunitaria se ha llegado a debatir públicamente si no estamos generando, de hecho, una especie de *clase inferior*.

1.3. LA IGLESIA A LA ESCUCHA DE LOS POBRES

7. La descripción que acabamos de hacer de la situación de la pobreza en el mundo no puede reducirse para nadie a una fría constatación de datos estadísticos. Todo aquel que tenga una actitud humanitaria y solidaria puede descubrir, detrás de cada cifra, la existencia de seres humanos, de su especie y de su sociedad, que carecen día a día aún de lo más elemental para poder vivir con un mínimo de dignidad o, simplemente, para poder subsistir.

8. Los cristianos, además, sabemos que en cada uno de esos niños y ancianos, jóvenes y adultos, varones y mujeres que viven en la miseria, podemos descubrir el rostro de Cristo, el Hijo de Dios y hermano de los hombres, que sufre en todos ellos y pide nuestra ayuda. Por ello, la perspectiva de la fe hace que un análisis de la situación se convierta para la

Iglesia en una exigencia que la impulsa, sin excusa posible, a comprometerse a trabajar en el mundo en favor de los pobres.

La Iglesia, al encuentro de los pobres

9. La Sagrada Escritura nos recuerda que Dios escucha con gran misericordia «el grito de los pobres». La Iglesia de Dios, habitada y movida por su Espíritu, debe avivar en ella su amor misericordioso hacia los pobres, escuchando su llamada y prestando su voz a los que no tienen voz.

Hay que destacar que las palabras de condena de Cristo en el Evangelio no van directamente dirigidas a los causantes del mal que padecen los pobres. Lo que condena es el pecado de omisión, **el desinterés ante los necesitados de ayuda**, como en la alegoría profética del Juicio Final, o en la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro. Ignorando al pobre que sufre hambre, que está desnudo, oprimido, explotado o despreciado, es al mismo Cristo al que desatendemos y abandonamos.

De aquí que el encuentro con el pobre no pueda ser para la Iglesia y el cristiano meramente una anécdota intrascendente, ya que en su reacción y en su actitud se define su ser y también su futuro, como advierten tajantemente las palabras de Jesús. Por lo mismo, en esa coyuntura quedamos todos, individuos e instituciones, implicados y comprometidos de un modo decisivo. La Iglesia sabe que ese encuentro con los pobres tiene para ella un valor de justificación o de condena, según nos hayamos comprometido o inhibido ante los pobres. Los pobres son sacramento de Cristo.

10. Más aún: Ese juicio y esa justificación no solamente debemos pasarlos algún día ante Dios, sino también ahora mismo ante los hombres. Sólo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico. Bien puede afirmarse que el ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento.

Decía San Ambrosio: «Aquel que envió sin oro a los Apóstoles fundó también la Iglesia sin oro. La Iglesia posee oro no para tenerlo guardado,

sino para distribuirlo y socorrer a los necesitados. Pues ¿qué necesidad hay de reservar lo que, si guarda, no es útil para nada? ¿No es mejor que, si no hay otros recursos, los sacerdotes fundan el oro para sustento de los pobres, que no que se apoderen de él sacrílegamente los enemigos? Acaso nos dirá el Señor: "¿Por qué habéis tolerado que tantos pobres murieran de hambre, cuando poseáis oro con el que procurar su alimento? ¿Por qué tantos esclavos han sido vendidos y maltratados por sus enemigos, sin que nadie los haya rescatado?" ¡Mejor hubiera sido conservar los tesoros vivientes que no los tesoros de metal! La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres. La Iglesia es, como Jesús, para «evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido» (14). Y para decirlo de una vez y en una palabra que resume y concreta todo: el mundo al que debe servir la Iglesia es para nosotros preferentemente el mundo de los pobres.

11. En la Encíclica *Dives in misericordia*, escribe Juan Pablo II: «La Iglesia vive una vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia, el atributo más estupendo del Creador y Redentor». La autenticidad del hombre se manifiesta en su vida cuando el parecer y el obrar responden a la realidad de su propio ser. Pues bien; el Papa afirma que la vida de la Iglesia será auténtica «cuando profesa y proclama la misericordia», es decir, cuando su actuación, que la identifica socialmente mediante su actuación visible (profesa), el mensaje que transmite al mundo (proclama) corresponden a su propio ser (misericordia), como participación y prolongación del Dios-misericordia.

Por tanto, la actuación, el mensaje y el ser de una Iglesia *auténtica* consiste en ser, aparecer y actuar como una *Iglesia-misericordia*; una Iglesia que siempre y en todo es, dice y ejercita el amor compasivo y misericordioso hacia el miserable y el perdido, para liberarle de su miseria y de su perdición. Solamente, en esa Iglesia-misericordia, puede revelarse el amor gratuito de Dios, que se ofrece y se entrega a quienes no tienen nada más que su pobreza.

Notemos, finalmente, que el Papa califica esa misericordia como el atributo más estupendo –que también podría traducirse como más grande– del Creador y Redentor. Creación y Redención son, en última instancia, igualmente obra del amor misericordioso de Dios. Por ello, la Iglesia-

misericordia, que escucha y atiende el clamor de los pobres, revela en su vida lo más grande, lo más estupendo de Dios y de Cristo, tanto en la obra creadora como en la redentora.

La Iglesia servidora

12. Esta misericordia de Dios se manifestó en Jesús de Nazaret en forma de servicio, de humildad y de humillación, de entrega y donación a Dios y a los hermanos. «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por los muchos», que en el estilo semita quiere decir por todos. La diaconía (el servicio) aparece indisolublemente unida a la misión de Jesús, que se manifiesta como el Siervo de Yavé misteriosamente anunciado en Isaías.

13. Los mejores cristianos de la historia, los santos, han entendido el seguimiento de Jesús bajo esta forma de servicio y entrega por amor a los hombres, en especial a los más débiles y necesitados, como Pedro Nolasco o Pedro Claver, Juan Bosco o Juan de Dios, etc. Desde hace muchos siglos, los Papas ostentan como un distintivo el título de «siervo de los siervos de Dios». La Iglesia y los cristianos de todos los tiempos, como seguidores de Cristo, hemos recibido el encargo primordial de servir por amor a Dios y a los hombres, con entrañas de misericordia especialmente hacia los más débiles y necesitados.

Sin embargo, esta actitud, que ha de ser general en los cristianos, no puede quedarse en algo genérico y vago, reduciéndose a ideología o mera retórica. ¿No tenemos la impresión en nuestro tiempo de que estamos muy bien abastecidos de documentos y de declaraciones, de manifestaciones de buena voluntad?

14. Ahora bien: para no quedarnos en vaguedades, es necesario encarnarnos en el aquí y en el ahora. El sentimiento de misericordia y la actitud servicial se han vivido siempre a lo largo de la historia de la Iglesia, pero en cada época de manera cambiante, según las circunstancias. En este sentido, Juan Pablo II nos ofrece, en la citada Encíclica *Dives in misericordia*, unos criterios muy claros y sumamente prácticos que pueden servir-



nos de orientación para la Iglesia y los cristianos de hoy: «Es menester que la Iglesia de nuestro tiempo adquiera una conciencia más honda y concreta de la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios en toda su misión, siguiendo las huellas (...) en primer lugar, del mismo Cristo».

Es decir, que la Iglesia de hoy debemos profundizar, adquirir «una conciencia más honda» de esta misión recibida del Espíritu Santo para dar testimonio de la misericordia de Dios. Se trata de un deber de toda la comunidad, y no solamente de unos pocos digamos *especializados* en este ministerio. Hay diversidad de carismas, otorgados por Dios para el bien común, y no todos podemos ejercerlos todos, como tantas veces comenta San Pablo en sus cartas, sino que cada uno debe actuar el suyo para el bien de todos. Pero debe ser

común a todos los cristianos vivir y manifestar el amor entrañable, las entrañas de misericordia –según dice María en el *Magnificat*– que Dios tiene hacia los pobres, tal como Jesús de Nazaret tan especialmente nos encomendó a sus discípulos.

El Papa dice, además, que esta conciencia más honda que debemos adquirir en nuestro tiempo sobre la misión específica de la Iglesia, debe ser también «más concreta», ha de brotar de un mejor conocimiento y una mayor sensibilidad de la situación de los pobres en el mundo. De aquí la necesidad de acercarse a la realidad, recurriendo a los datos de la sociología y de la economía de una manera objetiva, racional y sistemática, con estadísticas y estudios científicos, haciendo análisis de cada situación, tanto en el área local y nacional como internacional.

15. De todos modos, aunque todo esto sea siempre necesario como punto de partida para tener una visión realista y de conjunto de los problemas, lo principal en este campo siempre será el acercamiento directo de la Iglesia y de los cristianos al mundo de los pobres. Dios mismo se acercó tanto que en Jesús de Nazaret se hizo uno de ellos, naciendo, viviendo, muriendo como los pobres, con una opción bien meditada e intencionada. Como dice San Pablo, Jesucristo, siendo infinitamente rico, se hizo pobre por nosotros, pero no para que fuéramos pobres, sino para enriquecernos con su pobreza. Es la ley de la Encarnación, que sigue siendo ley para la Iglesia en la historia.

De aquí que Juan Pablo II, insista en que ese testimonio de la misericordia de Dios debe manifestarse en toda acción de la Iglesia, y no en un pequeño grupo de personas, ni a ciertas horas en un despacho asistencial, ni predicando una vez al año el Día de la caridad o el de Manos Unidas, etc., como si fuese una modesta parcela entre las muchas actividades de la vida eclesial y pastoral. No. En modo alguno. Mientras no tengamos una «conciencia más honda y más concreta» de que la misericordia hacia los pobres es la gran misión de todos y siempre, bien podríamos decir que la Iglesia y los cristianos no tenemos *conciencia*, y somos infieles a la misión que el Señor con tanto empeño nos encomendó.

Porque el Papa termina dando el argumento definitivo de nuestro compromiso de amor y de misericordia hacia los pobres al decir que esta misión tiene su fundamento en el seguimiento de Cristo: «siguiendo las

huellas (...) del mismo Cristo». El Hijo de Dios, que vino al mundo para servir y dar vida, dice a sus discípulos el día de la Resurrección: «Como el Padre me envió, también yo os envío», y para cumplir su misión les promete y envía el Espíritu Santo.

16. En la parábola del *buen samaritano*, Jesús nos da la pauta permanente para la Iglesia y los cristianos de todos los tiempos: aproximarse, acercarse al necesitado para practicar con él la misericordia, mandándonos a cada uno y día a día, con toda la gravedad y empeño: «*Vete, y haz tú lo mismo*». Tan seria y tan grave es esta misión de Jesús que, como recordábamos más arriba, entre las muchas actividades posibles de la vida cristiana, el Señor considera a ésta decisiva en el examen, en el juicio final que hemos de pasar al término de nuestra vida temporal para gozar de la vida eterna: «Venid, benditos de mi Padre», o bien «apartaos de mí, malditos».

Podemos encontrar un símbolo en los relatos evangélicos sobre el nacimiento del Hijo de Dios, que San Juan nos presenta como el *Logos*, la Palabra, la Sabiduría de Dios entre los hombres. San Lucas no solamente destaca el contraste de cómo el Hijo del Altísimo nace en la mayor pobreza, debido a las circunstancias, sino que los primeros invitados fueron los pobres pastores. Es cierto que Mateo nos refiere que más adelante fueron también invitados unos magos que venían del Oriente, seguramente sabios, lo que hoy diríamos *intelectuales* o *científicos*, que presumiblemente vivirían con cierto bienestar. Pues bien, la Palabra de Dios, el Hijo de Dios y Rey de los hombres viene a llamar a todos, pero en lugar de invitar a los pobres desde los ricos —como sería lógica del mundo—, llama a los ricos desde los pobres. Cuando aquellos sabios dejan su bienestar, peregrinando hacia donde están los pobres y sencillos, la Sagrada Familia y los pastores, es cuando reciben una luz y una sabiduría superior que ni los libros ni los sabios podrían aportar.

Los padres de la Iglesia, los santos, los grandes predicadores, teólogos y autores de espiritualidad de todos los tiempos han insistido siempre en esta realidad. La antología que se podría hacer sería interminable, y podría resumirse en el *slogan* que empleaba San Juan de Dios cuando gritaba por las calles de Granada pidiendo para sus pobres: «*Hermanos: haced bien a vosotros mismos*». Fray Luis de Granada dice que «los pobres son médicos de nuestra llagas, y las manos que nos extienden, son remedios que nos

dan». Y San Pedro Damiano, en el «Opúsculo sobre la limosna» escribe este hermono párrafo: «¡Oh maravilla de la solidaridad, que brotas como una fuente para lavar manchas de los pecados y apagar las llamas de los vicios! ¡Oh felicidad de la limosna, que sacas del abismo a los hijos de las tinieblas y los introduces como hijos adoptivos del reino de la luz! Tú de las manos de los pobres vuelas al cielo, y preparas allí residencia a los que te aman. Si eres vino, no te agrias; si eres pan, no te floreces; si carne o pescado, no te pudres; si vestido, ni te apolillas».

Pero el acercamiento y la cercanía, la convivencia con los pobres, es decisiva para la Iglesia y los cristianos no solamente como responsabilidad final, como carga pesada o como obligación moral; ni siquiera como entrega y generosidad, por la cual damos nuestros bienes y hasta nuestras personas a los que más necesitan. Siendo todo esto muy grande y hermoso, no es suficiente para explicar el *misterio* escondido, la gracia secreta, el «quasi sacramento» que representan los pobres en el mensaje evangélico.

Motivos fundamentales de la opción por los pobres

17. Pero podríamos preguntarnos cuál es la razón fundamental de esta importancia de los pobres en la Iglesia y para la Iglesia. ¿Es una manera de tranquilizar la conciencia de los ricos —la Iglesia y los cristianos también, en muchas ocasiones—, dando de limosna parte de lo que se roba con la injusticia? ¿O acaso un egoísmo redomado, *pagando* con limosnas una entrada para el cielo? ¿O simplemente expresiones retóricas para mover el corazón de los ricos? Creemos, por el contrario que, la misión de la Iglesia hacia los pobres y la misión de los pobres en la Iglesia se basa en sólidos fundamentos de carácter teológico, cristológico, pneumatológico y eclesiológico.

a) Fundamento teológico

18. El Dios de la revelación judeo-cristiana se nos manifiesta en la Sagrada Escritura como el creador infinitamente sabio y poderoso, lleno de amor hacia todas sus criaturas, especialmente hacia el hombre, del que cuida con especial providencia y al que entregó la tierra con todas sus riquezas, para que las disfrutara y cultivara como colaborador suyo. El pue-

blo elegido en el Antiguo Testamento, que debería ser para la humanidad como el anticipo, el mediador y el misionero del futuro Reino de Dios, tiene en la Ley y en los profetas normas y orientaciones muy claras que exigen fomentar actitudes de justicia, de solidaridad y de amor entre los hombres. Cuando son conculcadas –sea por los reyes, sea por los sacerdotes, sea por los ricos–, Dios envía profetas que les conminan para que socorran al necesitado, liberen al oprimido y hagan justicia al injuriado. En el año del jubileo, se debía liberar a los esclavos y devolver las tierras que se hubieran tenido que vender por la penuria y necesidad de sus legítimos propietarios. Todos los hombres habían de ser libres, y todos poseer y conservar la heredad de sus antepasados. En el Nuevo Testamento, Jesús de Nazaret y la primitiva comunidad amplían estas exigencias de justicia y equidad hasta alcanzar a todos los hombres de cualquier raza y en todas las circunstancias, sean amigos o enemigos –«*si tu enemigo tiene hambre, dale de comer*»–, con una especial predilección por los más pobres y más necesitados.

19. Dios respeta las leyes que Él mismo ha dado a la creación, y de manera especial respeta la libertad que ha otorgado al hombre. Por eso, se ha podido hablar en ocasiones del *silencio de Dios*, o de la *muerte de Dios*, que destaca de manera particularmente dramática y misteriosa en el desamparo de Jesús en su pasión y su muerte. Pero Dios sería injusto si pareciese colaborar con la injusticia, o simplemente guardar silencio frente a ella, sin defender al oprimido ni levantar al caído. Aunque Dios no intervenga directamente, acude diligentemente por medio de sus profetas en el Antiguo Testamento. Desde el día de Pentecostés, todos los discípulos hemos recibido el espíritu profético, y somos un pueblo de profetas, que debemos seguir anunciando el Evangelio de Jesucristo, su mensaje de salvación para todos, y de predilección especial por los pobres, como manifestación de la voluntad de un Dios que es Padre de todos los hombres y quiere que compartan los bienes de la tierra como buenos hermanos de una misma familia, y odia la injusticia, la insolidaridad y la opresión de unos hombres por otros.

20. ¿Qué imagen daríamos de Dios si los cristianos calláramos ante la injusta situación de tantos millones de hombres? ¿No facilitaríamos así,

como dijo el Concilio, el ateísmo de tantos hombres de buena voluntad, que no pueden comprender un Dios que permite que algunos derrochen mientras otros *mueren de hambre*? Para evitar ese silencio que sería culpable y blasfemo, la Iglesia debe hablar y debe obrar, bien sea luchando por la justicia cuando la pobreza sea ocasionada por la injusticia, bien actuando por caridad, aún en los casos en que esa situación sea ocasionada por los mismos que la padecen.

b) Fundamento criatológico

21. Si bien se considera, no hay nadie propiamente rico más que Dios, que dispone de una riqueza infinita e ilimitada en todo bien auténtico y superior. El hombre, todo hombre, es siempre más o menos indigente de muchas clases de bienes, además de ser limitado en el bien supremo de la vida por el hecho inevitable de la muerte. Por eso, la Encarnación del Verbo de Dios es por sí misma, de manera radical y esencial, el *empobrecimiento* de Dios. Jesús de Nazaret, el Hijo muy amado del Padre, en el que tiene sus complacencias, es el pobre por antonomasia, el existencialmente pobre, el vaciado *-kenosis-*, el *abandonado* por Dios a la vida humana que será su muerte, y el *abandonado* por sí mismo a la voluntad del Padre y a la voluntad de los hombres. Él no será el hombre para sí, sino el-hombre-para-los-demás, desposeído, el siervo, el que sirve su muerte. Tan despojado que ni siquiera tiene un yo propio de hombre, una *persona* humana *-aunque tenga una extraordinaria personalidad-*.

22. Este pobre de Yavé que es el pobre más grande de toda la historia del Pueblo de Dios, manifiesta un amor preferencial a los pobres y a los oprimidos. Tanto, que les concederá un título especial: ser sus representantes, sus delegados, sus presencias en la calle y en el mundo. Podríamos decir que Jesús nos dejó como dos sacramentos de su presencia: uno, sacramental, al interior de la comunidad: la Eucaristía; y el otro existencial, en el barrio y en el pueblo, en la chabola del suburbio, en los marginados, en los enfermos de Sida, en los ancianos abandonados, en los hambrientos, en los drogadictos... Allí está Jesús con una presencia dramática y urgente, llamándonos desde lejos para que nos aproximemos, nos hagamos prójimos del Señor, para hacernos la gracia inapreciable de ayudarnos

cuando nosotros le ayudamos. Más de una vez Jesús ha manifestado su presencia a los santos cuando éstos ayudaban a un pobre. Si el Señor hubiera venido en su vida mortal a pedirnos ayuda, hubiéramos corrido a darle de todo corazón todo lo que nos pidiera. Ahora, lo hace cada día en todos aquellos –¡y son tantos!– que nos necesitan urgente y gravemente.

c) Fundamento pneumatológico

23. Si se nos permite la expresión, bien podríamos decir que, en la economía de la Historia de la Salvación, el Espíritu Santo es como el artesano, el ejecutor, el artífice que va realizando el proyecto de Jesús y el mayordomo que va aplicando las riquezas de la muerte y la Resurrección de Cristo. El Espíritu del Padre y del Hijo, que obró la Encarnación del Verbo en María, se encarga de realizar ésta como encarnación continuada que es la Iglesia de la historia. No son dos obras, ni dos historias ni dos proyectos diferentes, sino etapas diferentes de una misma historia de Dios entre los hombres.

24. Por eso, la Iglesia puede y debe hacer suya la proclamación de Jesús en la sinagoga de Nazaret, al comienzo de su vida pública. Cuando le invitan, según costumbre, a dirigir la palabra a los asistentes, en aquel momento diríamos *programático*, que era como la introducción y explicación de su misión, retomando las palabras de Isaías. dice solemnemente: «El Espíritu del Señor sobre mí,/ porque me ha ungido/ para anunciar a los pobres la Buena Nueva –el Evangelio, diríamos nosotros–,/ me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos/ y la vista a los ciegos,/ para dar la libertad a los oprimidos/ y proclamar un año de gracia del Señor». Y añadió después, al comenzar su comentario: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy».

Es San Lucas –precisamente el evangelista de los pobres y del Espíritu Santo, tanto en el Evangelio como en el libro de los Hechos– el único de los sinópticos que expresa la referencia y la vinculación del Espíritu Santo a la misión de Jesús hacia los pobres. Pero los tres –Mateo, Marcos y Lucas– destacan fuertemente cómo el Señor era movido y empujado por el Espíritu, y Mt 11,5, Lc 7,22 recogen la escena de los discípulos del Bau-

tista enviados a Jesús, a preguntarle si era el Mesías que estaban esperando. El Señor, después de hacer varias curaciones, les responde, como un signo mesiánico de su misión, que se anuncia a los pobres la Buena Noticia (el Evangelio).

Los seguidores de Jesús debemos dejarnos mover, inspirar y orientar por el Espíritu Santo, si queremos vivir, crecer y madurar como cristianos, llamados a la perfección de la santidad. Por lo mismo, nos sentimos misioneros de la misión principal de Cristo, que fue —y sigue siendo en nosotros— la de anunciar el Evangelio a los pobres, liberar a los oprimidos y curar a los enfermos.

d) Fundamento eclesiológico

25. En la Encíclica *Dives in misericordia*, Juan Pablo II insistía en que la Iglesia de nuestro tiempo debe adquirir una conciencia más honda de su misión, siguiendo las huellas de Cristo. ¿Cuál es esta misión? O, si se quiere así, dentro de las diversas misiones complementarias entre sí que la Iglesia debe asumir, ¿cuál es aquella que debe ser para ella primordial, permanente, general e irrenunciable?

Según todo lo que venimos diciendo, parece que esa misión es ser la Iglesia de los pobres, en un doble sentido: en el de una Iglesia pobre, y una Iglesia para los pobres. Así como Jesús fue radical y esencialmente pobre por su encarnación, y entregado principalmente a los pobres por su misión, y sólo así cumplió la redención y Él mismo alcanzó su glorificación, la Iglesia de Jesús debe ser aquella que en su constitución social, sus costumbres y su organización, sus medios de vida y su ubicación, está marcada preferentemente por el mundo de los pobres, y su preocupación, su dedicación y su planificación esté orientada principalmente por su misión de servicio hacia los pobres.

26. La misma historia de la Iglesia nos confirma esta verdad fundamental de la fe cristiana. Si bien es cierto que como institución necesaria en la historia de la salvación la Iglesia siempre permanece, gracias a la promesa y la presencia del Señor, no lo es menos que en unas ocasiones su testimonio puede ser más claro y elocuente que en otras, aunque nosotros no podamos juzgar las circunstancias y las responsabilidades de las perso-

nas. Pero en general bien puede decirse que cuando la Iglesia en sus diferentes estructuras –parroquias o diócesis, congregaciones u órdenes religiosas, jerarquía– han acumulado riquezas materiales y vivido en la abundancia, sobrevénia irremediamente la decadencia espiritual y se debilitaba o desaparecía el testimonio evangélico ante el mundo.

27. En cambio, cuando individual o comunitariamente la Iglesia y los cristianos vivían con entrañas de misericordia preocupados y entregados a los pobres, desprendiéndose de las riquezas propias para remediar la indigencia ajena, han florecido los santos, los grandes misioneros, los carismas de todas clases, la alegría espiritual y la caridad, la paz y la esperanza, y el evangelio era más y mejor anunciado, y generalmente más creíble



*Niña sudanesa abandonada, expiada por un buitre.
Fotografía de Kevin Carter. Premio Pulitzer 1994.*

y más creído. Se podrían poder innumerables ejemplos de toda la historia de la Iglesia. Por poner uno solo, recordemos a Santo Domingo de Guzmán, canónigo de Osma, que solamente pudo predicar con fruto el evangelio entre los albigenses cuando se desprendió de todos sus bienes, de su cabalgadura y sus ricos ropajes, y anduvo a pie, pobre y descalzo, por los caminos del Sureste francés.

Esta misión fundamental de la Iglesia hacia los pobres supone una permanente *con-versión*, volcarnos, vaciarnos-todos-juntos hacia el *lugar teológico* de los pobres, donde nos espera Cristo para darnos todo aquello que necesitamos para ser verdaderamente su Iglesia, la Iglesia santa de los pobres y para los pobres. De aquí la necesidad de conocer, vivir y compartir el mundo de los pobres.

2. LA INJUSTICIA, COMO CAUSA DE LA POBREZA

«No hay efecto sin causa», dice un antiguo adagio filosófico. Ante el panorama desolador de la pobreza en el mundo, debemos preguntarnos cuál es su causa. ¿Es fruto de circunstancias imponderables e incontrolables, como algunas catástrofes naturales para las que el hombre todavía no ha encontrado suficientes remedios? ¿O bien es efecto de la imprevisión, la impericia o la apatía de algunos pueblos de la tierra? ¿O más bien debemos culpar de la pobreza a ciertos mecanismos de la economía y el comercio internacionales, a estructuras injustas que «funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros».

Un enfrentamiento lúcido y eficaz contra la pobreza exige indagar cuáles son las causas y los mecanismos que la originan y de alguna manera la consolidan, hasta llegar a darle una permanencia histórica contra la que parece inútil luchar. Vamos a tratar de conocer cuáles son esos mecanismos generadores de pobreza, dividiéndolos para nuestro intento en dos campos: en el ámbito internacional y en el ámbito nacional español, sin excluir tampoco el campo de la responsabilidad individual.

2.1. LA INJUSTICIA EN EL ÁMBITO INTERNACIONAL

29. La *Sollicitudo Rei Socialis* reconoce que «la responsabilidad de este empeoramiento tiene causas diversas. Hay que indicar las indudablemente graves omisiones por parte de las mismas naciones en vías de desarrollo, y especialmente por parte de los que detentan el poder económico y político». Si queremos hacer una defensa lúcida de los pobres, buscando y promoviendo soluciones realistas y viables, no podemos caer en actitudes demagógicas y retóricas, fomentando el victimismo de los pueblos más débiles, ignorando sus posibilidades y sus responsabilidades pasadas y presentes, sin despertar la propia conciencia del potencial económico y humano que se encierra en todas las razas y culturas, colaborando pero nunca suplantando con un imperialismo de nuevo cuño el protagonismo de los pueblos ante la historia, especialmente mirando al futuro.

«Pero tampoco podemos soslayar –sigue Juan Pablo II la responsabilidad de las naciones desarrolladas, que no siempre, al menos en la debida medida, han sentido el deber de ayudar a aquellos países que se separan cada vez más del mundo del bienestar al que pertenecen». En efecto: si bien las injusticias flagrantes y generalizadas de la época del colonialismo han desaparecido en su mayor parte, no obstante «es necesario denunciar la existencia de unos *mecanismos* económicos, financieros y sociales» que «maniobrados por los países más desarrollados de modo directo o indirecto, favorecen, a causa de su mismo funcionamiento, los intereses de los que maniobran, y que terminan por sofocar o condicionar las economías de los países menos desarrollados». E insiste poco después: «La *Populorum Progressio* preveía ya que con semejantes sistemas aumentaría la riqueza de los ricos, manteniéndose la miseria de los pobres (nº 33)».

La política financiera mundial

30. Los resortes de las instituciones y estructuras del comercio internacional –principalmente, el FKI, el GATT y el BIRF– se encuentran en manos de los países desarrollados, y se mueven según su propia lógica y según sus propios intereses, que van en dirección opuesta al de los países pobres, con lo que año tras año se está consolidando y agrabando el abismo entre el Norte y el Sur.

El comercio internacional e intercontinental, cada vez más interdependiente, está somerido a unos mecanismos financieros y tecnológicos que favorecen a los países y las empresas más poderosas, perjudican y condicionan a los más débiles, ocasionando un desequilibrio mundial entre el Norte y el Sur, entre los ricos y los pobres, o mejor dicho, entre los opulentos y los hambrientos. Así, pues, el comercio internacional está desequilibrado por causa de la relación de intercambio entre las materias primas proporcionadas por el Tercer Mundo, con precios a bajo coste fijados por el Primer Mundo, mientras que aquéllos deben comprar a éstos a precios cada vez más altos los productos manufacturados que necesitan importar de los países industrializados.

La deuda internacional

31. Finalmente, como un defecto del desequilibrio económico internacional y al mismo tiempo, como una nueva causa de depresión y de opresión del Tercer Mundo, citemos el fenómeno de la deuda internacional, «se trata de un fenómeno cuyas causas lejanas se remontan a los tiempos cuando las perspectivas generalizadas de crecimiento incitaban a los países en desarrollo a atraer capitales, y a los bancos comerciales a conceder créditos para financiar inversiones que, a veces, implicaban un gran riesgo. Como los precios de las materias primas eran favorables, la mayor parte de los países deudores seguía siendo solvente».

Sin embargo, después de la crisis deudoras de 1974 y 1979, con la caída de los precios de las materias primas procedentes del Tercer Mundo y el flujo de los petrodólares hacia los países desarrollados en búsqueda de inversiones estables y rentables, además del fracaso de proyectos de desarrollo demasiado ambicioso, poco fundamentados y mal gestionados, todo ello ha llevado al endeudamiento generalizado y angustioso de los países en desarrollo. Simultáneamente, se producía un aumento de las tasas de interés del capital mundial, y los países industrializados adoptan medidas proteccionistas que disminuían las importaciones del Tercer Mundo.

Desde comienzos de los años ochenta, la situación no ha hecho más que empeorar. Las propuestas de solución de los organismos crediticios a los países deudores para renegociar nuevos créditos contribuyen con frecuencia a agravar la situación de los países pobres, aumentando el paro y reduciendo todavía más el bajo nivel de vida de dichas poblaciones.

Como dice la Comisión Pontificia en el documento citado, «la acumulación de los términos de pago ha alcanzado tal nivel que muchos países ya no están en condiciones de cumplir sus contratos, y se ven obligados a solicitar nuevos préstamos, entrando así en un engranaje del que se ha vuelto muy difícil prever una salida. En efecto, los países deudores se encuentran en una especie de círculo vicioso: para poder reembolsar sus deudas, están condenados a transferir al exterior, en medida siempre creciente, los recursos que deberían estar disponibles para su consumo y sus inversiones internas, y, por lo tanto, para su desarrollo». E insiste más adelante: «El servicio de la deuda no puede ser satisfecho sino al precio de una asfixia de la economía de un país. Ningún gobierno puede exigir moralmente de un pueblo que sufra privaciones incompatibles con la dignidad de la persona».

32. La economía de los países subdesarrollados, o en desarrollo, está sometida, pues, a un dualismo estructural —subsistencia y exportación— que aumenta su vulnerabilidad y su dependencia del Primer Mundo. Por una parte, la agricultura y la industria han de atender a las necesidades básicas de subsistencia de una población cada vez mayor debido al alto índice de crecimiento demográfico. Por otro lado, debe responder a la urgencia de la exportación, a fin de satisfacer tanto el pago de los intereses como la amortización de la Deuda Externa, además de la importación de productos elaborados, siquiera los más indispensables.

Se dan, además, dos circunstancias que consolidan y agravan esta situación. En primer lugar, la paulatina sustitución de materias primas naturales por otras sintéticas, por lo que el nivel de las exportaciones del Tercer Mundo decrece incesantemente. Por otra parte, el mercado mundial está en poder de unas pocas empresas de ámbito multinacional radicadas en los países ricos, las cuales controlan en la actualidad el 30% de su totalidad, y, teniendo en cuenta el ritmo de crecimiento de esta concentración de poder económico, se calcula que en el año 2000 llegará a alcanzar hasta el 90% del volumen del mismo.

33. Las relaciones económicas de dichas empresas con los países pobres suelen estar lastradas por diversos condicionamientos que perjudican injustamente a esos países, como son los siguientes:

– Al incrementar los cultivos de explotación rápida y frecuentemente exhaustiva, dificultan, reducen u obstaculizan la producción de alimentos necesarios para el consumo de la población local. Esta forma de explotación provoca, además, *el aumento de campesinos sin tierra*, y, en muchos casos, la desertización de amplios territorios.

No solamente los salarios que abonan estas empresas en los países en desarrollo son muy inferiores a los que pagarían en los países industrializados, sino que, además, disminuye progresivamente el número de puestos de trabajo, debido a las transferencias de tecnología, a la mecanización de las labores o al traslado de las empresas a países en los que la mano de obra es todavía más barata.

– Las inversiones de los países industrializados en el Tercer Mundo sólo suponen un 25% del total de las mismas, aun teniendo en cuenta que buena parte de ese 25% procede de capitales del propio país. Además, tras empujar a la quiebra a empresas locales por la presión de su poder comercial, las adquieren a bajo precio como filiales, favoreciéndose así la evasión de capitales a través del comercio intraempresarial, con el consiguiente aumento del déficit de la balanza de pagos de los países pobres.

No solamente extienden estos países su red comercial por medio de las multinacionales, sino que, además, por la presión de los medios de comunicación social y de la publicidad, contribuyen a alterar y distorsionar el modo de vivir de la población autóctona, que llega a asociar el consumo de productos innecesarios y extraños a su cultura o nocivos para la salud, con la modernidad, la cultura y el progreso.

2.2. LA INJUSTICIA EN EL ÁMBITO NACIONAL

34. La dependencia de la economía de los estados respecto a los condicionamientos de la economía internacional, inclusive en los países desarrollados e industrializados, y, más en concreto, la dependencia de la economía española es también claramente perceptible y constatable. Querer ignorarlo equivaldría a situarse al margen de la realidad, incapacitándonos para descubrir las verdaderas raíces de los problemas y de las posibles vías de solución. La inserción de España en la Comunidad Europea y en las leyes económicas vigentes en ella es un hecho con el que todo análisis lúcido y realista debe enfrentarse, y que la conciencia cristiana debe juzgar éti-

ca y proféticamente, dado que está generando muchas situaciones de pobreza, de marginación y de injusticia.

35. Por otra parte, esta realidad no puede considerarse al margen de una circunstancia de graves consecuencias no sólo económicas, sino también éticas y morales, a las que la conciencia cristiana no puede permanecer ajena. Nos referimos al fracaso del llamado socialismo real en los países del Este europeo, y, más en particular, en la URSS. Es lo que hace preguntarse al Papa: «¿Se puede decir quizás que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él están dirigidos los esfuerzos de los países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizás este el modelo que es necesario proponer a los países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y social?». La respuesta del Papa es clara y contundente: «Si por capitalismo se entiende un sistema en el cual la libertad en el ámbito económico no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces, la respuesta es absolutamente negativa».

Mecanismos económicos generadores de pobreza en el Estado Español

36. Así pues, la economía española está dentro de un marco más amplio de relaciones políticas y económicas, que la condicionan al sistema basado en la economía de mercado, la libre empresa y la competitividad. No puede, por tanto, sustraerse a las leyes y normas que dicha estructura le impone necesariamente. Pero al mismo tiempo que es preciso reconocerlo con realismo, tampoco podemos cerrar los ojos ante **las nuevas situaciones de pobreza que este sistema genera espontánea y necesariamente.**

La lógica económica del sistema capitalista no puede ser ni la única ni la última referencia que debe inspirar el funcionamiento económico, sino que debe someterse a las exigencias de una justicia social que esté al servicio del hombre y sus derechos fundamentales. Es necesario instaurar un orden de justicia social, a fin de que la lucha contra la pobreza no quede reducida a *un mero alivio* de los efectos generados por un sistema econó-

mico regido exclusivamente por la ley del libre mercado, puesto al servicio del aumento de beneficios económicos a cualquier precio. Un modelo liberal de economía, sin los debidos correctivos sociales que evitan las injusticias, no puede ser aprobado éticamente hablando.



Abril 1994.

37. Creemos que una manera de entender la pobreza en España y los mecanismos que la originan puede ser analizando la política económica actual, de adaptación al cambio y a la crisis por medio de una reestructuración del sistema económico. Y esto por una razón bien clara: la política económica actual, tanto en España como en el mundo occidental en general, es *de ajuste*, y sus efectos se explican dentro del marco de las relaciones de la economía internacional. Esta política económica de libre mercado total, por medio de los mecanismos económicos, financieros y sociales que la sustentan, tiende a primar las leyes automáticas del mercado, el juego de la competencia, la economía de la oferta, el dominio del más fuerte y el desplazamiento y *hundimiento de los más débiles*. La pobreza y sus factores no se pueden comprender independientemente de esta estructura socioeconómica de referencia, a la que hay que añadir además la insolidaridad social y los individualismos egoístas, como diremos seguidamente.

El liberalismo económico

38. Este sistema económico se quiere encubrir con el manto de una expresión tan ambigua como es la del **mercado libre**, del respeto a la libre

iniciativa y a la competitividad, cuando en realidad se trata de un sistema social de mentalidad predominantemente economicista y materialista, incapaz de fomentar relaciones solidarias y fraternales entre los seres humanos y con la naturaleza.

Esta situación repercute gravemente en el fomento, mantenimiento y crecimiento de las desigualdades económicas, sociales, políticas y culturales, que a su vez inciden en la reproducción y estabilidad del sistema, a pesar de pequeñas correcciones aisladas y superficiales, debidas al cambio de correlación de las fuerzas sociales y económicas. De aquí procede el desarrollo de tendencias corporativistas que enfrentan a unos grupos de ciudadanos contra otros, envenenando los mejores esfuerzos de solidaridad, civismo y patriotismo que algunos promueven también.

En esta sociedad, que se ha instalado tranquilamente en la injusticia, mientras una parte de la población vive en la mayor abundancia y el despilfarro, los sectores más desvalidos quedan sumergidos en la pobreza, la indigencia y la marginación, llegando a los casos más extremos cuando, además, se ven afectados por factores físicos —enfermedad, minusvalía o ancianidad—, sociológicos —éxodo rural, inmigración económica o política—, económicos —crisis laboral, desempleo y subempleo—, o inadaptación social —transhumancia, desarraigo, alcoholismo, drogadicción, etc.—.

Para terminar este apartado y como resumen del mismo, queremos insistir de nuevo en que la raíz de la pobreza se encuentra en la misma entraña de un sistema socioeconómico que, si no es debidamente corregido, está basado exclusivamente en la concepción utilitarista y meramente funcional del ser humano, en la filosofía de la desigualdad, en «los mecanismos perversos» de la ambición y del lucro desorbitados, y en la sed de poder a cualquier precio y de cualquier manera, con todas las funestas consecuencias que conlleva para los más débiles.

Efectos de estos mecanismos generadores de injusticia

Se dice, en los medios bursátiles, que cuando la bolsa de Nueva York se constipa, la de Madrid coge la gripe o una neumonía. Pero luego, además, se convierte en epidemia que contagia a los inversores y a las empre-

sas, y así sucesivamente, como en el efecto dominó, afecta a las familias y a los individuos, a su trabajo y a su propia vida de cada día.

39. Los efectos del sistema económico internacional, basado en el mercado libre y en la filosofía liberal, dentro de los cuales se mueve la economía y la política del Estado Español, se traducen innegablemente en ciertos beneficios para la sociedad española, como pueden ser una mayor abundancia de bienes de consumo, formas democráticas de gobierno y de representatividad popular, aumento general de nivel de vida, y modernización de la agricultura, la industria y el comercio.

40. Sin embargo, cuando no existe una Política Social adecuada y suficiente, también produce muchas y graves injusticias que no podemos silenciar y que debemos tratar de remediar a corto, medio y largo plazo, según los casos y las circunstancias. El cristiano y la Iglesia tenemos en ello una responsabilidad irrenunciable, aunque ello pueda ser difícil, laborioso, impopular y hasta comprometido en muchos casos.

Así, aunque la introducción generalizada de nuevas tecnologías producen grandes beneficios a la sociedad, perfeccionando y abaratando los productos, generan también graves perjuicios sociales, al provocar drásticas reducciones de la plantilla de trabajadores, con despidos masivos y jubilaciones anticipadas. De esta manera, aumenta el número de parados con pocas o ningunas esperanzas de volver a incorporarse al trabajo, teniendo en cuenta que en la mayoría de los casos se trata de obreros con cualificaciones que han quedado obsoletas y que difícilmente, por su edad y por su poca formación, podrán cualificarse para las nuevas especializaciones de la industria.

41. Las *empresas multinacionales*, además, empujadas por el afán de lucro a cualquier precio y presionadas por la mutua competitividad, fomentan el trabajo precario que disminuye los gastos sociales, y presiona a los gobiernos de la Comunidad Europea para que oriente en este sentido la reglamentación laboral de los países componentes, con lo que está creciendo en España de manera alarmante y desproporcionada el índice de contratos laborales eventuales.

42. El paro forzoso es una de las lacras más graves de nuestra sociedad, ya que impide al hombre el derecho fundamental al trabajo, como desarrollo de su personalidad y como el medio normal de ganar lo necesario para vivir dignamente tanto él como su familia. Por lo mismo, es probablemente la causa más importante y decisiva en la génesis de la pobreza. Además, empuja a las personas en la pendiente resbaladiza de la angustia, la depresión, el alcoholismo, el juego, la droga, la prostitución, la delincuencia, la marginación y, en ocasiones, hasta el suicidio.

Un sistema económico, que llega a convivir establemente y hasta transigir culpablemente con el cáncer del paro masivo y obligatorio, es un sistema gravemente enfermo que es necesario corregir y curar, buscando con empeño los remedios que sean necesarios.

2.3. EL EGOÍSMO INDIVIDUAL

43. Tampoco podemos engañarnos culpabilizando solamente a las estructuras económicas y políticas de todos los males de la sociedad, tranquilizando así nuestras conciencias, y esperando exclusivamente del cambio de la economía, de las finanzas o de la administración pública la solución de todos los problemas.

En primer lugar, porque en esas estructuras operan e influyen personas individuales, con su propia responsabilidad, intransferible e insoslayable. Además, porque siempre habrá situaciones de desvalimiento, de soledad y desarraigo, que difícilmente podrán ser resueltas solamente por la acción protectora de las instituciones sociales. Ninguna reforma estructural, ni ninguna reivindicación social podrán ofrecer amistad y compañía al que se siente solo y fracasado.

44. Frente a la amenaza de burocratización de las instituciones de carácter social, la masificación de la sociedad que tiende a despersonalizar al individuo, y la maquinaria del Estado moderno, omnipresente y omnipotente, pero frío e implacable como una inmensa computadora, es preciso dar la voz de alarma y despertar las conciencias en la búsqueda de un nuevo humanismo que humanice nuestro mundo deshumanizado. Porque nosotros mismos, todos y cada uno por nuestra cuenta, precisamos hacer

un cambio, volvernos, «*con-vertirnos*» de nuestras actitudes de egoísmo y de insolidaridad, de las que entresacamos algunas manifestaciones:

Primera.— Con frecuencia, las nuevas generaciones estamos negando a los ancianos el afecto y el calor humano, la cercanía y la atención que tanto merecen y necesitan. Y todo ello simplemente porque nos resulta difícil o insoportable tener que estar pendientes de las atenciones que precisan, y que a nosotros nos quitan libertad para nuestros viajes de recreo, fiestas y diversiones.

Segunda.— No pocas veces discriminamos en nuestro interior a gentes venidas de fuera, especialmente si son pobres y de países pobres, como los norteafricanos o los negros. Inclusive, en muchas ocasiones rehuimos su presencia, y hasta les rechazamos de diversas maneras.

Tercera.— No es raro entre nosotros encontrar la actitud cómoda de quienes se despreocupan de los problemas de la vida pública, olvidando la propia responsabilidad social, movilizándose y luchando solamente cuando se trata de asuntos que afectan directamente a sus intereses personales, pero permaneciendo indiferentes cuando se trata de las aspiraciones y derechos de otros sectores aún más indefensos, como el colectivo de parados, el de los pobres del mundo rural, o el de los marginados.

Cuarta.— Constatamos también las actuaciones individualistas de la actual crisis económica, y, sin embargo, buscan superar la situación utilizando toda clase de medios y presiones sociales a su alcance, pensando sólo en su propio beneficio, aunque su actuación pueda traer graves perjuicios a la sociedad y a otros grupos de ciudadanos.

Quinta.— Como tampoco faltan quienes, a pesar de la crisis económica y olvidando totalmente a los que carecen hasta de lo más indispensable para llevar una vida humana digna de tal nombre, continúan derrochando sin medida, de manera ostentosa y provocativa, gastando en una noche, en un viaje o en una fiesta verdaderas fortunas, con las que muchas familias tendrían para vivir durante varios meses.

Ante estas muestras lamentables de insolidaridad, y otras más que podrían detectarse entre nosotros, creemos que todo ello no son más que los síntomas producidos por la naturaleza insolidaria de nuestra civilización occidental. Por ello, cuando se habla de la salida de la crisis habría que pensar de qué clase de crisis hablamos, y de cuál tendríamos que hablar.

¿No es la mayor crisis de nuestra sociedad este deslizamiento por la pendiente del egoísmo y del hedonismo, de la injusticia y la insolidaridad?



1994: Año Internacional de la Familia.

3. LA IGLESIA Y LOS CRISTIANOS, COMPROMETIDOS EN LA LUCHA POR LA JUSTICIA

Después de haber recordado la injusta situación de la pobreza en el mundo; de haber meditado con la Palabra de Dios en nuestra responsabilidad ante la triste condición de tantos hermanos nuestros, y de haber analizado las causas que la originan, debemos ahora plantearnos qué podemos y debemos hacer para encontrar alguna solución a estos problemas. De otro modo, caeríamos en el reproche del Señor al criado que no había negociado con el talento que le encomendaron: «¡Siervo malo y perezoso!». Porque, como dice en el Sermón del Monte: «No todo el que me diga ‘Señor, Señor’ entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial».

En el último siglo, la Iglesia ha estudiado más profundamente su responsabilidad a la luz de la Palabra de Dios siempre permanente, en relación con las circunstancias del tiempo, siempre cambiante. Especialmente desde hace un siglo, con la Encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, hasta la última Encíclica social de Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, ha reconocido y asumido su deber en la lucha a favor de los pobres y de los oprimidos. Como un ejemplo entre tantos, recordemos el mensaje del Papa Pablo VI y de los padres sinodales, al final del Sínodo de 1974: «En nuestro tiempo, la Iglesia ha llegado a comprender más profundamente esta verdad, en virtud de la cual cree firmemente que la promoción de los derechos humanos es requerida por el Evangelio, y es central en su ministerio. La Iglesia desea convertirse más plenamente al Señor, y realizar su ministerio manifestando respeto y atención a los derechos humanos en su propia vida. Hay en la Iglesia una conciencia renovada del papel de la justicia en su ministerio. El progreso ya realizado nos anima a proseguir los esfuerzos para conformarnos más plenamente a la voluntad del Señor».

3.1. LUCHAR CONTRA LA INJUSTICIA COMO GENERADORA DE POBREZA

45. Hoy la pobreza no es un hecho inevitable, considerada desde el punto de vista social. Por primera vez en la historia de la humanidad, disponemos de tecnología y de recursos suficientes para que nadie sea excluido de los medios de vida básicos, considerados como mínimos dentro de la propia sociedad. El problema en la actualidad no es de medios, sino de objetivos: *querer o no querer*. Los principales obstáculos para erradicar la pobreza ya no son técnicos, sino políticos y éticos. Por lo mismo, la pobreza que se tolera en medio de la abundancia es una grave injusticia social. De la misma manera, luchar por la justicia supone para la Iglesia en general y para cada uno de los cristianos en particular una exigencia fundamental y una opción preferencial en favor de los pobres y de los oprimidos.

46. Juan Pablo II, cuando desciende a dar algunas orientaciones, particulares en la *Sollicitudo Rei Socialis*, dice hablando del magisterio social de la Iglesia: «La enseñanza y la difusión de esta doctrina social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Y como se trata de una doctrina que debe orientar la *conducta de las personas*, tiene como consecuencia

el «compromiso por la justicia» según la función, vocación y circunstancias de cada uno. Al ejercicio de este *ministerio de evangelización* en el campo social, que es un aspecto de la *función profética* de la Iglesia, pertenece también la *denuncia* de los males y de las injusticias. Pero conviene aclarar que el anuncio es siempre más importante que la denuncia, y que ésta no puede prescindir de aquél, que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta».

Como se indica en este párrafo del Papa y según aludimos también en el título de este capítulo, el compromiso en la lucha por la justicia nos afecta a todos en cuanto comunidad eclesial y a cada uno también como cristianos, de diferente forma según las circunstancias y los diversos carismas y vocaciones. Dando todo ello por supuesto, ahora, por razones de método, vamos a ceñirnos a la actuación individual de los cristianos, en particular de *los laicos*, especialmente llamados por su vocación bautismal al compromiso en el mundo y en la sociedad, dejando para más adelante el tratamiento de la acción eclesial, institucional y comunitaria en la lucha por la justicia y por la promoción social a favor de los pobres.

47. La vida del cristiano debe guardar una profunda unidad, aunque pueda también presentar una armoniosa variedad según los diversos momentos y circunstancias de cada día. Así, tanto la oración como el compromiso, el profetismo y la liturgia, la Sagrada Escritura y el diario, la Misa de la Iglesia y la mesa del mundo, la familia y la sociedad, la comunidad cristiana y el sindicato o el partido político, etc., son dimensiones diferentes de su única vida de Hijo de Dios y hermano de los hombres. Tanto el espiritualismo alienante como el secularismo rampante son caricaturas y desviaciones de la vida cristiana que deforman también la imagen de la Iglesia ante los ojos del mundo. Por ello, no solamente el compromiso temporal es legítimo y santo, sino necesario y obligatorio, si queremos caminar hacia la perfección cristiana. Este compromiso del cristiano en la lucha por la justicia debe abarcar conjuntamente los tres campos siguientes:

Actuar en justicia

48. Más que una caricatura, sería un sarcasmo y un verdadero escándalo que los bautizados, que estamos llamados a superar la justicia huma-

na mediante la caridad cristiana, no solamente no obráramos en caridad sino ni siquiera guardásemos el mínimo de la justicia. Hay que reconocer humildemente que no pocas veces hemos caído en ese pecado a lo largo de los siglos, contribuyendo así al desprestigio de la hermosa palabra caridad, alabando como muy caritativas a personas que daban a los pobres de limosna unas migajas de lo mucho que, por otra parte, adquirirían injustamente en sus empresas o negocios.

49. Dios mismo nos hace justos en Cristo por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Siendo nosotros injustos y pecadores, nos perdonó, nos justificó y nos santificó por pura gracia. Pero esa justicia gratuita o agradecida pide y exige de nosotros que respondamos obrando justamente hacia Dios y hacia los hombres.

Y si bien la justicia divina que obra en nosotros debe superar el concepto de justicia humana conmutativa o distributiva, más corto y más estricto, lo que no puede hacer es ignorarlo. Diríamos que puede superarlo, pero no suprimirlo. Además, en la mayor parte de las ocasiones de la vida diaria el cristiano que está inserto en los mecanismos de la sociedad no podrá hacer más que guardar honestamente y justamente las reglas de juego convenidas por todos de antemano.

Todos y en muchas circunstancias tenemos la posibilidad y el deber de obrar con justicia hacia los demás: en el hogar, en el comercio, en la fábrica, en la oficina, en el ocio, en el campo, en los tributos municipales, autonómicos o estatales, en las compras y en las ventas, en los préstamos y en las deudas. De mil maneras, el cristiano puede hablar con su conducta, expresando así el valor y la importancia que damos a la modesta pero indispensable y fundamental justicia humana, aunque nosotros la vivamos movidos por la gracia —la justicia— divina.

Lucha por la justicia

50. La vida cristiana, como la higuera de la parábola del Señor, debe dar fruto. No bastaría con decir que no da frutos envenenados para no ser infiel a su deber, sino que debe darlos buenos, y los propios de su especie. Por todo lo que venimos recordando, los cristianos, cada uno según su vo-

cación, su condición y circunstancias, debemos estar interesados y preocupados por la injusticia que produce tanta pobreza y miseria entre los hombres, y hacer todo lo que podamos para que haya justicia en el mundo.

Salvo el pecado, no existe ningún campo ni actividad alguna en la que el cristiano no pueda y deba incorporarse para luchar a favor de la justicia, siempre que se trate de medios compatibles con el Evangelio: sindicatos y partidos políticos, asociaciones de vecinos y asociaciones no gubernamentales de diversos movimientos en pro de los derechos humanos, la paz, la ecología, la defensa de los consumidores, etc.; desfilar en manifestaciones y firmar manifiestos; asistir a mítines y encuentros, círculos de estudio y conferencias, y tantas y tantas formas más de colaborar con todos aquellos que luchan por un mundo mejor y una sociedad más justa y solidaria, recordando el hermoso lema de una benemérita asociación: «En la noche vale más encender una vela que discutir sobre las tinieblas». Y recordar una vez más –siempre serán pocas– la advertencia del Señor: «Conmigo lo hicisteis».

Denunciar la injusticia

Aunque muy conectado con el punto anterior, debemos destacar este aspecto de la denuncia profética por la especial conexión que tiene con la vida de los cristianos, ya que desde el bautismo somos todos un pueblo de profetas, como volvió a recordar y proclamar solemnemente el último Concilio: «El pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad». Como dijimos más arriba, Dios no permanece indiferente ni quiere mantenerse en silencio ante la injusticia, pero deja este ministerio a los profetas del Antiguo Testamento y a la Iglesia del Nuevo.

La denuncia profética tiene una doble finalidad: defender al inocente y convertir al culpable. Por ello, como decía Juan Pablo II en el párrafo antes citado, a la función profética de la Iglesia pertenece tanto el anuncio como la denuncia. La palabra de Dios es promotora de futuro y creadora de esperanza. Mientras el hombre está en camino, siempre tiene abierto el horizonte de la salvación. Dios quiere la salvación del rico opresor y del pobre oprimido, pero no de la misma manera para uno que para el otro.

El caso de Zaqueo es simbólico, dado que es precisamente San Lucas, el evangelista de la pobreza, el único de los tres sinópticos que recoge este relato, como también es el único que incorpora las maldiciones a los ricos. Pues bien, Zaqueo recibe a Jesús y se salva al dar a los pobres la mitad de sus bienes, y devolviendo lo injustamente defraudado.

52. Teniendo en cuenta la gran complejidad de la economía actual, no podemos presentar soluciones simplistas y retóricas, que no harían más que desanimar a los posibles *zaqueos* de buena voluntad, aunque nosotros, los *profetas*, quedáramos con la conciencia tranquila y la autocomplacencia de mantener la imagen de defensores de los pobres. Deberíamos promover un diálogo interdisciplinar entre economistas, sociólogos, politólogos, educadores y moralistas, con el fin de encontrar caminos posibles y realistas, opciones y fórmulas operativas, pistas y orientaciones prácticas para transformar radicalmente las estructuras injustas de la economía nacional, internacional e intercontinental.

53. Este anuncio/denuncia no puede reducirse a tratar de *convertir*, si es posible, a los ricos y al capitalismo salvaje y sus mecanismos opresores, sino que debe promover ante todo la liberación económica y social de las personas y de los pueblos oprimidos por la pobreza, la indigencia y la miseria, colaborando con ellos en su promoción con programas de desarrollo, asociaciones de libre comercio, foros y debates internacionales, etc., y también estimulando su propia iniciativa, su creatividad, su inventiva y su laboriosidad, sin dejarles caer en la pasividad, el victismo o la inactividad. Aunque en ocasiones puede resultar impopular, el profetismo cristiano debe ser partidario, pero no partidista; popular, pero no demagogo; animoso, pero no voluntarista; sencillo y evangélico, pero no ingenuo ni simplista.

54. Finalmente, en otro sentido es necesaria también la voz profética de los cristianos en el mundo, en cuanto utopía y esperanza, modelo de futuro y proyecto de un mundo mejor, programa de trabajo y camino hacia una sociedad más justa, más solidaria y más humana. Dios creó el mundo con su Palabra, y por la palabra de los profetas liberó, convocó y guió a su pueblo hacia la Tierra Prometida. Jesús es la Palabra de Dios he-

cha palabra de hombre para salvar a los hombres. Con su Palabra hacia obras de curación y salvación, y con sus obras anunciaba y hablaba del Reino de Dios que estaba llegando.

Los cristianos reconocemos en la palabra del hombre una derivación y un eco del Verbo de Dios, y en la Iglesia, movida por el Espíritu que empujaba a los profetas del Antiguo Testamento y a Jesús de Nazaret, así como a tantos y tantos santos, nuestra palabra tiene carácter de misión, de alguna manera de palabra de Dios que despierta a los dormidos y les empuja incansablemente a trabajar, preparando un futuro mejor.

Contra todos los fracasos y superando todas las fatigas, siglo tras siglo y generación tras generación, la voz de los cristianos debe seguir resonando para denunciar las sombras y anunciar las luces; formando hombres de esperanza que levanten la esperanza de los hombres, y pregonando ideales que puedan convertirse en realidad. Gracias a tantos suspiros de deseo de un lado y otro, pudo caer, como las murallas de Jericó, el muro que dividía el Este del Oeste. Debemos seguir soñando y suspirando, hablando, anunciando y esperando la caída del muro entre el Norte y el Sur, entre los ricos y los pobres, los hartos y los hambrientos, los que tienen de todo y aquellos a los que todo les falta. Que no les falte nunca, al menos, nuestra voz de aliento y de esperanza, una voz llena de amor para que los injustos se conviertan y los pobres alcancen su dignidad humana perdida.

3.2. PRINCIPIOS PERMANENTES Y VALORES FUNDAMENTALES EN LA LUCHA POR LA JUSTICIA

En la vida humana, tanto individual como social, no solamente es importante el fin, sino los medios; el *qué* y el *cómo*; la meta y el camino. Por medio del instinto natural, los animales tienen perfectamente claro y determinado de antemano lo uno y lo otro, pero los hombres, por nuestra libertad, hemos de buscar constantemente cuáles son los mejores fines y los medios más aptos para alcanzarlos.

55. Los cristianos hemos descubierto que en nuestra coyuntura histórica y social es un deber de caridad luchar contra la injusticia generadora de pobreza y de miseria en el mundo. Pero, ¿de qué manera? ¿con qué cri-

terios, que sean coherentes con el Evangelio y con la vida de la Iglesia? Dentro de la variedad infinita de las diversas circunstancias, que requieren un discernimiento adecuado a cada caso, en el pensamiento social de la Iglesia destacan principalmente algunos valores fundamentales que hay que salvaguardar, y algunos criterios que pueden servirnos de orientación en la lucha por la justicia, de los que entresacamos los siguientes:

Los derechos humanos

56. Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre es el señor y el centro de toda la creación de donde se derivan la dignidad y los derechos de la persona humana. Como dice el Vaticano II, «todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos» (GS 12). Por eso toda la organización de la sociedad, la cultura, la economía y la política deben estar al servicio de la dignidad y los derechos del hombre, tanto considerado en su individualidad como en sus formas de vida comunitarias.

El bien común

57. El hombre es un ser sociable por naturaleza y por vocación. En el plano natural, no podría llegar en modo alguno a su madurez humana sin crecer y vivir en sociedad: la familia, el lenguaje, la convivencia, la educación, la cultura, la amistad, el trabajo y el intercambio de servicios colaboran a la humanización del hombre a lo largo de toda su vida. En la concepción cristiana, el hombre está llamado por el Dios-Comunidad. Tres personas compartiendo eternamente una vida común, a formar parte de la Iglesia de Jesucristo cuya etimología viene de «convocada», «reunida», en la que el Espíritu Santo engendra a la familia de Dios como hijos en el Hijo.

Tanto en el plano natural como en el de la vida eclesial, el bien individual y el bien comunitario se relacionan y se potencian mutuamente, sin exclusión ni oposición. Ciñéndonos ahora a la vida social, debe organizarse en todos los aspectos buscando ese ideal, no siempre alcanzable con absoluta perfección, pero siempre a perseguir con total dedicación. Ni la organización comunitaria puede manipular a las personas como si fueran

meros instrumentos, ni el individuo puede buscar de manera egoísta en la comunidad solamente su propio bien, sin colaborar en el bien común de todos, confundiendo libertad con independencia egoísta o insolidaridad. El espíritu cristiano debe aportar aquí la consigna de Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir, y quiere que nosotros seamos los unos servidores de los otros por amor. Paradójicamente, sirviendo es como Jesús llegó a ser el Señor, y el discípulo de Jesús se realiza como hombre y como cristiano tanto más cuanto más sirve, en el doble sentido de *servir a y servir para*.

La solidaridad

58. Desde los Santos Padres de los primeros siglos hasta el Papa y la jerarquía actuales, se ha mantenido este principio, que podría resumirse en esta cita del Concilio Vaticano II: «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa, bajo la guía de la justicia y de la caridad» (62).

59. De aquí que el derecho a la propiedad privada de los bienes de producción no pueda nunca ser algo absoluto y primario, sino relativo y secundario, como ha recordado recientemente Juan Pablo II, retomando una doctrina que ya procede de la tradición de los primeros siglos, aunque se haya oscurecido en algunas épocas: «La tradición cristiana no ha sostenido nunca este derecho como algo absoluto e intocable. Al contrario, siempre lo ha entendido en el contexto más amplio del derecho común de todos a usar de los bienes de la creación entera: el derecho a la propiedad privada como subordinado al derecho al uso común, al destino universal de los bienes» (LE 14). Es lo que se ha llamado también en el magisterio reciente la hipoteca de la propiedad privada, y secularmente la teología y la predicación interpretaban como mera administración en favor de los pobres.

El principio de subsidiariedad

60. De los principios anteriores, se deduce necesariamente que el bien común debe buscarse también comunitaria y corresponsablemente.

Tratándose de personas humanas, básicamente con la misma dignidad, todos pueden y deben colaborar en la búsqueda del bien común, tanto respecto a sus fines como por lo que respecta a los medios. El totalitarismo, el autoritarismo y el absolutismo representan actitudes completamente opuestas, pero también, aunque en grado menor, van contra esta orientación el despotismo ilustrado o inclusive el paternalismo, que se desvelan por el bien del pueblo pero sin contar para nada con él, tratándole en conjunto como a menores de edad.

Afortunadamente, en las sociedades modernas ha seguido progresando y extendiéndose la forma democrática de gobierno, siquiera sea en sus formas todavía inmaduras e imperfectas que suelen llamarse democracias formales. Pero es preciso continuar avanzando en el espíritu que representa esta tendencia, no solamente en el Estado y en otras instituciones de gobierno político, sino también en todos los campos de la vida social, fomentando y estimulando la colaboración del pueblo en lo que sea posible. El principio de subsidiariedad, responde a la vez al deber de solidaridad con el bien común y al respeto a la dignidad de la persona humana y de los grupos sociales intermedios. Por tanto, toda institución, asociación, organización, grupo o estamento, debe llevar a cabo con autonomía todo aquello para lo que se encuentre capacitado, sin impedimento ni suplantación por otra instancia superior, salvo quizá el mínimo de información o coordinación que esté previsto en las reglas del juego social. La autoridad y la ley cuidarán que todos los grupos sociales puedan ejercer con igualdad esas iniciativas. De esta manera, no solamente se respeta la legítima autonomía y dignidad de las personas y los grupos humanos, sino que también se fomenta la creatividad, la participación y la corresponsabilidad social que responde al ideal de una democracia real, directa y popular.

Valores fundamentales que es preciso salvaguardar (65)

61. Según la orientación general del Evangelio, y en particular del Sermón de la Montaña, así como con las notas del Reino, la actuación cristiana debe tener en cuenta una constelación de valores que deben conjugarse simultáneamente en cada caso, como son, principalmente, la verdad, la justicia, la libertad, el amor y la paz. Así, no se puede buscar la paz

sin la verdad, ni la justicia sin el amor. Ni se puede promover la justicia sin la paz y la verdad, etc. De aquí se derivan inmediatamente otros valores como la fraternidad, solidaridad, la primacía de la persona sobre las cosas, del espíritu sobre la materia y de la ética sobre la técnica. Es preciso, además, cultivar un espíritu de discernimiento espiritual, para encontrar, en cada caso, cómo conciliar los diversos valores que se presentan muchas veces como contrarios y que, en todo caso, habrá que conjugar con diferente proporción, cosa no siempre fácil, por lo que deberemos recurrir al diálogo, al análisis detallado de la realidad, y a la oración al Espíritu Santo, que debe ser el guía de nuestra actividad cristiana.

62. Nada de lo que venimos diciendo podría llevarse a cabo sin desarrollar en nosotros un fuerte espíritu de responsabilidad, de generosidad y de laboriosidad. Para ser corresponsables es necesario, antes, ser responsables. No podemos exigir derechos sin aceptar deberes. Una sociedad democrática es más digna del ser humano que una sociedad autoritaria, pero no dispensa del esfuerzo, de la disciplina y la laboriosidad.

Es una ligereza desprestigiar el trabajo humano. Tal y como Dios ha hecho al hombre y como nos manifiesta simbólicamente en el relato de la creación, es tan necesario el trabajo como el descanso, la obligación como la fiesta. Si solamente vivimos para trabajar, nos convertimos en esclavos. Pero si solamente vivimos para descansar, nos convertimos en seres abúlicos y aburridos, incapaces de esforzarnos ni siquiera para divertirnos, capaces solamente de bostezar interminablemente. Aparte de otros factores que también deben tenerse en cuenta, la prosperidad de muchos pueblos y la decadencia de otros podría deberse a la laboriosidad y espíritu emprendedor de aquéllos y a la desidia, abulia e inoperancia de éstos. Trabajar en favor de la justicia significa, en efecto, antes que nada, éso: trabajar.

3.3. OBJETIVOS PRIORITARIOS EN LA LUCHA POR LA JUSTICIA

63. Creemos que de todas las premisas anteriores se deduce lógicamente la exigencia para el cristiano de comprometerse en la lucha por la justicia. Aunque la Iglesia como institución no haya recibido la misión de ofrecer al mundo un proyecto determinado de vida social, política y eco-

nómica, el mensaje evangélico que ella custodia y proclama contiene unas orientaciones y encierra unas fuerzas que necesariamente deben encarnarse en la vida concreta de los hombres de cada tiempo y de cada sociedad.



Con este fin, quisiéramos recoger ahora algunos objetivos que nos parecen prioritarios en esta coyuntura histórica, tanto en el ámbito nacional como internacional. Unos podrán ser alcanzables a corto o medio plazo, y otros lo serán solamente a largo plazo, y hasta podrían algunos dar la impresión de ideales irrealizables, si no tuviéramos a la vez la paciencia histó-

rica y la esperanza utópica, que apoyándonos en los progresos alcanzados en el pasado nos muevan a confiar en el progreso del futuro. Los cristianos tenemos motivos especiales para la esperanza, sabiendo que desde la Encarnación del Verbo, Dios comparte nuestra vida, convirtiendo la historia de pecado en historia de salvación. Recordemos además que si bien nosotros tenemos unas motivaciones especiales y un horizonte propio, podemos y debemos unirnos a todos los hombres de buena voluntad que luchan en el mundo por construir una sociedad más justa, solidaria y fraterna.

Macroética

64. Teniendo en cuenta el uso actual que se da al término *macroeconomía*, nos permitimos aportar el de macroética, para destacar la necesidad de tener en cuenta las circunstancias del mundo de nuestra época, convertido en todos los aspectos en lo que gráficamente se ha llamado la *aldea planetaria*, en la que se han estrechado las relaciones e interdependencias mutuas entre todos los pueblos, naciones y continentes.

La ética racional o la moral religiosa han ido evolucionando al compás de la historia del hombre, desde las hordas primitivas y los pueblos tribales hasta las sociedades modernas, con tendencias más individualistas o más colectivistas, con mayor acento en el liberalismo o en el socialismo, pero en general centradas principalmente dentro del horizonte estrecho de un país o de un reducido número de países.

65. Ahora, en cambio, frente a las condiciones y condicionamientos de la economía internacional de nuestro tiempo, cuando las empresas multinacionales, los bancos mundiales y los consorcios financieros internacionales extienden sus redes de influencia por todo el mundo, necesitamos una nueva ética, concebida para esas macroestructuras de dimensiones planetarias. La moral cristiana, aun basándose en sus principios inmutables y permanentes, puede y debe reformularlos para adaptarlos a las nuevas circunstancias de la época, como vienen haciendo los papas desde la *Rerum novarum* de León XIII hasta el *Centesimus annus* de Juan Pablo II, y la jerarquía en general especialmente desde el Concilio Vaticano

II hasta nuestros días, juntamente con los teólogos, los moralistas, los sociólogos y los economistas cristianos.

Pero es preciso continuar esta reflexión buscando aplicaciones prácticas y formulaciones claras y precisas, realizando un esfuerzo constante de información y de divulgación, de catequesis y predicación, de asimilación y recepción de esta doctrina, con el fin de que llegue a ser no sólo el pensamiento, sino hasta el *sentimiento*, la convicción profunda de todos los cristianos del mundo, tanto para su modo de actuar en la sociedad como para colaborar en este cambio mundial de mentalidad, que se precisa en las nuevas condiciones de la economía para cambiar las estructuras injustas.

Este campo, además, se presta muy bien para realizar un trabajo ecuménico con cristianos de otras confesiones, de colaboración con miembros de otras religiones, y de solidaridad con los no creyentes de buena voluntad, de los que habla el Concilio Vaticano II.

ONU de la economía internacional

66. En continuidad con el objetivo anterior, se debería promover la creación de un foro internacional de carácter representativo, que tuviera autoridad para dirimir los pleitos y conflictos en los intercambios económicos y comerciales de los diferentes países, como en lo político realiza la ONU con más o menos acierto, pero, al menos, como instancia moral que tiene un gran peso en la opinión pública mundial.

Nuevo orden económico mundial

67. Nos referimos precisamente a un orden, ordenado de acuerdo con la justicia, la solidaridad y la fraternidad, en lugar de un sistema internacional de relaciones basado en la opresión y la explotación de los más débiles por los más fuertes. De acuerdo con los nuevos principios de una nueva *macroética*, es preciso replantear las relaciones económicas y comerciales del Norte con el Sur, de forma que se basen principalmente en la colaboración mutua y en la búsqueda del bien común planetario, más que en el consumismo de una sociedad rica o en la avidez insaciable de beneficios de unas cuantas multinacionales.

68. Teniendo en cuenta el objetivo anterior, buscando una mayor nivelación del nivel de vida entre los diferentes pueblos del Norte y del Sur, parece evidente que toda la población actual y futura del planeta no podría subsistir con una concepción consumista, que despilfarra y malgasta los bienes de consumo. Hoy sabemos que las riquezas del planeta son limitadas, y que las energías renovables requieren un ritmo de tiempo que el hombre moderno no ha sabido observar y atender, por lo que estamos llegando a una situación límite de deterioro del *hábitat humano*.

69. Por lo mismo, es necesario generar y cultivar una mentalidad que sepa buscar la felicidad y la alegría en las cosas pequeñas y sencillas, valorando más el ser que el tener, el saborear que el malgastar; redescubriendo que si «la arruga es bella» es mucho más cierto que «lo pequeño es hermoso». Solamente con una civilización de carácter diríamos nosotros «franciscano» –que habría que llamar simplemente «cristiano»– podremos vivir todos los habitantes del planeta con la comodidad indispensable para que sea respetada la dignidad del hombre y, al mismo tiempo, cuidando y conservando nuestra tierra, nuestro hogar comunitario, tanto para nosotros como para nuestros hijos, como Dios nos mandó desde las primeras páginas de la Sagrada Escritura.

Trabajo para todos

70. Ciñéndonos ya más concretamente a nuestro país, destaquemos muy especialmente este objetivo, importantísimo en orden a la justicia social. Con ligeras oscilaciones y altibajos, la situación del paro en España es de una especial gravedad por su alto porcentaje. Sin negar, ni menos justificar, los casos en parte explicables pro siempre lamentables de los fraudes legales en ese campo, es también innegable que el trabajo es un derecho natural, reconocido además por nuestra Constitución y por la Declaración de Derechos Humanos de la ONU. El paro forzoso –como ya recordábamos más arriba– es una injusticia con dramáticos efectos sobre las personas, las familias y la sociedad en general. En todo caso, y mientras existan trabajadores en paro forzoso, esa misma justicia social exige que cada para-

do perciba un subsidio de paro suficiente como para atender a sus propias necesidades y las de su familia.

71. Podríamos añadir —dicho sea con un cierto humor y con un amor cierto— que la justicia social exige no solamente el derecho, sino también el deber del trabajo. A veces no se sabe muy bien si lo que se reivindica no es tanto *trabajar* como tener un sueldo y un empleo, tal y como se concibe en muchas ocasiones la vida laboral, buscando escapadas y escapatorias, fiestas, fines de semana y *puentes*, para salir huyendo del trabajo lo más lejos posible. Sin negar el valor y la necesidad del ocio, entre nosotros es preciso revalorizar también la necesidad y el valor del trabajo, y del trabajo bien hecho y a conciencia, para evitar y superar la que se ha llamado «chapuza nacional». Sin merma del idealismo, ni de la espiritualidad, es preciso conciliar el ocio y el negocio.

Redistribución más justa de la renta nacional

72. Frente a las grandes diferencias existentes en la percepción de la renta entre los diversos sectores de la sociedad española, constituye un deber de justicia no sólo el perfeccionamiento y la recta aplicación de un sistema fiscal apoyado más directa y proporcionalmente sobre las rentas reales, sino además en su cumplimiento en conciencia por parte de todos los contribuyentes. También las empresas están obligadas a pagar los impuestos justos, como contribución necesaria al bien común nacional, y a cambio de los beneficios que las empresas reciben de él.

Por otra parte, con la misma firmeza debemos añadir que el propio Estado tiene el deber ineludible de gestionar mejor y redistribuir equitativamente el producto de todos los impuestos entre los más necesitados, en proporción justa a sus necesidades. De lo contrario, carecerá de toda autoridad moral para corregir las situaciones fraudulentas.

73. Nuestra exhortación, en este punto, se dirige también a cuantos por sus cargos tienen hoy la obligación de luchar eficazmente por eliminar drásticamente el ingente fraude a la Seguridad Social en la percepción injustificada del seguro de desempleo, con ocasión de la incapacidad laboral transitoria, la invalidez permanente, etc., que revela una gran corrupción

moral. Mientras exista, pues, la actual situación de fraude fiscal y sociolaboral no se dará una justa redistribución de la renta entre empresarios, trabajadores en activo, parados y jubilados.

Participación creciente en la gestión económica y política

74. Para pasar en una sociedad desde la llamada democracia formal a **la práctica de una democracia real**, es necesaria la participación cada vez más efectiva de todos los ciudadanos en las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales de las que dependen. Si atendemos a este aspecto de la vida española, hay que reconocer que estamos muy lejos todavía del ideal. Frecuentemente, los ciudadanos asistimos impotentes a la toma de decisiones que tienen graves repercusiones para toda la sociedad, pero que se han adoptado de manera autoritaria, en manos de grupos económicos y políticos privilegiados, que nos reducen a los demás ciudadanos a ser mudos y pasivos espectadores de la gestión del bien común, pero que no se ha gestionado en común, comunitaria y democráticamente.

En consecuencia, debemos colaborar activa y responsablemente en lo que ya está a nuestro alcance, como puede ser participar en toda clase de elecciones municipales, autonómicas y legislativas, así como preparar, promover, potenciar o exigir nuevos cauces de responsabilidad y participación en la gestión del bien común y en todos los campos de la vida social, colaborando en organizaciones no gubernamentales, grupos vecinales, movimientos, asociaciones, sindicatos y partidos políticos. No tenemos derecho a lamentarnos de no tener mayor participación cuando no ejercemos la que ya está a nuestro alcance.

Garantizar los derechos sociales

75. La aplicación de algunas medidas económicas en curso están suponiendo un grave costo social y económico para las clases más desfavorecidas. Dicho costo debería ser repartido lo más equitativamente posible, evitando que recaiga desigualmente sobre la población. Porque nunca puede equipararse, por poner un ejemplo, la pérdida del puesto de trabajo

con la subsiguiente pérdida de poder adquisitivo y los sacrificios familiares que esto representa con la disminución de los beneficios empresariales.

Ante esta situación, es de temer que vayan a quedar en letra muerta tanto los derechos sociales y económicos proclamados tanto en nuestra Constitución como en la Encíclica de Juan Pablo II *Centesimus Annus*, por citar solamente dos textos fundamentales para nosotros, como ciudadanos y como cristianos.

76. La organización de la actividad económica debe interpelar la conciencia social y el espíritu de justicia de todos los ciudadanos, pero muy especialmente de los gestores del bien común en el Gobierno del Estado y de las autonomías. Dicha organización debe hacerse contando con la participación activa de las distintas fuerzas sociales, fomentando un clima de diálogo, de concertación negociada, de compromiso mutuo entre el poder público y los interlocutores económicos y sociales, empresariales y trabajadores, etc.

77. En la vida real, existen legítimos intereses en conflicto entre empresarios y trabajadores, entre el sector público y sector privado, entre quienes tienen trabajo y los que están en paro, entre los cotizantes a la Seguridad Social y los perceptores de pensiones. En realidad, se trata de conflictos de derechos. Por consiguiente, en todos estos casos hay que esforzarse por encontrar soluciones pacíficas que deben alcanzarse mediante el diálogo y la negociación leal y honesta.

La confrontación de fuerzas, incluido el ejercicio del derecho de huelga, puede seguir siendo un medio necesario para la defensa de los derechos y justas aspiraciones de los trabajadores. Pero en una situación en la que existen millones de personas en paro que no pueden ejercitar su derecho al trabajo, a un digno subsidio de paro, o hay pensionistas que no perciben una pensión suficiente, sería injusto e insolidario hacer reivindicaciones consistentes sólo en conseguir mayores salarios para los que ya tienen trabajo, agravando aún más la situación de los parados o jubilados.

Desarrollo legislativo y justicia social

78. La pobreza y la marginación no son problemas exclusivos de nuestra época, sino que se han hecho presentes en las sociedades de todos

los tiempos y en general, tal vez, con mucha mayor virulencia. Sin embargo, hoy hemos llegado a la convicción de que esa situación no es inevitable ni, por lo mismo, éticamente neutra, sino que representa una responsabilidad y *una culpabilidad moral* para los que la ocasionan, o simplemente la toleran.

En este sentido, la aportación de la Iglesia frente a este problema consiste principalmente en anunciar, proponer y promover un espíritu de justicia, de solidaridad y de fraternidad que estimule a compartir a los que tienen más en cualquier campo con los que tienen menos, además de solidarizarse de forma inmediata con los necesitados. Sin embargo, teniendo en cuenta el peso social de la ley para la inmensa mayoría de los ciudadanos, que no son ni héroes ni criminales, en una sociedad desarrollada y democrática, justa y solidaria, es necesario que la legislación recoja de ma-



nera concreta y determinada los derechos básicos económicos y sociales de todos los ciudadanos contemplados en nuestra Constitución, de manera que puedan ser exigibles en derecho, y el Gobierno pueda vigilar su cumplimiento o sancionar su incumplimiento.

79. La Administración pública, tanto estatal como autonómica, que recoge y redistribuye la aportación de todos los ciudadanos para ser empleada en atender los servicios necesarios al bien común y malgasta a veces y carga en otros el peso del esfuerzo, debe ante todo garantizar una cobertura que permita vivir a todos los ciudadanos de acuerdo con su dignidad humana y de miembros de nuestra sociedad, cuidando particularmente a aquéllos que se ven amenazados por la indigencia, la marginación o la miseria, por cualquier causa o circunstancia.

4. LA IGLESIA, AL SERVICIO DE LOS POBRES

Hemos analizado cómo *la injusticia* es la principal causa de la pobreza en España y en el mundo, por lo que la caridad cristiana exige a la Iglesia comprometerse en la lucha por la justicia, colaborando a la reforma o el cambio de las estructuras injustas de la sociedad. Sin embargo, siempre será indispensable el ejercicio de la caridad cristiana en forma de asistencia inmediata a los necesitados, con el fin de paliar o remediar su situación, que no admite espera, sino que necesita urgentemente del buen samaritano que se le acerque, le vende las heridas y le lleve a la posada.

80. El Vaticano II afirma que la Iglesia «sin dejar de gozarse con las iniciativas de los demás, reivindica para sí las obras de caridad como deber y derecho propio que no puede enajenar. Por lo cual, la misericordia para con los necesitados y enfermos y las llamadas obras de caridad y de ayuda mutua para aliviar todas las necesidades humanas son consideradas por la Iglesia con singular honor». «Aprecien mucho, por consiguiente, los seglares y ayuden en la medida de sus posibilidades a las obras de caridad y a las organizaciones asistenciales, privadas o públicas, incluso las internacionales, con las que se hace llegar a todos los hombres y a todos los pueblos necesitados un eficaz auxilio, cooperando en esto con todos los hombres de buena voluntad».

81. Que las obras de caridad no solamente no excluyen sino que presuponen la lucha por la justicia, lo afirma también el mismo Concilio, como toda la doctrina del Magisterio: «Para que este ejercicio de la caridad sea verdaderamente irreprochable y aparezca como tal, es necesario (...) cumplir antes que nada las exigencias de la justicia, para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia». Y en la *Gaudium et spes* insiste en que el Concilio «pretende hacer un ardiente llamamiento a los cristianos para que, con el auxilio de Cristo, autor de la paz, cooperen con todos los hombres a cimentar la paz en la justicia y el amor».

82. ¿Qué está haciendo, de hecho, la Iglesia en favor de los pobres y de los oprimidos? ¿Vamos a ser tan pesimistas que olvidemos lo mucho y bueno que ha hecho en este campo durante veinte siglos? ¿O tan optimis-

tas que pensemos que es ahora, con esta generación, cuando la Iglesia comienza de cero a ejercer este mandato del Señor? O, en otro sentido, ¿seremos tan triunfalistas que nos conformemos sentándonos tranquilamente en los laureles de lo ya realizado, pensando que hemos hecho todo lo que podíamos hacer?

Evidentemente, ni una cosa ni la otra. Tratando de evitar los tres escollos indicados, queremos hacer ahora un análisis lo más breve posible sobre la actuación de la Iglesia en el mundo de la pobreza y de la marginación, de la injusticia y de la opresión. Dejando aparte el balance de la historia, ahora nos referimos exclusivamente a la situación presente.

4.1. SAMARITANOS ANÓNIMOS

83. Queremos recordar, agradecer y animar aquí, ante todo, a tantos buenos cristianos y cristianas que, individualmente y de manera anónima, actúan empujados por el amor al prójimo de muchas maneras y en las diferentes circunstancias de su vida, prestando su ayuda material, compartiendo sus medios económicos, su tiempo disponible, sus cualidades y sus habilidades, y, sobre todo, su corazón, su atención, su bondad y su amistad.

Unas veces lo harán con cierta continuidad, cuidando de un enfermo o de un anciano, y otras de manera esporádica y ocasional, haciendo mil favores a gente conocida o desconocida, cercanos o distantes, amigos o enemigos. El tesoro, la suma de obras buenas que tantos millones de cristianos hacen todos los días en el mundo, movidos por el amor que el Espíritu infunde en sus corazones, es verdaderamente incalculable para los hombres, pero no para el Señor, que no precisa de nuestros datos y estadísticas para recoger y agradecer tanta generosidad, tanto sacrificio, tanta ternura y tanta bondad: «conmigo lo hicisteis».

En su nombre, quisiéramos también reconocer y agradecer a Dios y a los hombres de buena voluntad esta especie de red de amor y caridad que abraza y envuelve al mundo, esta inyección de «oxígeno» que purifica nuestra atmósfera social, tan contaminada muchas veces de odio, de violencia, de envidia y de insolidaridad. Con nuestro agradecimiento, quisiéramos animarles también a mantenerse sin desmayo con esta actitud siem-

pre y en toda circunstancia, hasta el fin de su vida en este mundo, viviendo del amor y para el amor, que es lo único que permanecerá para siempre, como nos recuerda San Pablo.

Al mismo tiempo, nos atrevemos a aconsejarles y hasta rogarles, para su propio bien, para bien de los pobres y para el bien de la Iglesia, a la que pertenecen como la célula al cuerpo, que se unan a otros cristianos para cumplir obras de caridad aún mayores y mejores, en cuanto realizadas comunitariamente, pues el Señor garantiza su presencia allí donde dos o más se reúnen en su nombre para cualquier asunto: ¡cuánto más cuando se reúnen para ayudar a los necesitados!

4.2. LOS VOLUNTARIOS Y EL VOLUNTARIADO

84. No se excluye por principio que los cristianos de que trataremos en este apartado actúen en muchas ocasiones como los samaritanos anónimos de que acabamos de hablar. La diferencia se da en que mientras éstos solamente actúan de manera individual y nunca asociada, aquellos de los que hablaremos ahora están comprometidos en alguna asociación eclesial que tiene como finalidad propia el servicio a los pobres, necesitados y oprimidos, aunque también en muchas ocasiones puedan hacerlo de manera individual y ocasional, ya que la vida no se puede clasificar ni dividir en esquemas burocráticos, ni en compartimentos estancos.

Aún considerado desde una perspectiva meramente económica y pragmática, el trabajo voluntario representa una reducción importante de los gastos de gestión, y, por lo mismo, hace posible que la mayor parte del presupuesto de las instituciones caritativas y sociales revierta directamente en favor del colectivo de los pobres, que son el objetivo de las mismas.

85. Sin embargo, representa algo todavía más importante: el **voluntario** es portador de una cultura de la gratuidad y de la solidaridad, en medio de nuestra sociedad competitiva, interesada y pragmática, hedonista, insolidaria e individualista. Los voluntarios sociales, por no tener otra motivación en su trabajo más que el respeto y el amor a sus semejantes, suponen un grito profético en favor de la fraternidad y de la solidaridad, testimoniando día a día que la última palabra no debe tenerla el intercambio ni la contraprestación, sino el reconocimiento del otro y sus necesidades.

Nuestra sociedad y nuestra iglesia están necesitando de un verdadero ejército de voluntarios, no para la guerra, el odio y la violencia, sino para la paz, la justicia y el amor, de un ejército de **voluntarios sociales** que se ocupen y preocupen de acoger, atender, escuchar, orientar, ayudar, sostener y levantar a todos aquellos ciudadanos y hermanos a los que la sociedad empobrece y maltrata.

86. Con su capacidad de análisis para descubrir las situaciones de insolidaridad y de injusticia, y con su compromiso y su entusiasmo en favor de los más desvalidos, pueden ser una gran fuerza que mueva y que conmueva a personas, grupos, instituciones sociales, económicas y políticas para que trabajen en favor de los pobres, abriendo así nuevos cauces a la justicia social y a la caridad asistencial.

Por ello, animamos a los cristianos a engrosar este nuevo ejército de voluntarios por la paz, por la justicia, por la fraternidad y por la caridad política y social. Y damos las gracias a los muchos que ya forman parte de sus filas, por el testimonio cristiano que están dando a la sociedad, animándoles al mismo tiempo a proseguir con todo entusiasmo y con toda lucidez su admirable servicio, recordando las palabras de Jesús, recogidas en el libro de los Hechos: *«Hay más dicha en dar que en recibir»*.

4.3. LOS CAMPOS DE ACCIÓN CARITATIVO-SOCIAL

87. Sin ignorar ni olvidar la necesidad de transformar las estructuras injustas que causan o agravan la pobreza, la comunidad cristiana realiza un gran esfuerzo para ayudar a los pobres y marginados, con el fin de aliviar su situación en todo lo que sea posible. Tanto con aportaciones económicas como con prestaciones personales de servicio, por medio de colectas y en el ejercicio del voluntariado, a través de Cáritas parroquiales y diocesanas, así como de diversas asociaciones como Manos Unidas, Voluntariado Vicenciano, Hermanos de San Juan de Dios o de San Camilo, y otras congregaciones religiosas, más el testimonio individual de tantos cristianos, aun siendo difícilmente evaluable y cuantificable, creemos que arroja un balance global sumamente importante, tanto a lo largo del territorio del Estado español como en el mundo entero.

88. Esto no significa que, como cristianos, podamos quedarnos satisfechos. Primero, porque en muchas ocasiones nuestra aportación puede estar lastrada por una actitud en el fondo descomprometida con los pobres, dando alguna limosna ocasional para tranquilizar nuestra mala conciencia. Después y sobre todo, porque la caridad evangélica nunca dice *basta*, y siempre exige más y más en nuestra entrega a los necesitados. Aca-so podríamos decir que la Iglesia ha hecho bastante, pero no lo suficiente. A continuación recogemos algunas manifestaciones de la caridad cristiana en el servicio a los más pobres y marginados de nuestra sociedad y del Tercer Mundo, tanto en la lucha contra la injusticia como en la lucha contra la pobreza:

Promoción de la justicia

89. Numerosas instituciones caritativas y sociales de la Iglesia española trabajan en favor de la justicia social, la solidaridad y la caridad, de diversas maneras y por diferentes cauces, como son, entre otros, los siguientes:

- Cursillos sobre Doctrina Social de la iglesia, y su aplicación a los problemas más urgentes de los derechos humanos.
- Estudios y análisis sobre problemas concretos de nuestra sociedad, ocasionados por la incidencia de la economía política en los valores éticos y morales.
- Programas de ayuda al Tercer Mundo, en orden a la creación de un orden internacional más justo y solidario.
- Apoyo a grupos y organizaciones no gubernamentales que trabajan por la paz, denunciando el comercio de armas y la carrera de armamentos.
- Declaraciones y tomas de postura en defensa de la dignidad del trabajador, denunciando aquellas situaciones que la vulneran especialmente, como el paro, la economía sumergida, el empleo precario, etc.
- Denuncia de la xenofobia y el racismo, y promoción de acciones contra el apartheid en Suráfrica.
- Actividades diversas en favor de la ecología y en contra de la explotación tecnológica desenfrenada de la tierra.



El P. Damián, apóstol de los leprosos (Molokai).

- Inserción en los barrios marginales y marginados de las grandes ciudades, conociendo y conviviendo sus problemas, apoyando sus reivindicaciones y colaborando en la búsqueda de soluciones o aportando paliativos ocasionales, animando grupos juveniles, cuidando ancianos solitarios y abandonados, atendiendo disminuidos físicos y psíquicos, creando clubs de tiempo libre, centros de formación de adultos, etc.
- Atención y asesoramiento a personas y grupos con problemas burocráticos, apoyando sus derechos y realizando gestiones en su reclamación.
- Promoción de cooperativas de trabajo y otras formas de autoempleo, como talleres ocupacionales, labores de artesanía, trabajos a domicilio, etc.

Atención a las nuevas formas de pobreza

90. Las llamadas nuevas pobrezas suelen ser fruto tanto de la crisis de valores de nuestra sociedad como de actitudes de insolidaridad. Dos formas muy frecuentes de estas situaciones de pobreza son la toxicomanía, muy generalizada, y el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA), éste de alcance más reducido todavía, pero que se extiende progresivamente. La atención, ayuda y tratamiento de las personas afectadas en ambos

casos requiere una gran cantidad de recursos económicos y de atención personal, que muchas veces tienen que asumir la Iglesia y sus instituciones, aun con precarios medios, por falta de asistencia de la Administración.

Otra nueva forma de pobreza se da entre las familias de clase obrera, a causa del paro forzoso prolongado de la jubilación prematura, en muchas ocasiones con necesidades familiares que no pueden ser atendidas por haber cesado el subsidio de paro o por la insuficiencia de pensiones. Muchas parroquias, asociaciones y grupos de la Iglesia se esfuerzan por acompañar y ayudar con discreción a las personas y familias que viven sufriendo graves carencias de una manera vergonzante, con dignidad pero con verdadera necesidad, que suele pasar desapercibida y que en las estadísticas oficiales no es reconocida.

91. Lamentablemente, tampoco es suficientemente reconocida por parte de la Administración Pública este servicio de solidaridad que presta la Iglesia, teniendo en cuenta el principio de subsidiariedad que debe regir en una sociedad desarrollada, plural y democrática, y la capacidad de gestión que tienen bien demostradas las instituciones católicas de asistencia social y de caridad.

Ayuda a la infancia y juventud

92. La infancia padece los efectos de las nuevas condiciones sociales de la familia, así como del cambio del puesto de la mujer en el hogar y en la sociedad. Como consecuencia, crece la problemática familiar, con repercusiones en los niños, en forma de malos tratos, iniciación en la droga, abandono, prostitución y delincuencia precoces, condiciones infrahumanas de los que padecen deficiencias y minusvalías, etc.

Las obras sociales de la Iglesia trabajan principalmente en los aspectos preventivos, promoviendo actividades de tiempo libre, talleres de animación creativa, trabajo con familias, apoyo escolar, comedores, etc. Con estas actividades, que pretenden influir de manera conjunta en el ambiente del barrio, de la escuela, de la familia, del entorno y del tiempo libre, se trata de ayudar en aquellos aspectos que repercuten en el desarrollo perso-

nal y en la integración social del niño, así como impedir aquellas carencias que pudieran empujarlas hacia la marginación.

Congregaciones religiosas, institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica dan testimonio de la pluralidad de modelos educativos y asistenciales organizados por la Iglesia para atender a los niños y jóvenes marginados.

93. Refiriéndonos ahora en concreto a la juventud, además de estar afectada en general por la problemática anteriormente indicada para la infancia, la actividad de las asociaciones de solidaridad y caridad de la Iglesia se dedica muy especialmente a paliar los efectos de los condicionamientos sociológicos que empujan a los jóvenes hacia la marginación, la drogadicción y la delincuencia, motivados principalmente por las dificultades del ambiente familiar y del barrio, el fracaso escolar, y la ausencia de una perspectiva laboral que pueda canalizar su vitalidad y su creatividad.

La presencia de la Iglesia en este aspecto es significativa e importante, pero se reconoce casi impotente para hacer frente a la gran presión de los condicionamientos que sufren los jóvenes en una época en crisis por la carencia de modelos culturales, éticos, políticos y sociales para el futuro; sin más ideales que el de una sociedad predominantemente individualista, hedonista, materialista y consumista; con un modelo de desarrollo fracasado y agotado, que ha causado inmensas diferencias entre pobres y ricos, y ha deteriorado gravemente el medio ambiente a causa de una explotación irracional y suicida de los recursos naturales.

Solidaridad con el mundo rural

94. El territorio rural español está sometido actualmente a una profunda reconversión y modernización agrícola, promovida por nuestra pertenencia a la Unión Europea. Ello ha provocado una disminución fuerte de la tasa de población activa, una reducción de la extensión de terrenos dedicada a la agricultura, y la desaparición de los precios de garantía, que está afectando muy gravemente a las pequeñas explotaciones familiares y a los agricultores más débiles, los cuales no pueden sostener el ritmo de transformación impuesto por las innovaciones tecnológicas y por la competencia económica de las grandes empresas nacionales o multinacionales.

Dentro de este grupo requieren especial atención los ancianos y jubilados, que padecen una progresiva decadencia y abandono; los jóvenes rurales, que se sienten atrapados por la crisis de la agricultura, pero que tampoco encuentran salidas laborales en la industria, por falta de preparación profesional y/o por falta de puestos de trabajo; las mujeres, que desean romper su tradicional aislamiento, y buscan ahora su promoción y desarrollo, y también los niños de los pequeños núcleos de población, a los que no se les tiene en cuenta sus especiales circunstancias.

95. Para solucionar los graves problemas de este colectivo social, es necesario el apoyo conjunto de la Administración del Estado, de las Autonomías y los agentes sociales respectivos. La Iglesia, fiel a su mensaje de solidaridad y caridad con todos los hombres, especialmente hacia los más débiles, desea también luchar en favor de la justicia social en este sector, no actuando a distancia, desde los despachos de las grandes ciudades, sino viviendo y conviviendo con el mundo rural, en defensa de la tierra, el agua y el paisaje; la dotación de infraestructuras comunitarias; la higiene, la vivienda, la escuela y la cultura; la conservación y restauración de los pueblos antiguos, así como el mantenimiento de su folklore, su cultura y sus costumbres, etc. Dentro de la variedad de circunstancias del campo español, la Iglesia y los cristianos suelen orientar su trabajo en las siguientes opciones prioritarias:

Primero.— Romper el aislamiento entre grupos diferentes del mundo rural, con el fin de llegar a alcanzar objetivos comunitarios, más allá de los intereses particulares y corporativistas.

Segundo.— Comprometerse en la defensa de los derechos humanos en el mundo rural, luchando por una distribución más justa de la tierra, del trabajo y de los beneficios, potenciando al mismo tiempo la responsabilidad, la laboriosidad y la iniciativa de los agricultores.

Tercero.— Testimoniar y anunciar los valores del Reino de Dios, del Evangelio de Cristo y de los sacramentos del espíritu, ofreciendo los bienes de la salvación que se dan gratuitamente a todos, especialmente a los pobres. Promover una cultura de la solidaridad, de la fraternidad, de la justicia y de la paz. Descubrir los valores y límites de la tecnología, potenciando la verdadera modernización, pero combatiendo al mismo tiempo el modelo pragmático y tecnocrático del desarrollo sin corazón y sin humanidad.

96. Muchos cristianos dan testimonio de la Iglesia y del Evangelio de Jesucristo entre los inmigrantes extranjeros en España, los emigrantes españoles en el extranjero, los gitanos españoles, los hombres del mar que viven fuera de nuestra patria durante muchos meses en barcos de pesca o de transporte, y el colectivo de feriantes y circenses; es decir, en todo el mundo de la movilidad y la transhumancia forzosa.

Sacerdotes, religiosos/as y laicos se acercan a todos ellos para compartir su vida y sus problemas; para ayudarles sin discriminación de raza, lengua, cultura o religión; para acogerles y ofrecerles su amistad y su solidaridad, defendiéndoles frente a los que se aprovechan de su debilidad para explotarlos o maltratarlos, luchando por sus derechos y siendo voz de los sin voz para hacer oír sus legítimas reivindicaciones.

Ayuda a los encarcelados

97. Desde los primeros tiempos del Cristianismo, la Iglesia ha sentido como uno de sus deberes el acercamiento y **la visita a los presos**, procurando aportar su apoyo moral, espiritual y material. Numerosas congregaciones religiosas y asociaciones de vida apostólica han mantenido hasta hoy una presencia destacada en el servicio a los encarcelados. Precisamente cuando ha aumentado la población de las cárceles y sus problemas, la Iglesia en España ha incrementado también su presencia y sus actividades, con más de un centenar de capellanes y alrededor de 2.500 voluntarios, que tienen por misión las siguientes actividades:

- *Al interior del centro penitenciario:* la evangelización, la predicación y la catequización; el servicio litúrgico, la Eucaristía y los sacramentos a los creyentes. A todos, la escucha y la atención personal, ayudándoles a liberarse interiormente de sus problemas, manifestándoles respeto y amistad, estimándoles para que se autoestimen, se reconcilien consigo mismos, con los demás y, dado el caso, con Dios.
- *Fuera del centro penitenciario:* prestando ayuda moral y material a las familias de los presos, así como también asistencia jurídica y le-

gal. El servicio de Asistencia Penitenciaria colabora con las entidades públicas y sociales en favor de una reforma penitenciaria, todavía incompleta. Facilita asistencia post-carcelaria, acompañando a los escarcelados en sus primeros pasos en libertad, apoyándoles y asesorándoles en su búsqueda de un puesto de trabajo, llegando en algunos casos a la llamada *adopción temporal*. También se trabaja en la defensa pública de los derechos humanos de los presos, denunciando los casos determinados en los que tales derechos son notoriamente conculcados.

Apoyo a la mujer marginada

98. A pesar del movimiento en favor de los derechos de la mujer, considerado ya por Juan XXIII como uno de los derechos signos de los tiempos, todavía persisten costumbres y estructuras sociales que mantienen a la mujer en condiciones de inferioridad. Así sucede, por poner algunos tristes ejemplos, en el ámbito laboral, donde con un trabajo igual percibe una retribución y consideración inferior respecto al varón; o en el hogar, en forma no infrecuente de malos tratos, de despotismo y autoritarismo por parte del esposo; en muchos casos de madres solteras abandonadas por los padres de la criatura y por la familia de ella, abocándolas a una situación desesperada que las empuja al aborto, la prostitución o cualquier otra locura, como inclusive el suicidio; etcétera.

99. Sería necesario que la sociedad dispusiera de suficientes lugares de acogida y de personal para la atención y el acompañamiento de semejantes situaciones, mientras la mujer encuentra fuerzas y caminos para recomponer su vida del mejor modo posible. Pero la Administración no ha dedicado hasta ahora ni el suficiente personal ni los establecimientos adecuados.

Es en gran parte la Iglesia, por medio de instituciones parroquiales o diocesanas, y principalmente por las congregaciones religiosas, la que ofrece residencias y personal especializado en la acogida y atención, tanto de las madres como de los niños. Aún así, todavía es insuficiente esta respuesta, y debería promoverse entre los cristianos una campaña de sensibiliza-

ción frente a los graves problemas de tantas mujeres necesitadas de nuestra comprensión, nuestro respeto, nuestro cariño y nuestra ayuda moral y material.

Acompañamiento del enfermo

100. La ayuda moral y material a los enfermos ha sido secularmente una dedicación preferencial de la Iglesia a lo largo de los siglos, principalmente por medio de los religiosos y las religiosas, bien en hospitales propios, bien trabajando en establecimientos privados o públicos. Actualmente ejercen este ministerio en España más de diez mil religiosos/as de diferentes congregaciones, además de unos mil sacerdotes diocesanos que actúan como capellanes. A todos ellos hay que añadir los numerosos profesionales sanitarios cristianos, y muchos laicos pertenecientes a grupos parroquiales de atención a los enfermos, así como la Fraternidad Cristiana de Enfermos y Minusválidos. Desde hace algunos años, especialmente desde que se inició la celebración anual del *Día del Enfermo*, la presencia de la Iglesia junto a los enfermos —en especial a los más pobres, abandonados y marginados— ha experimentado un notable incremento y progreso, una orientación más evangélica, comunitaria y eclesial. De forma solidaria y subsidiaria se están cubriendo las necesidades de amplios sectores de enfermos, desasistidos por la sociedad, por sus propias instituciones o por sus familias.

Atención a los ancianos

101. Es de justicia reconocer que la Administración pública ha invertido gran cantidad de recursos económicos durante los últimos años para atender a la Tercera Edad. Sin embargo, con ser muy importantes y necesarios estos medios materiales, son insuficientes si el anciano no encuentra un ambiente cálido de acogida y una valoración personal e individualizada de su persona y de sus problemas.

También en este campo la Iglesia aporta muchos recursos humanos y medios materiales, con edificios tradicionalmente consagrados a la acogida

de los ancianos pobres, remodelados y actualizados recientemente de acuerdo con el confort moderno y con las normas sanitarias; con un gran número de religiosas y religiosos exclusivamente dedicados a atenderlos, así como de equipos de voluntariado que colaboran en su acompañamiento y en la prestación de ayuda material, moral y espiritual. También abundan en toda España los grupos parroquiales dedicados a visitar, acompañar y prestar servicios a los ancianos que viven a veces completamente aislados, casi inválidos y en la mayor pobreza y soledad.

Ayuda al Tercer Mundo

102. Los misioneros cristianos han abandonado su propio bienestar y su cultura para insertarse con los débiles y los pobres, los explotados y los oprimidos. En los barrios periféricos de las grandes ciudades del Tercer Mundo, en los núcleos rurales abandonados, en las chozas perdidas en la selva, entre los enfermos de malaria o disentería, del cólera o el sida, entre los hambrientos y sedientos de pan y de cultura, de higiene y de vivienda, de solidaridad y de respeto a sus derechos, los misioneros y misioneras han «plantado sus tiendas» —como dice San Juan, del Verbo de Dios al venir a vivir entre nosotros—, conscientes de que lo que desde la lejanía resulta imposible, es viable mediante el diálogo interpersonal, cercano y amistoso.

Los 19.000 misioneros/as españoles que trabajan en el Tercer Mundo han asumido compartir la causa y la suerte de los empobrecidos de la Tierra. A pesar de la escasez de vocaciones que se ha dado en otros campos de la Iglesia, el número de misioneros no solamente no ha disminuido sino que se ha ido incrementando durante las últimas décadas. Al número indicado, formado por sacerdotes, religiosas y religiosos, habría que añadir el de los seglares que constituyen el voluntariado misionero, movidos por el deseo de compartir las condiciones de marginación y de indigencia de aquellos pueblos, consagrándose a la evangelización y a la promoción social de los más desfavorecidos y olvidados del mundo, en un inmenso esfuerzo concretado en obras como dispensarios y leproserías, escuelas y universidades, asilos, orfanatos, etc.

103. En el campo de la pastoral, se trabaja intensamente en la preparación de laicos como agentes de la Palabra, Catequistas y animadores de

comunidades, todos ellos gentes del pueblo, enraizados en su cultura, sus costumbres y sus problemas. Asimismo se intensifica desde hace tiempo la promoción de sacerdotes y obispos autóctonos para aquellas iglesias.



104. A estos datos hay que añadir las innumerables actividades en talleres ocupacionales; cursos de capacitación para obtención de empleo; promoción de la mujer campesina; atención a los llamados *Niños de la calle*; cooperativas de producción, de viviendas, de comercialización, de crédito y de consumo; excavaciones de pozos de agua potable, etc. Enseñándoles a producir más y mejor, en la agricultura, la ganadería y las pequeñas industrias agrícolas o artesanales; a utilizar los recursos locales; a preservar su medio ambiente; a conocer y utilizar sus derechos; a cuidar la

higiene y la salud según los conocimientos modernos; a conocer los mecanismos económicos de los mercados, el ahorro, los préstamos y la inversión, etc. Con este fin, las diversas instituciones de la Iglesia española contribuyeron durante 1993 con más de 20.000 millones de pesetas que llegaron de forma inmediata y segura a los más necesitados.

Al mismo tiempo, los misioneros han colaborado con los pueblos autóctonos en el redescubrimiento y valoración de sus culturas ancestrales, creando más de doscientas emisoras de radio dedicadas a las lenguas indígenas, celebrando la liturgia en su propia lengua, incorporando ornamentos y símbolos de la cultura de cada etnia, promoviendo exposiciones y creando museos de las artesanías y de las artes locales, potenciando las tradiciones populares, etc.

Si relevante es el empeño de los misioneros y misioneras en estimular, acompañar y ayudar al desarrollo económico y social de aquellos pueblos, de diversas y múltiples maneras; atendiendo en primer lugar a las necesidades más urgentes, como el agua, la alimentación y la higiene. Despertando la conciencia de su situación, promoviendo su organización y su responsabilidad, capacitándoles para asumir sus propias reivindicaciones y su desarrollo. No es menos importante, la ayuda que se les presta para que tomen conciencia de sus derechos individuales y sociales, formándoles para ello y acompañándoles en sus luchas en defensa de sus tierras, sus personas, sus costumbres y culturas, este es el caso del justo apoyo a los derechos humanos de los pueblos indígenas.

Todo ello ha llevado, en no pocas ocasiones, hasta el martirio a muchos sacerdotes, religiosos y religiosas, tanto en Africa como en Iberoamérica.

105. Finalmente queremos unirnos también a la recomendación del Documento *La caridad en la vida de la Iglesia* para que los países ricos alcancen la cuota del 0.7% del PIB como aportación al desarrollo de los países más necesitados.

4.4. CRITERIOS DE ACTUACIÓN EN LA ACTIVIDAD CARITATIVO-SOCIAL DE LA IGLESIA

106. Una vez que hemos hablado de la actuación de tantos bautizados que individual o asociativamente trabajan en favor de los necesitados,

hemos descrito, en apretada síntesis, las obras de la Iglesia española que tratan de cumplir el deber de la caridad cristiana. Vamos a recordar ahora, para terminar este capítulo, cuáles son los criterios a cuya luz queremos caminar, teniendo en cuenta, al mismo tiempo los principios de la fe y los datos de la coyuntura en la que hemos de vivirla, la eclesiología del Vaticano II y el análisis de la realidad que nos rodea aquí y ahora.

107. En la Constitución sobre la Iglesia, el Concilio Vaticano II enseña que «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura, y sobre la mutua relación de ambas». Y en otra parte dice: «La Iglesia reconoce (...) cuanto de bueno se halla en el actual dinamismo social; sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización civil y económica».

108. La sociedad española se mueve dentro de un estado social y democrático de derecho, que se compromete no sólo a respetar las libertades sino a *cuidar también de las necesidades*. Aunque en modo alguno se esté cumpliendo plenamente este segundo objetivo, tampoco podemos ignorar en justicia las innegables mejoras que se han realizado en los diversos campos de la Seguridad Social.

Hasta la fundación del Estado moderno, en el mundo occidental era la Iglesia la encargada de atender todas las necesidades de los menesterosos, con albergues, hospitales, hospicios, comedores, escuelas, etc. El Estado social de hoy tiende a cubrir todos estos campos con los abundantes medios económicos que recauda de los contribuyentes, promoviendo así un trasvase de bienes que pretenden redistribuir de alguna manera la renta, disminuyendo las grandes diferencias entre unas capas sociales y otras.

109. Sin entrar ahora en el juicio de si este ideal se está cumpliendo en España en grado suficiente —cosa que ya hicimos antes de manera globalmente negativa—, lo que deseamos es decir cómo la Iglesia entiende actualmente lo que puede y debe ser su actuación en este campo caritativo-social, no como una competencia imposible y pretenciosa con otras instituciones sociales del Estado, de las Autonomías o de otras organiza-

ciones no gubernamentales, ni tampoco como mera suplencia en aquello que por cualquier causa no esté cubierto por la Administración; ni siquiera como una aportación más de una ONG cívica, neutral o anónima.

Aún teniendo en cuenta dichas limitaciones y, al mismo tiempo, asumiendo y ejerciendo actividades y presencia similares, creemos que el servicio caritativo-social de la Iglesia tiene aspectos específicos, que ahora vamos a exponer en forma de criterios de actuación, seguidos cada uno de un juicio valorativo de la situación actual.

La actividad caritativo-social pertenece esencialmente a la constitución de la Iglesia

110. No se trata, por tanto, de una mera suplencia de aquellas necesidades que no estén atendidas por la Administración ni por la sociedad, sino de algo que brota de su mismo ser Iglesia, habitada y movida por el Espíritu Santo para continuar la presencia y la obra de Cristo en el mundo, manifestando así el amor de Dios Padre a los hombres. La acción caritativo-social obra de manera cuasi-sacramental en cuanto parte integrante de la acción pastoral de la Iglesia, que no se reduce solamente a la predicación y los sacramentos, sino que se extiende también al mandamiento de la caridad, en especial a los más pobres y necesitados.

Con San Agustín, podríamos decir que así como los sacramentos de la fe manifiestan la presencia salvífica de Cristo dentro de la comunidad de los creyentes, la acción caritativa y social es como el sacramento para los no creyentes. En la vida del Señor, encontramos perfectamente unidas sus palabras y sus obras, su revelación sobre el Dios Amor y sus signos, sus milagros de amor. Por ello, la acción caritativa y social debe integrarse plenamente en la pastoral de la Iglesia. Si hubo algún tiempo en el que se habían separado en exceso la Escritura y la Eucaristía, la predicación y los sacramentos, ahora hemos redescubierto, en las celebraciones, la intrínseca compenetración de ambas. Quizá nos falte todavía alcanzar en nuestra pastoral la perfecta unidad entre Palabra, Sacramento y Caridad.

111. La acción caritativa y social no se encuentra suficientemente integrada en la pastoral de conjunto de las diversas diócesis. Por una parte,

la opción preferencial por los pobres no ha sido realmente asumida por la comunidad cristiana en general, por lo que no se da suficiente participación de los fieles en las diversas acciones caritativas y sociales que parecen más bien opciones no eclesiales sino particulares de algunos grupos o personas con devoción particular hacia esos asuntos. Por otra, falta cohesión entre las diferentes instituciones eclesiales, consagradas a la acción caritativa y social que tiende a actuar cada una por su cuenta, provocando así la carencia, al mismo tiempo, del signo comunitario de la caridad y la referencia a la Iglesia local, dado que algunas instituciones tienen carácter supradiocesano o internacional.

Se requiere la creación de plataformas de encuentro y coordinación, en las que se presenten y analicen las diversas situaciones, se articulen los objetivos preferenciales y se preparen los medios y recursos para alcanzarlos.

112. La acción caritativa y social ha sufrido, en los últimos tiempos, diversas tendencias y tentaciones que la ponían en peligro de polarizarse excesivamente en una u otra dirección, deformando así la imagen de la verdadera caridad eclesial, más bien integradora que sectaria, interesada por el hombre completo y por su completo bien: corporal y espiritual, material y cultural, individual y social, temporal y trascendente, terreno y celestial. Esta unidad global, que abarca tanto la ayuda individual frente a una situación de necesidad urgente como la promoción social y la lucha por la reforma o cambio de las estructuras injustas, no impide que en ocasiones ciertos grupos, instituciones o actuaciones se dediquen especialmente de manera ocasional o habitual, a algunos aspectos parciales y problemas especiales, pero siempre en relación y comunión con el conjunto de la actuación eclesial.

113. En este aspecto, lamentablemente, todavía se constatan, en la acción caritativa y social, actitudes y actuaciones de talante evasionista, falsamente espiritualista y alienante, sin incidencia ni implicación en los problemas de fondo que afectan a los necesitados; paternalismos que no promocionan a los pobres, sino que los mantienen en una actitud pasiva y de dependencia de sus bienhechores, así como tampoco faltan ciertas caricaturas de una falsa caridad que con frecuencia tiene más de vanidad so-

cial que de auténtica entrega personal y de solidaridad real con los necesitados, algo por lo demás, que desgraciadamente también se sigue dando en organismos públicos y privados no confesionales.

La acción caritativa y social debe estar integrada de manera visible y significativa en la sociedad

114. Dentro del marco de un Estado de derecho y no confesional, en una sociedad democrática y plural, la Iglesia no pretende invadir los campos que no le pertenecen –como pueden ser la economía o la política–, ni hacer competencia a otras instituciones que realizan actividades de carácter social, asistencial o promocional, con las que puede coincidir. Solamente desea hacer presente de manera pública y notoria, con paz y con respeto, en diálogo y colaboración con todos, el mensaje del Evangelio de Jesucristo como una oferta de Dios a los hombres. A este mensaje pertenece esencialmente prologar en la historia la actuación del Señor «que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo», como dicen los discípulos de Emaús.

115. Sin ningún deseo de protagonismo ni, menos aún, de exclusivismo, la Iglesia sólo pretende colaborar al bien común de la sociedad en la que debe vivir el Evangelio del amor y de la caridad, la fraternidad y la solidaridad. En este sentido, la Consulta anteriormente indicada revela que la sociedad manifiesta una alta valoración y estima de la actividad caritativo-social de la Iglesia. De manera especial, la atención cercana, realista y eficaz hacia los necesitados; la ausencia de discriminación en la prestación de sus servicios; la penetración social entre los desheredados, que le permite llegar hasta donde la burocracia no podría hacerlo; así como el predominio del espíritu de servicio y de ayuda, de respeto y colaboración, más que de afán de poder o de competencia con otras instituciones gubernamentales o no gubernamentales.

A pesar de todo, un juicio crítico podría encontrar también entre nosotros bastantes deficiencias en este campo de la acción caritativo-social. Principalmente, por la gran distancia que existe entre nuestros programas y propósitos y nuestras obras y presencias. Si la Iglesia somos todos; si en España hay un tercio de católicos practicantes y otro tercio de católicos no

practicantes, y si la Iglesia ha hecho la opción preferencial por los pobres, se nos podría preguntar que dónde están esos pobres; que no se advierte de manera suficiente la presencia de los pobres entre nosotros y de nosotros entre los pobres.

116. Para desarrollar un tejido social que vaya facilitando el paso de la democracia formal hacia la democracia real, es necesario que el Estado descentralice todo lo posible ciertas actividades que estarían mejor gestionadas por instituciones no gubernamentales, siguiendo el principio de la subsidiariedad. La acción caritativa y social de la Iglesia viene proponiendo hace tiempo, a los gobiernos central y autonómicos, proyectos de actuaciones en favor de los necesitados para su financiación, aceptando por supuesto una verificación de su ejecución y resultados. Pero en muchas ocasiones nos tropezamos con la falta de comprensión y de colaboración por parte de los gestores del bien común, a pesar de que la Iglesia española cuenta en este campo con una infraestructura acaso única por la extensión y ramificación en todo el territorio del Estado, por su cercanía directa a los problemas del pueblo, por su motivación generosa y altruista, por su larga experiencia y por su preparación especializada.

La acción caritativa y social de la Iglesia debe ser católica y ecuménica

Reconociendo la riqueza y complejidad de estos dos términos, en este criterio de actuación solamente queremos referirnos a los aspectos que podríamos llamar internacional e inter-confesional que debe tener la acción caritativa y social de la Iglesia.

117. Por una parte, como católicos que nos llamamos, no podemos reducirnos a los problemas de «nuestro campanario», a las necesidades de nuestra parroquia ni siquiera de nuestra diócesis o de nuestra autonomía política, sino que debe buscarse la solidaridad y la colaboración entre todas las diócesis españolas, como una gran familia que comparte penas y alegrías, necesidades y posibilidades.

Pero esto tampoco es suficiente. Si la Iglesia ha sido siempre, por vocación, *universal*, hoy puede vivirlo y sentirlo más que nunca, cuando el

mundo se ha convertido en la llamada *aldea planetaria*. Así, estamos vinculados a una comunidad de pueblos, en primer lugar en la Unión Europea, que también es una comunidad de iglesias. Más allá, a todo el continente, así como a los otros continentes de la tierra, que los cristianos mejor que nadie podemos entender como una sola familia, formada de hombres hechos a imagen y semejanza de Dios Padre, llamados a ser hermanos en Jesucristo y templos del Espíritu divino.

Ahora bien, igual que en una familia se ama a todos por igual pero se atiende más a los más necesitados, así también la acción caritativa y social de la Iglesia debe volcarse más en donde hay menos, estimar más a los menos apreciados y servir mejor a los que están en peores condiciones. Bien sabemos, como recordábamos anteriormente en este documento, que es en el Tercer Mundo donde están la mayoría de los pobres de la Tierra, y donde se dan las mayores necesidades, injusticias y opresiones. Y también es un hecho evidente que los pobres de los países pobres son mucho más pobres que los pobres de los países ricos.

118. Además de católica, la acción caritativa y social debe ser *ecuménica*; es decir, en colaboración con los cristianos de otras confesiones, con los creyentes de otras religiones y con todos los hombres de buena voluntad, como el Concilio y el magisterio pontificio y episcopal insisten constantemente.

La Iglesia Católica-Romana reconoce en todos los bautizados la presencia del Espíritu, que reparte sus carismas a quienes ha elegido para el bien común, y de hecho admira con gozo entre *los hermanos separados* el ejercicio de la caridad hacia el prójimo, realizado con generosidad y entusiasmo. Asimismo, descubre, en las diferentes religiones no cristianas, la presencia secreta de la gracia de Dios, como *semillas del Verbo*, como ya comentara San Justino y ha recogido toda la Tradición, así como en todos los hombres de buena voluntad; «Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros» (95), dice el Señor, que también supone que muchos obrarán a su favor sin saberlo expresamente; «¿Cuándo te vimos desnudo y te vestimos?». «Cuando lo hicisteis con uno de estos hermanos más pequeños (necesitados), conmigo lo hicisteis».

119. Hay que reconocer humildemente que todavía nos falta mucho para alcanzar estos dos objetivos. Aunque no faltan grupos cristianos, pa-

roquias, diócesis y congregaciones religiosas que promueven con generosidad diversas actividades en favor de los países subdesarrollados, todavía es muy débil en la mayoría de los cristianos la conciencia de la responsabilidad que tenemos respecto a los pobres del Tercer Mundo, salvo en ocasiones aisladas de una campaña especial o de una catástrofe natural que hace recordar la trágica situación de aquellos pueblos.

Todavía parece más insuficiente *el aspecto ecuménico de la acción caritativa y social*. Si aun dentro de la Iglesia católica se advierte gran dispersión de las actividades de los diferentes grupos, parroquias, instituciones y congregaciones dedicadas a la acción caritativa y social, la desconexión y el desconocimiento mutuo entre éstas y las promovidas por los hermanos separados está muy generalizada.

Aunque algunas circunstancias especiales de la sociedad española, como es la escasa implantación de las comunidades separadas en nuestro país, puedan explicar en parte esta deficiencia, tampoco podemos justificar en modo alguno lo que parece un pecado de omisión de unos y de otros, que frena la colaboración ecuménica que parece una exigencia de los signos de los tiempos y es un encargo especial del último Concilio: «Este santo Sínodo exhorta a todos los católicos a que, reconociendo los signos de los tiempos, participen diligentemente en la labor ecuménica».

5. LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA Y LA POBREZA

Más de una vez, dentro de la Iglesia, hemos caído en la tentación de contraponer la vida activa y la contemplativa, el compromiso y la oración, y más concretamente, hemos considerado la lucha por la justicia social y la



vida espiritual como dos realidades no sólo diferentes —que sí lo son en cuanto a su objeto inmediato—, sino independientes y hasta contrarias, cuando no lo son en modo alguno, sino más bien complementarias y vinculadas entre sí.

Hablando muy en general, toda la vida cristiana se mueve dentro de la dinámica del doble mandamiento del

amor a Dios y al hombre, de la caridad afectiva y efectiva con Dios y con el prójimo. Tanto el Nuevo Testamento como toda la Tradición, coinciden en señalar este aspecto como el fundamento y la esencia de la vida cristiana, y los grandes santos no han hecho otra cosa que vivir y predicar esta verdad central en la Iglesia.

La caridad universal a los hombres, precisamente para ser afectiva y efectiva, debe llegar a personas determinadas que viven en unas circunstancias concretas. De aquí que la forma de ejercer este amor a los hombres, a lo largo de la historia de la Iglesia y a lo ancho de la geografía del mundo, puede ser variable hasta el infinito. Ahora mismo, como dijimos antes, puede y debe seguir siendo también individual y ocasional, de persona a persona, pero también institucional, estructural y política, en el sentido genérico de la palabra, para aquellos que tengan esta noble vocación.

Por todo lo que venimos diciendo, la Iglesia en general y cada cristiano en particular, debemos tener un amor de predilección a los pobres, co-

mo lo tuvo el Señor y como lo encargó a sus seguidores. En nuestro tiempo, tanto la Jerarquía como los teólogos y pastoralistas han concretado esta actitud en la llamada «opción preferencial por los pobres y por los oprimidos».

Quisiéramos recordar ahora los estrechos vínculos existentes entre la vida espiritual y la pobreza. Trataremos en primer lugar del amor a la pobreza evangélica como ideal de la vida cristiana con valor en sí mismo, y posteriormente hablaremos del amor a los pobres, entendida aquí la pobreza en el sentido sociológico usual de indignidad, miseria y marginación.

5.1. AMOR A LA POBREZA

120. Concebimos ahora la pobreza como una forma de vida. La pobreza, una modesta y sencilla vida, pero digna y honesta; que no busca acaparar riquezas para un mañana siempre incierto, sino que vive trabajando honestamente para vivir en el presente; que no se mueve por la ansiedad de consumir cada vez más cosas y cada vez más caras, sino que sabe saborear el valor de lo que está a su alcance, lo pequeño y lo cercano; que vive en paz consigo mismo, con la sociedad y con el medio ambiente, sin la mala conciencia de gastar inútilmente lo que otros hombres necesitan para no morir de hambre o vivir en la miseria, ni colaborar al deterioro irreversible del planeta, dejando para las siguientes generaciones un mundo inhabitable.

Este ideal de vida ha sido defendido y vivido a lo largo de la historia por diferentes tendencias humanistas, y aún ahora mismo, cuando el mundo occidental ha fomentado y sostenido un ritmo de vida hedonista y consumista, que sirve de señuelo también hacia otros pueblos, no faltan pensadores, grupos y movimientos sociales que comprenden y defienden que si queremos salvar al hombre, a la sociedad y a la Tierra, es preciso un cambio de mentalidad, *una vuelta a la austeridad*, que no es enemiga de la modernidad ni del progreso, pero sí de un materialismo embrutecedor que deshumaniza, rebaja y frustra al ser humano.

121. El cristiano puede asumir y compartir esta forma de Modelo de vida y colaborar a su implantación y extensión. Confiar en la providencia de Dios Padre para otros hombres de diversas religiones y tendencias so-

ciales que busquen también este ideal. Pero, además, en nuestro caso, tenemos una motivación particular desde nuestra fe y nuestro seguimiento del Señor. Como recordábamos anteriormente, la Santa Trinidad eligió para la encarnación del Verbo una familia trabajadora, una actividad artesana obrera, un trabajo artesano que les daba para vivir, con modestia y sencillez pero con dignidad y nobleza, eligiendo además amigos y discípulos en general de su misma clase social.

Pero, además el Señor invitó a todos sus seguidores a seguirle también en esta opción preferencial por la pobreza, y esto por varios motivos:

Liberar el corazón

122. Jesús insiste frecuentemente en su predicación sobre el grave peligro que para la salvación suponen las riquezas: más difícil que entrar un camello por el ojo de una aguja. Porque ahogan la semilla del Evangelio en el corazón del hombre. Por ello, no se puede servir a Dios y a las riquezas. La experiencia de todos los tiempos demuestra que las riquezas terminan por acaparar y esclavizar el corazón del hombre, convertido en un servidor dependiente del dios del dinero, al que sacrifica y se sacrifica constantemente. Ya decía San Pablo que «los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas, que hundan a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia, y muchos, por dejarse llevar de ella, se extravían en la fe, y así mismo se atormentan con muchos dolores». Y nadie podría desmentir con hechos la aguda observación de San Ambrosio, válida por todos los tiempos y acaso para los nuestros de manera especial: «Cuando más rico es un hombre, tanto más desea poseer».

Confiar en la providencia de Dios Padre

123. Como Hijo de Dios, Jesús vive abandonado y confiado en la providencia de su Padre, e impone la misma actitud a sus discípulos. No hay que vivir angustiados por el mañana, diciendo: «¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?», «pues ya sabe vuestro Padre que tenéis necesi-

dad de todo eso». El Señor no invita a la pereza o la desidia. Él mismo trabajó en Nazaret, y en diversas parábolas presupone como un hecho normal la actividad profesional del hombre en sociedad. Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para ganar el pan con el sudor de nuestra frente, pero no para acaparar muchos panes para muchos días, por si luego nos falta. La oración del Señor nos invita a pedir «el pan nuestro de cada día dánosle hoy», porque «a cada día le basta su afán» —«o su problema»—.

124. Esta actitud es fundamental para la espiritualidad cristiana, ya que supone a la vez el abandono confiado y amoroso en los brazos del Padre, el seguimiento de Jesucristo como hermanos y discípulos, lo cual no puede realizarse si no es movidos por el Espíritu Santo. En la práctica da cada día, esta opción verdaderamente fundamental podrá y deberá adoptar formas muy variadas. No puede ser la misma en un monje que en un empresario, en un padre de familia numerosa que en un célibe, en un científico que en una religiosa. Pero la pobreza evangélica es una vocación universal para todos los bautizados, y no solamente para los que asumen con un voto especial la pobreza de la vida consagrada.

125. Dentro de la flexibilidad de cada persona y circunstancias debe mantenerse siempre el ideal del Sermón de la Montaña, a cuya cumbre no sabemos cuándo llegaremos si llegamos, pero hacia la cual es necesario escalar diaria y esforzadamente. Dada la condición humana, con nuestro corazón herido que tiende hacia la concupiscencia de las cosas materiales, y la envoltura de una sociedad consumista, que nos invita constatemente a poner nuestra ilusión en nuevos objetos que debemos tener para ser felices, podríamos decir: todo aquello que en mis circunstancias necesito realmente y puedo adquirirlo fácilmente, debo tenerlo con acción de gracias a Dios y el corazón desprendido. Aquello que teniendo en cuenta la pobreza evangélica veo claramente que no me es indispensable, debo renunciarlo tajantemente. En los casos de duda, que serán muy frecuentes, entre tener o no tener, siempre será mejor y más seguro renunciar, para una mayor libertad de corazón. «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

126. ¿Cómo podríamos concebir la vida de Jesús viviendo en la abundancia mientras otros hombres estuvieran en la miseria? ¿No es una contradicción flagrante que nos llamemos hijos de Dios si no nos sentimos hermanos de todos los hombres? ¿Y cómo podemos decir con verdad que somos hermanos de los hombres si nosotros acaparamos lo que nos es innecesario cuando a otros les falta hasta lo más necesario para poder vivir? San Pablo nos recuerda cómo el Señor «siendo rico, se hizo pobre por nosotros». Todo lo compartió con nosotros, y a los discípulos les impuso esta norma tajante: «Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioren, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón ni la polilla. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón». El libro de los Hechos nos relata la práctica generalizada de la comunicación de bienes en la primitiva comunidad. Y San Juan Evangelista, en su primera carta, insiste especialmente en el principio de que *«si alguno que posee bienes de la tierra ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad»*.

Los Padres de la Iglesia, los grandes predicadores y teólogos, los santos fundadores han insistido unánimemente en esta obligación de la caridad cristiana hacia los necesitados. Así, decía San Juan de Avila: «Harto mal es el que entre cristianos se diga que para que la limosna sea obligatoria ha de ser en extrema necesidad. En negocio de caridad, no creáis a todos, aunque sean predicadores. Aunque no sea la necesidad de muerte, si es grande la necesidad somos obligados a cumplirla».

Respetar la creación

127. El Espíritu de pobreza evangélica favorece una actitud en el hombre que le lleva a contentarse con lo necesario para su propia subsistencia, sin malgastar inútilmente las riquezas de la tierra. En la Sagrada Escritura, se expresa simbólicamente la vinculación entre el hombre y nuestro planeta en el relato de la creación llamado yahvista. Yahveh hizo una figura humana con el barro de la tierra, de la que toma su nombre:

Adán, de la palabra hebrea adamah (tierra), insuflándole después su aliento, su soplo de vida que le hace imagen y semejanza de Dios. Luego le entrega el Paraíso para que lo cuide y lo disfrute como rentero administrador. Y es significativo que la ocasión para simbolizar el primer pecado del hombre es el mal uso de un árbol cuyo fruto no debía tocar ni comer, por orden del propietario. Teniendo tanta abundancia de árboles frutales de los que podía alimentar, parece que su orgullo y su voracidad se encendió precisamente hacia la fruta prohibida, aunque ello supusiera perder el paraíso, convertir el vergel en estepa.

¿No es esto lo que hacemos cuando destruimos para siempre tantas especies de plantas y animales; contaminamos y envenenamos los ríos y los lagos que podrían darnos de beber; incendiarnos o talamos los bosques que nos darían oxígeno y lluvias, sombra y recreo; convertimos los mares en basureros industriales y nucleares; agotamos riquezas irrecuperables como el petróleo por malgastar la gasolina y no buscar energías alternativas, y agujeramos rápidamente la capa de ozono que nos protege como una placenta maternal?

128. Es también simbólico, entre otras actitudes de Jesús, el amor a la creación en los Evangelios, el respeto y cuidado a la tierra, los animales y las plantas; el gesto de mandar recoger las sobras de los panes y los peces, después del milagro para dar de comer a la multitud. Se podría haber pensado ingenuamente: Si con tanta facilidad puede multiplicar el pan, ¿para qué molestarse en recoger las sobras? Jesús nos da una hermosa lección: Aunque Dios sea rico, no quiere que sus hijos derrochemos y malgastemos. Un mendrugo de pan, venido de la mano de Dios, todavía es digno de ser comido por sus hijos.

Y es curioso destacar que precisamente los santos más ascetas y austeros, como Francisco de Asís o Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola o Teresa de Jesús, han sido los mayores contemplativos de la creación, que se han extasiado con la naturaleza, desde la más humilde hierbecilla hasta los altos cielos estrellados.

5.2. AMOR A LOS POBRES

129. «*Si me falta el amor, nada me aprovecha*». Bien podemos recordar aquí la conocida frase de San Pablo «*en nada soy*», el himno a la caridad. Si nos falta el amor, nos sobra burocracia. Podríamos tener una perfecta organización, abundancia de medios económicos y expertos en problemas sociales, pero si no tenemos caridad, nuestras instituciones serán frías, sin alma, y a nuestra acción caritativa y social le faltará impulso, entusiasmo, entrega, constancia, paciencia, ternura y generosidad, tan necesarias siempre en este campo de la atención a la indigencia, la miseria y la imaginación.

Es evidente que la ayuda efectiva al necesitado es absolutamente indispensable como fruto de la caridad cristiana. Pero caeríamos en un materialismo y pragmatismo inhumanos si olvidáramos la actitud afectiva en una acción caritativa y social que pretenda llamarse realmente cristiana.

Quisiéramos hablar ahora de la relación existente entre nuestra vida espiritual y el compromiso de la acción caritativa y social. ¿Son dos campos separados e independientes? ¿Son opuestos e incompatibles? ¿O se vinculan entre sí, como los vasos comunicantes, que suben o bajan de nivel conjuntamente?

Un solo corazón

130. Cristianamente hablando, no puede haber más espiritualidad que la que viene del Espíritu Santo. El formó a Jesús en el seno de María, el día de la Anunciación; en la primitiva comunidad, el día de Pentecostés, y en cada uno de nosotros, el día de nuestro bautismo. Él es el alma de la Iglesia, dándole vida y unidad, iluminándola con sus dones y enriqueciéndola con sus carismas, a fin de que pueda dar testimonio de Cristo a través de la historia. El es el Amor personificado de Dios; el que transforma y purifica los corazones de los discípulos, cambiándolos de egoístas y cobardes en generosos y valientes; de estrechos y calculadores, en abiertos y desprendidos; el que con su fuego encendió en el hogar de la Iglesia la llama del amor a los necesitados hasta darles la vida.

El Espíritu Santo no estrecha, sino que dilata; no encierra ni encasilla, sino que empuja y misiona hacia el servicio del amor. Así, cuando viene a

María para la Encarnación no duda aquélla en dirigirse presurosa, en un largo y penoso viaje, para alegrarse con su prima Isabel y ayudarla en aquella situación. Y nada más recibirlo en el Canáculo el día de Pentecostés, la primitiva comunidad, antes escondida y amedrentada, sale a las calles de Jerusalén y al mundo a dar testimonio del Evangelio de Cristo.

Aunque parezca débil entre los grandes poderes del mundo, sólo el amor es fuerte: más fuerte que el olvido, que el odio y que la muerte. No se trata de un vago sentimiento, ineficaz, ni de frases retóricas vacías, sino de obras de una caridad creativa, práctica y eficaz que promovieron los grandes hombres y mujeres del amor que fueron los santos, como testigos e instrumentos del Espíritu Santo.

Necesitamos el amor para vivir y para dar vida, en especial para amar y servir a los olvidados y marginados del mundo. Pero nosotros no podemos producir ese amor, ni suplirlo con técnicas psicológicas, ideológicas racionalistas o impulsos voluntaristas. Hemos de acudir con nuestra oración perseverante al Espíritu Santo para que nos encienda en el fuego de su amor; para que veamos al pobre como Cristo lo ve, le amemos como Cristo le ama, y le sirvamos como Cristo le serviría en su tiempo, y quiere seguir haciéndolo en el nuestro, ahora por medio de nosotros.

Un solo cuerpo

131. Si adoptamos para este caso una de las figuras simbólicas de la Iglesia, la del Cuerpo de Cristo, de la que tan frecuentemente habla San Pablo, experimentamos la profunda unidad existente en la vida cristiana entre la espiritualidad y la acción caritativo-social. El Verbo de Dios se encarnó en Jesús de Nazaret como cabeza de la humanidad y señor de la historia, no para un señorío de poder, sino de servicio; no de violencia, sino de amor; no de opresión, sino de liberación. Mientras que en su vida histórica tuvo que limitarse a su propia existencia, hasta que resucitó y se cumplió la promesa del Espíritu, desde entonces se prolonga en cierta manera su incardinación a lo largo del tiempo y a lo ancho del mundo, algunas veces de manera explícita y existencial, en todos los hombres de buena voluntad.

132. Así como nuestra fe descubre a Cristo en la Eucaristía, que es su Cuerpo Místico, como lo llamó la Iglesia de los primeros siglos, o en nuestro corazón por el Espíritu que se nos ha dado, también debemos despertar nuestra fe para descubrirle en todos los hombres, en particular en los más necesitados. No podemos afirmar un aspecto sin el otro, ni negar uno sin negar el otro. La proporción dependerá de la vocación y de las circunstancias de cada cristiano, de acuerdo con un constante discernimiento espiritual. No es que suplantemos la personalidad de cada hombre recubriéndolo con un imaginario pan-cristiano, sino que reconocemos que el Espíritu de Dios ha asumido nuestra existencia para unirla en simbiosis perfecta con el Cuerpo de Cristo que es en simiente y sacramento la Iglesia, y en potencia y esperanza la humanidad entera.

De aquí que, en principio y bien entendido, y como lo dijeron algunos Santos Padres, tenga para nuestra fe el mismo valor arrodillarnos en oración contemplativa ante el sagrario que encierra la Eucaristía, que arrodillarnos junto al lecho del enfermo para curarle o limpiarle. Más aún: como ya comentaba San Agustín, es Cristo (en nosotros) quien visita a Cristo (en los otros).

Ahora bien: la Iglesia y los cristianos de cada época debemos mirar muy bien cómo fue la vida de Jesús de Nazaret, no para imitarla miméticamente, sino para seguirla fielmente, adaptándola a nuestras circunstancias. La pregunta que debemos hacernos con sinceridad y con frecuencia, a la luz de la lectura del Nuevo Testamento, de la oración y de las mociones del Espíritu Santo, sería esta: ¿Cómo se encarnaría el Señor en nuestro tiempo y en nuestra sociedad para cumplir la misma misión que cumplió en aquella época y en aquel pueblo?

133. En este aspecto, la Iglesia de nuestro tiempo tiene un gran tesoro de doctrina social que puede y debe servirnos de orientación general en la adaptación de las exigencias de la caridad cristiana a las condiciones culturales, sociales y económicas de esta época. De todo esto venimos hablando ampliamente en este documento, y a ello nos remitimos. Solamente quisiéramos añadir ahora algunos aspectos especialmente significativos para nuestro propósito.

a) Espiritualidad de inserción

134. Para salvarnos, Dios se acercó a nosotros, vino a vivir con nosotros y entre nosotros; «Se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como un hombre». La caridad acerca a los que estaban lejos. La caridad iguala y comparte. Jesús manifestó una predilección muy especial a los pobres. Nuestra caridad debe acercarnos a ellos de todas las maneras posibles, pero especialmente en la convivencia, situándonos entre ellos para poder analizar las situaciones con realismo, compartir sus problemas y buscar soluciones, recibir su amistad y también la amistad especial del Señor con los que sirven a sus pobres.

b) Espiritualidad de solidaridad

135. Jesucristo no solamente se acercó a nosotros, sino que se solidarizó con nosotros, responsabilizándose de nuestras deudas, curándonos de nuestras heridas, haciéndonos volver al buen camino para llevarnos hacia la casa del Padre. «Él mismo llevó nuestros pecados». «Al que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros». Él ha venido «a buscar y salvar lo que estaba perdido». ¡Cuánto más nosotros, en seguimiento de Jesús, debemos asumir la causa de los inocentes que sufren del hambre, la miseria, la injusticia y la opresión! Los cristianos debemos trabajar y luchar en su defensa, siendo voz de los sin voz y colaborando con todas nuestras fuerzas en su liberación. Pidamos al Espíritu Santo que nos dé corazón de hermano hacia todos los hombres, pero especialmente entrañas de misericordia para sentir compasión hacia los más necesitados.

c) Espiritualidad del misterio pascual

136. Los discípulos de Jesús no podemos engañarnos. Seguimos sus pasos: los que a El le persiguieron también a nosotros nos perseguirán. Si luchamos contra las fuerzas de la mentira, la injusticia y la opresión, *poniéndonos de parte de los débiles, los pobres y los oprimidos*, tendremos que compartir también el desprestigio, la marginación, la persecución y quizá hasta la muerte. Pero nosotros tenemos confianza en la Palabra del Señor:

«En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!; yo he vencido al mundo». Aunque la experiencia inmediata de la cruz pareció desmentir esta confianza, la Resurrección vino a confirmarla plenamente y para siempre.

137. Aún antes de llegar a un momento límite, sabemos que la cruz de cada día es como un sacramento cuando la llevamos por Cristo y con Cristo. En el camino del Calvario, el Cirineo tuvo el honor inmenso de ayudar al Señor a llevar su cruz. También ahora nosotros podemos prestarle este servicio, si ayudamos a los más débiles a llevar el peso de una vida tan dura y tan difícil como la que viven tantos hermanos. «Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame». Y San Pablo decía a los Gálatas: *Llebad cada uno las cargas de los otros*.

Si ayudamos al hermano a llevar su cruz, estamos ayudando a Cristo, y entonces la llevamos juntos. De este modo, sentiremos que lo que parecía debilidad se convierte en fortaleza: el dolor y la muerte, en vida para siempre.

Un solo Dios y Padre

138. Por Jesucristo, los cristianos hemos recibido el Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios Padre: «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!». Así recordamos y actualizamos diariamente en la oración que nos dejó el Señor: «Padre nuestro». Al ser Jesucristo, el Hijo, Cabeza de toda la humanidad, todos los hombres son en principio hijos de Dios y, por lo mismo, hermanos entre sí.

139. Los cristianos, por tanto, nos sentimos hermanos de todos los hombres, formando una sola familia, aunque sea una familia muy numerosa. Además, no se trata de ser hermanos de cualquier manera, como tantas veces por desgracia se comprueba entre los hombres, en cuyas familias en ocasiones se da el desinterés, la insolidaridad, la envidia y hasta el odio, la violencia y la división. Nuestro modelo es Jesús, el hermano de todos, que no solamente nos amó «hasta el extremo» a todos y cada uno, sino que nos mandó que nos amáramos los unos a los otros como El nos había amado, hasta la muerte, y que este amor sería como el *distinto* de los cristianos.

Aplicándola al objetivo principal de este documento, la caridad fraternal del cristiano debe tener, entre otros los siguientes matices:

a) Caridad universal

140. Debemos considerar, amar y tratar a todos los hombres como hermanos, ya sean amigos o enemigos; cercanos o lejanos; ateos o creyentes; buenos o malos, simpáticos o antipáticos. Más específicamente, habría que añadir: pobres y ricos, explotadores y explotados; opresores y oprimidos; torturadores y torturados. Uno de los deberes particulares del cristiano, por mandato y a imitación de Jesús, es *el amor a los enemigos*. Eso no significa en modo alguno aprobar ciertas conductas insolidarias y asociales, ni ser indiferentes ante la injusticia y la opresión.

Jesús, cuyo nombre significa *Salvador*, viene a salvar a todos, como un buen médico quiere curar a todos los enfermos, pero aplicándoles diferentes remedios según su enfermedad. El Señor ama a los ricos y a los pobres, a los fariseos orgullosos y a los humildes pastores, pero se lo manifiesta de diferente manera. Así, por ejemplo, no tiene escrúpulos en visitar la casa de Zaqueo, el colaboracionista con el poder opresor y explotador de sus connacionales, para convertirlo a la solidaridad y la justicia, devolviendo lo injustamente adquirido y dando sus bienes a los pobres.

Como Jesús, los cristianos quisiéramos que todos los hombres se salven. Pero Él mismo nos advirtió que los ricos tienen grave peligro de perderse, por orgullosos, injustos y adoradores del *dios-dinero*, mientras que recomienda a sus discípulos vivir modestamente, teniendo el corazón desprendido de las riquezas materiales y compartiendo de nuestros bienes con los que tienen menos.

Mientras no llegue ese ideal en plenitud, nosotros debemos trabajar y luchar incansablemente por acercarnos progresivamente a él, por todos los medios y caminos que estén a nuestro alcance, siempre movidos por el amor a todos los hombres, como hijos de Dios y hermanos nuestros. El cristiano nunca puede moverse por el odio o la venganza. El mandato del Señor es tajante: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen». «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber», decía ya el Antiguo Testamento. Y San Pablo, que reproduce este pasaje en

la epístola a los Romanos, añade: «No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence el mal con el bien».

b) Caridad liberadora

141. Como llamados a ser hijos en el Hijo, Dios hizo al hombre libre. No para el mal, sino para el bien. No para el pecado, sino para el amor. Sin embargo, dada nuestra condición, entraba en el concepto de libertad poder usarla para el mal, a fin de que hiciéramos el bien por amor y no por necesidad. De hecho, la historia del hombre es una triste historia de pecado, desde nuestros primeros padres hasta nosotros mismos. La raíz del pecado es *el orgullo frente a Dios*, cuyos caminos y consejos, el hombre pecador rechaza con autosuficiencia, ingratitud y desamor, buscándose sus propios caminos, por los que no encuentra más que la perdición. Como el hijo pródigo, cuando cree encontrar alejándose del Padre la libertad y la felicidad, no encuentra más que la esclavitud, la miseria y la abyección.

El pecado repetido y habitual se convierte en vicio, que esclaviza al hombre a sus propias pasiones, como sucede en los casos más notorios socialmente del alcoholismo, la ludopatía, o la drogodependencia, tan unidos a sicopatías que no se puede saber si la enfermedad lleva al vicio o el vicio lleva a la enfermedad. Conviene, sin embargo, advertir que aunque, en algunos de estos casos, la compulsividad sea tan fuerte que llegue hasta a anular la responsabilidad, y siempre generalmente a disminuirla, no obstante el hombre es más libre y por tanto responsable antes de dejarse caer por la pendiente resbaladiza del pecado inveterado.

142. Pero el pecado del hombre no solamente esclaviza al que lo comete, sino que en muchas ocasiones produce como efecto la opresión y manipulación de los demás. Por ceñirnos ahor al objeto de este momento, la ambición de muchos hombres produce la opresión de otros, desde los tiempos antiguos, con la esclavitud, hasta nuestros días, con los regímenes políticos totalitarios y las estructuras sociolaborales y económicas injustas, tanto en el ámbito nacional como internacional.

143. En este sentido, la *Teología de la Liberación* ha sido en la Iglesia del post-concilio un grito profético en favor de la liberación de tantos



oprimidos por el peso de las estructuras políticas, culturales, sociales y económicas. El Papa ha invitado a realizar un discernimiento de dicha teología para mejorarla, potenciando sus valores o corrigiendo sus posibles defectos, que puede darse y se dan como en toda obra humana.

144. Lo que debemos evitar siempre es hacer un uso parcial y exclusivista del concepto de liberación reduciéndolo solamente a lo espiritual o a lo material, a lo individual o a lo social, a lo eterno o a lo temporal. Aunque en la actividad concreta podamos acotar objetivos parciales, la acción caritativa y social debe tener un horizonte amplio, que abarque conjuntamente la liberación de cada hombre, y también de las estructuras de la sociedad; la liberación espiritual del pecado y de la infidelidad, por la conversión a Cristo y al Evangelio, y la liberación material de la indigencia, la miseria y la marginación; la liberación aquí y ahora, en nuestro tiempo, y la liberación futura y para siempre en el Reino de los Cielos. Hemos de ofrecer, simultáneamente, respuestas llenas de amor al hambre de pan y al hambre de la Palabra que tienen los pobres del mundo.

145. Jesús vino a «anunciar a los cautivos la liberación, a devolver la libertad a los oprimidos», y Pablo dice a los gálatas: «habéis sido llamados a la libertad». Y si bien, por las condiciones de la sociedad de su tiempo y por las circunstancias de la primitiva comunidad, no se hizo especial hincapié en los efectos sociales inmediatos de tales principios, no solamente se habían puesto los fundamentos en esa dirección, sino que no fallaron anticipaciones prácticas del mensaje fraternal y liberador del Nuevo Testamento; así son comunitariamente, la solidaridad y caridad afectivas y efectivas que demuestra la primitiva comunidad, en la que todos se consideraban hermanos e iguales; e individualmente, el hermoso episodio del

esclavo de Filemón, convertido por San Pablo, que ruega a su dueño que ya no lo considere como esclavo, sino como hermano en la fe.

El ser humano es totalmente libre sólo cuando es él mismo en la plenitud de sus derechos y deberes: y lo mismo cabe decir de toda la sociedad. «La libertad con lo cual Cristo nos ha liberado nos mueve a convertirnos en siervos de todos. De esta manera, el proceso del desarrollo y de la liberación se concreta en el ejercicio de la solidaridad, es decir, del amor y servicio al prójimo, particularmente a los más pobres».

Así se cierra en la concepción cristiana el círculo de la libertad liberadora, la libertad no para la insolidaridad y el capricho, sino para el servicio en el amor. Uno de los males de nuestra época es haber llegado a confundir lamentablemente libertad con independencia. Cristo, el hombre más libre de la historia, se autoproclamó el Siervo de Yahveh, que vino no a ser servido, sino a servir y a dar la vida por nosotros, y que mandó a sus discípulos que entre ellos el que sea mayor se haga el servidor de todos.

c) Caridad escatológica

146. «Ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos», dice San Juan, con realismo y esperanza al mismo tiempo. Por eso nosotros, los cristianos «esperamos pacientemente la esperanza de la justicia». Como se ha dicho con una frase muy expresiva, la Iglesia de la historia vive entre el *ya sí* y el *todavía no*. Por una parte, vive en el gozo y se apoya en la garantía de que, en Cristo Resucitado, el Reino de los Cielos ha llegado a nosotros. Por otra parte, reconoce que todavía no ha llegado a su plenitud hasta que Cristo vuelva glorioso en su Parusía. De aquí que la Iglesia del Concilio haya reconocido con humildad y afirmado con esperanza que la Iglesia terrena no es ni más ni menos que sacramento del Reino de Dios, en cuanto «sacramento universal de salvación».

Nosotros, los cristianos, podemos ser a la vez realistas y utópicos no solamente sin contradicción, sino viviendo la mutua implicación entre ambos aspectos. Vivimos al día apoyados en el ayer, sembrando para el mañana. Podemos permitirnos el lujo de gastar –no de malgastar– el tiempo, ya que contamos con la eternidad, sin que ese aparente fracaso de la experiencia inevitable de la muerte amenace truncar nuestro proyecto, «porque mil años a tus ojos, son como el ayer que ya pasó, como una vigi-

lia de la noche», dice Dios el salmista. Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre». Y Él nos prometió: «El que cree en mí aunque muera, vivirá».

147. Nuestra historia individual es muy corta, en relación con lo mucho que la humanidad tiene que andar en el camino hacia el ideal de una «civilización del amor», como la ha llamado frecuentemente Juan Pablo II; de una sociedad en la que reinen la justicia, la solidaridad y la fraternidad. La acción caritativa y social de la Iglesia debe trabajar a largo plazo y, al mismo tiempo, con urgencia; con paz y con premura; como dice una frase ya utópica, *«sin prisa, pero sin pausa»*, y con sentido de continuidad, recordando la frase de San Pablo: «Yo planté, Apolo rogó, mas fue Dios quien dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer. Y el que planta y el que riega son una misma cosa (...), colaboradores de Dios».

148. Esto exige de la acción caritativo-social una actitud a la vez de humildad y de esperanza. Por una parte, ante tarea tan ingente nos sentimos «siervos inútiles». Por otra, sabiendo que trabajamos con Dios, por Dios y para el Reino de Dios, «todo lo puedo en Aquel que me da fuerzas». Ni podemos *establecernos por nuestra cuenta* en la acción caritativa y social, independizándonos con autosuficiencia de la inspiración y la gracia del señor, ni tampoco enterrar el talento recibido con pereza y con excusas de falsa humildad. Cristianos humanamente muy pequeños hicieron obras gigantescas, movidos por la caridad de Cristo y la luz del Espíritu Santo para ayudar a los necesitados.

149. La caridad escatológica supone también la paz y la paciencia, para dar tiempo al tiempo, como el sembrador que siembra la semilla contando con el trabajo de la tierra a lo largo de los días y las noches: «El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra: ya duerma o se levante, ya de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo». ¡Y no se podrá decir por eso que el Señor no se afanó durante toda su vida para implantar el Reino...! Muchas veces, en cambio, podemos echar a perder la siembra con impacencias y exigencias prematuras, perdiendo la paz escatológica y la paciencia histórica, al no tener en cuenta los ritmos vitales de las personas y los pueblos, ni los tiempos oportunos –

kairoi— de la gracia de Dios, que no siempre siguen el ritmo de nuestro reloj, ni de nuestro calendario. La construcción de la nueva Jerusalén durará hasta el fin de los tiempos.

150. Esto exige además las virtudes también escatológicas de la perseverancia, la continuidad y la fidelidad, lo que se expresa tan gráficamente con el conocido refrán popular de «a Dios rogando y con el mazo dando». Los que nos dedicamos a construir ese inmenso edificio que ha de ser la nueva humanidad o, lo que para nosotros es equivalente, el Reinado de Dios, debemos conservar a la vez la grandiosa visión de conjunto y los detalles y filigranas de la pequeña parte que a nosotros nos toca labrar. Debemos ser operarios metódicos que trabajan a conciencia, sin perdonar esfuerzo, sin desgana ni desvío, sin abandonos ni excusas, sino con laboriosidad, responsabilidad y fidelidad.

151. Por otra parte, tenemos la certeza y la esperanza de que Dios mismo dará el último y definitivo remate a nuestra obra al final de los tiempos. Dice el Concilio: «La Iglesia (...) no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas y cuando, junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo».

Aunque torpes aprendices en el taller de un maestro genial, nosotros aspiramos a hacer una obra maestra. Ensayamos aquí y ahora una sociedad y una humanidad cada vez más parecida al modelo de Dios en Jesucristo. Cuando trabajamos entre los hombres para implantar la justicia, la solidaridad, la colaboración y la amistad sabemos que nunca alcanzaremos una perfección absoluta en todo el hombre y para todos los hombres. Sin embargo, ello no nos desanima, porque sabemos que el Maestro dará, al final, unas pinceladas geniales que llevarán nuestra obra a la perfección.

Ello no puede justificar en modo alguno la pasividad o el fatalismo. En la Constitución *Gaudium et Spes*, advierte el Concilio: «La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo».

152. Pero sí puede levantar nuestra esperanza hacia los bienes futuros que nos aguardan en el Reino, donde Dios será «todo en todos» y así llenará plenamente esta sed insaciable de bien que mueve el corazón humano sin descanso; «Hiciste nuestro corazón para ti, y está inquieto hasta que no descanse en ti», decía San Agustín. Es que, como dice San Pablo, «somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas».

153. Entretanto, los cristianos «vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra» (Ef. 1, 10).

154. «Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa; pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra». «Mientras no lleguen los nuevos cielos y la tierra nueva, donde mora la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios» (Cf. Rom. 8, 19-n).

Sin embargo, mientras caminamos día a día hacia el Reino de Dios, el Dios del Reino ya ha venido a nosotros en nuestro corazón: «¡Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y hacemos morada en él!», dice el Señor en la última Cena. En el libro del Apocalipsis, invita al discípulo: «Mira que estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo». Y al final del dicho libro, el discípulo pide al Maestro en un grito de esperanza: «¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!».

Para terminar, recordemos que este definitivo encuentro, donde se juega nuestro destino eterno, estará condicionado por nuestra actitud afectiva y efectiva hacia los hombres más débiles y necesitados. Bien podríamos decir, por tanto, teniendo en cuenta la necesaria adaptación del mensaje cristiano a las condiciones sociales de cada tiempo y lugar, que el

programa de actividades que aquí presentamos como exigencias de la acción caritativa y social será la piedra de toque para los cristianos y la Iglesia de nuestro tiempo, para que el Señor pueda decirnos al fin de nuestra vida terrena y al final de los tiempos: Venid, benditos de mi Padre, porque estaba parado y me disteis trabajo; era inmigrante y me acogisteis; estaba hundido en la droga, el alcoholismo o el juego, y me tendisteis una mano para levantarme; era un feto y me defendisteis contra el aborto para que pudiera nacer y vivir; estaba muy anciano, enfermo y solitario, y vinisteis a limpiarme, hacerme la comida y a darme compañía; era un niño de la calle, sin familia y sin techo donde cobijarme, y me buscasteis un hogar donde poder crecer con afecto y con dignidad; era un campesino en el Tercer Mundo, sin tierras ni trabajo, y luchasteis para defender mis tierras y mis derechos,, etc. *Conmigo lo hicisteis.*



Mons. José M^a Guix presentando el texto «La Iglesia y los Pobres»

SIGLAS

- LG = Concilio Vaticano II, «Lumen Gentium» (Constitución dogmática sobre la Iglesia)
- GS = Concilio Vaticano II, «Gaudium et Spes», (Constitución pastoral)
- AA = Concilio Vaticano II, «Apostolicam Actuositatem» (Decreto sobre el apostolado de los seglares)
- UR = Concilio Vaticano II, «Unitatis redintegratio» (Decreto sobre el Ecumenismo)
- SRS = Juan Pablo II, «Sollicitudo rei socialis» (Carta encíclica, 1987)
- CA = Juan Pablo II, «Centesimus annus» (Carta encíclica, 1991)
- DM = Juan Pablo II, «Dives in misericordia» (Carta encíclica, 1980)
- EN = Pablo VI, «Evangelii Nuntiandi» (Exhortación Apostólica)
- CHL = Juan Pablo II, «Christifidelis laici» (Exhortación Apostólica)
- VS = Juan Pablo II, «Veritatis Splendor» (Carta encíclica, 1993)